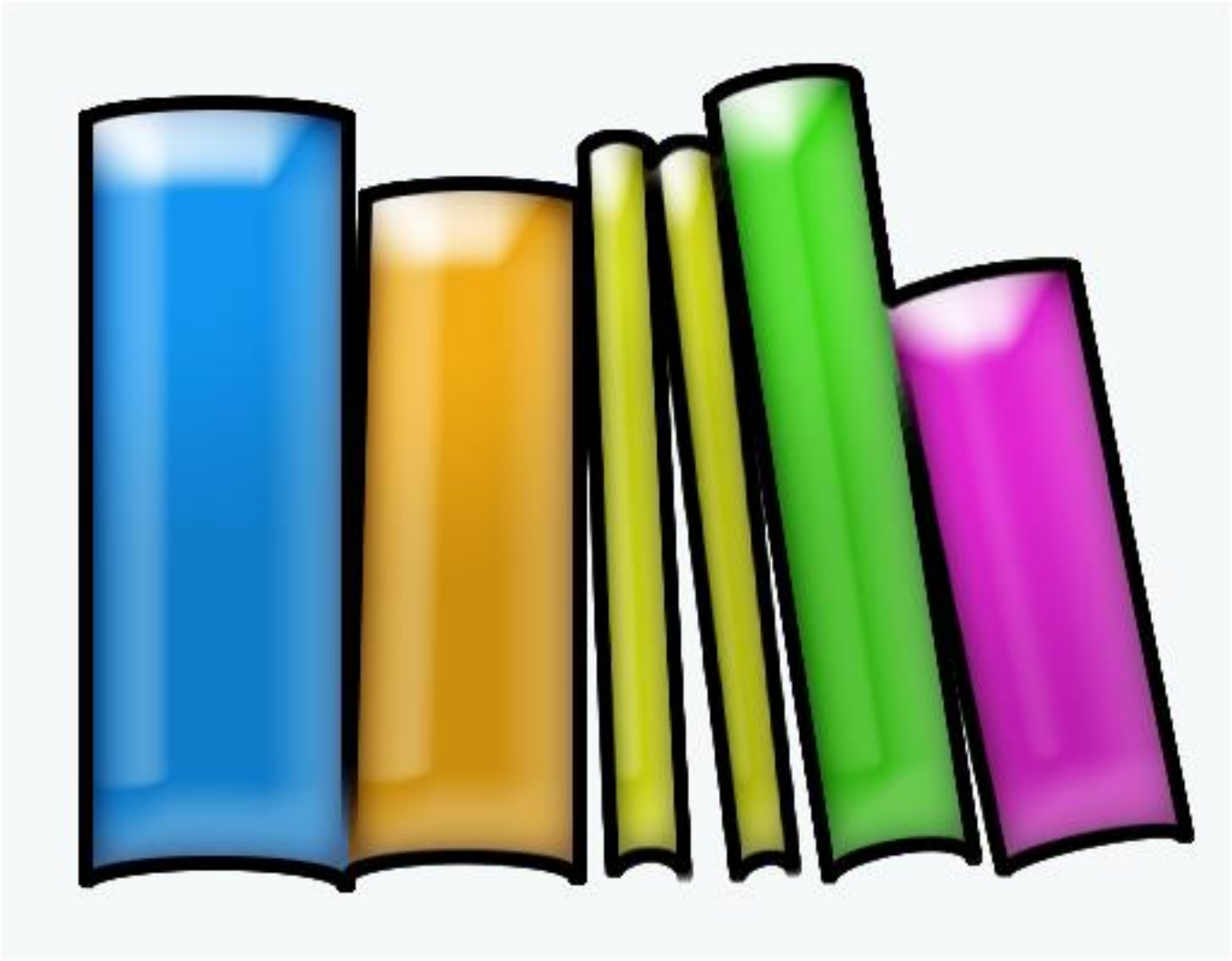
El caso de los anónimos



Christie, Agatha

Produced by calibre 0.6.26

El caso de los anónimos

Sobrecubierta

None
Tags: Unknown

Unknown

OceanofPDF.com

EL CASO DE LOS ANÓNIMOS

Agatha Christie

OceanofPDF.com

GUÍA DEL LECTOR

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

AGNES: Doncella de la familia Symmington.

BARTON (Emily): Solterona, entrada en años, propietaria de la casa en que viven los hermanos Burton.

BURTON (Jerry): Aviador, convaleciente de un accidente aéreo, joven simpático y decidido, hermano de:

BURTON (Joanna): Bellísima muchacha, soltera y muy moderna.

CALTHROP (Dane): Pastor protestante.

CALTHROP (Maud): Esposa del anterior, mujer extraordinariamente dinámica y chismosa.

FLORENCE: Antigua criada de la señora Barton.

GINCH: Secretaria de Symmington.

GRAVES: Inspector de policía.

GRIFFITH (Aimée): Hermosa mujer, hermana de:

GRIFFITH (Owen): Médico y apuesto joven.

HOLLAND (Elsie): Estupenda mujer, institutriz de los pequeños hijos de Symmington.

HUNTER (Megan): Deliciosa muchacha, hijastra de Symmington.

KENT (Marcus): Médico de Jerry Burton.

MARPLE (Jane): Anciana señora, con aficiones detectivescas, amiga de los Calthrop.

NASH: Inspector de policía.

PARKINS: Sargento de policía.

PARTRIDGE: Criada de los Burton.

PYE: Hombrecillo afeminado, retirado de los negocios, coleccionista de antigüedades.

RENDELL (Fred): Novio de Agnes.

ROSA: Cocinera de los Symmington y mujer muy charlatana.

SYMMINGTON (Richard): Abogado.

OceanofPDF.com

PREFACIO DE LA AUTORA

Siempre resulta agradable plantearnos un tema clásico y ver lo que puede hacerse con él. En este caso, el tema de la pluma que destila veneno, sigue las líneas generales de otros casos bien conocidos y comprobados de escritores de anónimos. ¿Hasta qué punto se parecen? ¿Él motivo fundamental es casi siempre el mismo? ¿Qué campo ofrece semejante material para una persona aficionada al crimen? El caso de los anónimos es mi contribución al asunto.

Mientras escribía el libro inventé un personaje a quien he llegado a apreciar mucho y que se hizo singularmente real para mí. Si Megan entrase en mi cuarto mañana, habría de reconocerla en seguida y me encantaría verla. Le estoy agradecida por haber cobrado vida en mi obsequio. También quisiera encontrarme con la mujer del pastor, pero temo que jamás lo lograré.

Escribiendo este libro disfruté con fruición.

Me gustaron su cómodo ambiente de pueblo y sus personajes. Los ambientes exóticos, pienso a veces, restan interés al crimen en sí. Para que un crimen resulte interesante, ha de producirse entre gentes que ustedes mismos podrían encontrar cualquier día.

agatha christie

OceanofPDF.com

CAPÍTULO UNO

He recordado con frecuencia la mañana en que llegó el primero de los anónimos.

Lo recibí a la hora del desayuno y le di vueltas y más vueltas, como suele hacerse cuando el tiempo se hace largo y a todo acontecimiento hay que sacarle el mayor jugo posible. Era una carta del interior, con las señas escritas a máquina. La abrí antes que otras dos que llevaban matasellos de Londres, ya que una de ellas era, evidentemente, una factura, y en la segunda reconocí la escritura de una de mis latosas primas.

Ahora resulta raro recordar que a Joanna y a mí la carta nos hizo más gracia que otra cosa. Entonces no teníamos ni la más vaga idea de lo que había de venir: aquel rastro de sangre y violencia, de desconfianza y de temor.

A uno no se le ocurriría ni remotamente asociar semejante cosa a Lymstock.

Veo que he empezado mal. No he explicado lo de Lymstock.

Cuando me estrellé volando temí, durante mucho tiempo, a pesar de las palabras alentadoras de médicos y enfermeras, que iba a quedar condenado a pasarme el resto de mi existencia tumbado boca arriba. Pero, por fin, me quitaron la escayola y aprendí de nuevo a hacer uso de mis miembros y, finalmente, mi médico, Marcus Kent, dándome una palmada en el hombro, me dijo que todo iba a salir bien pero que tendría que irme a vivir al campo y hacer vida vegetativa durante seis meses, por lo menos.

—Váyase a alguna parte del mundo donde no tenga amigos. Apártese de todo. Interésese por la política, excítese escuchando el comadreo del pueblo, absorba toda la chismografía local, trivialidades, pequeñeces... eso es lo que yo le receto. Descanso y tranquilidad completos.

¡Descanso y tranquilidad! Suena raro pensar en eso, ahora.

Conque a Lymstock fui a parar y a Little Furze.

Lymstock había sido un sitio importante durante la época de la conquista normanda. En el siglo XX era un lugar sin importancia alguna. Se encontraba a seis millas de la carretera real; una población rural con mercado, rodeada de colinas cubiertas de brezales. Little Furze se hallaba situada en el camino que conducía a ellas. Era una casita muy coquetona con un porche ochocentista pintado de un verde desvaído.

Mi hermana Joanna, apenas verla, decidió que era el sitio ideal para un convaleciente. Su propietaria hacía juego con la casa, una viejecita encantadora, increíblemente ochocentista, que le explicó a Joanna que jamás se le hubiese ocurrido alquilar la casa «de no haber cambiado tanto los tiempos y por los impuestos tan terribles».

Llegamos a un acuerdo, se firmó el contrato y, a su debido tiempo, Joanna y yo nos instalamos, mientras la señorita Emily Barton iba a alojarse en Lymstock, alquilando unas habitaciones en casa de una antigua doncella suya: «mi fiel Florence». Cuidaba de nosotros la actual doncella de la señorita Barton, Partridge, un personaje ceñudo, pero eficiente, a quien ayudaba una muchacha que venía todos los días.

En cuanto nos hubieron dado un poco de tiempo para instalarnos, todo Lymstock vino solemnemente a visitarnos. Todo el mundo tenía «etiqueta» en Lymstock. El abogado señor Symmington, delgado y seco, con su quejicosa mujer, tan aficionada al *bridge*. El doctor Griffith, un médico moreno y melancólico, y su hermana, corpulenta y alegre. El pastor, un anciano letrado distraído, y su lunática esposa de rostro grave. El rico aficionado a las bellas artes, señor Pye, de Prior's End, y, finalmente, la propia señorita Emily Barton, la perfecta solterona, tradicional en los pueblos.

Joanna repasó las tarjetas con respeto.

—Yo no sabía —dijo con voz emocionada— que la gente hiciera de verdad las visitas... con *tarjeta*.

—Eso —le repuse— es porque no sabes una palabra del campo.

Joanna es muy bonita y alegre; le gustan el baile, los combinados, los amoríos y correr de un sitio a otro en automóviles de gran potencia. Es, en definitiva, una mujer de ciudad.

—Sea como fuere —dijo—, no desentonaré.

La observé críticamente y no estuve de acuerdo con ella.

Joanna iba vestida por Mirotin para *le sport*. El efecto era encantador, pero exagerado para Lymstock.

—No —le dije—; desentonas a más no poder. Debieras llevar una falda vieja y descolorida de mezclilla, con una blusita de cachemira que hiciese juego; una chaqueta de punto un poco deformada, sombrero de fieltro, medias gruesas y zapatos sin tacón, bien gastados. Y la cara tampoco la llevas bien.

—¿Qué le pasa a mi cara? Llevo puesto el maquillaje «Moreno Campestre».

—Por eso. Si vivieras aquí te pondrías únicamente polvos para quitarte el brillo de la nariz y es casi seguro que llevarías las cejas completas en lugar de sólo una cuarta parte de ellas.

Joanna se echó a reír y dijo que ir al campo era una experiencia nueva y que iba a disfrutar mucho.

—Temo que te aburras soberanamente —repuse con cierto remordimiento.

—No es verdad. Estaba harta ya de mis amistades y, aunque sé que no te mostrarás muy comprensivo, sí que me dejó un poco deshecha lo de Paul. Necesitaré mucho tiempo para olvidarle.

Me sentí escéptico. Los asuntos amorosos de Joanna siempre siguen el mismo derrotero. Se enamora locamente de algún joven sin arrestos... un genio incomprendido. Escucha sus inacabables quejas y trabaja por conseguir que se reconozca su talento. Luego, cuando el joven se muestra ingrato, se siente profundamente herida y dice que le ha destrozado el corazón... hasta que aparece otro joven melancólico, cosa que suele ocurrir unas tres semanas más tarde.

No tomé muy en serio el corazón destrozado de Joanna, pero comprendí que el vivir en el campo sería un juego nuevo para mi atractiva hermanita. Se lanzó con verdadero entusiasmo a la tarea de devolver las visitas. Fuimos recibiendo oportunamente invitaciones para tomar el té y jugar al *bridge*, que aceptamos, y a las que correspondimos a nuestra vez.

Para nosotros era una novedad y un entretenimiento: un juego nuevo.

Y, como ya he dicho, cuando llegó el anónimo también me pareció gracioso al principio.

Durante un par de minutos después de haber abierto la carta, me quedé contemplándola, sin comprender. Habían recortado letras impresas, pegándolas sobre la hoja de papel.

La carta, empleando términos groseros, decía que Joanna y yo no éramos hermanos.

—Oye —dijo Joanna—, ¿qué pasa?

—Se trata de un anónimo muy soez —repuse.

Aún me hallaba bajo el efecto de la sorpresa. ¿Quién hubiera esperado una cosa así en un plácido remanso como Lymstock?

Joanna dio inmediatamente muestras de un vivo interés.

—¡*No!* ¿Qué dices?

He observado que en las novelas los anónimos groseros y repugnantes jamás se enseñan a las mujeres, de ser posible, para escudarlas a toda costa contra la sacudida que pudiera experimentar su delicado sistema nervioso, tan sólo con la lectura.

Siento decir que jamás se me ocurrió no enseñarle la carta a Joanna. Se la entregué sin vacilar.

Justificó mi fe en su fortaleza no demostrando otra emoción que regocijo.

—¡Qué porquería más grande! Siempre he oído hablar de anónimos, pero nunca había visto ninguno. ¿Son siempre así?

—No sabría decirte. Éste es el primero que recibo yo también.

Joanna se echó a reír.

—Debes tener razón en lo de mi maquillaje, Jerry. Creerán *que por fuerza* he de ser una mujer terrible.

—A eso —dije— hay que añadir que nuestro padre era un hombre alto, moreno, carienjuto, y nuestra madre una criatura rubia de ojos azules y que yo me parezco a él y tú a ella.

Joanna asintió moviendo, pensativa, la cabeza.

—En efecto, tú y yo no nos parecemos ni pizca. Nadie nos tomaría por hermanos.

—Alguien no nos ha tomado por tales, desde luego: de eso no cabe duda —respondí con calor.

Joanna aseguró que lo encontraba la mar de gracioso. Asió la carta por una esquina, la agitó y preguntó qué debíamos hacer con ella.

—Lo correcto, según tengo entendido —le dije—, es dejarla caer en el fuego, profiriendo una exclamación de asco.

Uní la acción a la palabra. Y Joanna me aplaudió.

—Lo has hecho muy bien. Debieras dedicarte al teatro. Es una suerte que aún tengamos el fuego encendido, ¿verdad?

—Hubiera resultado mucho menos dramático arrojarla al cesto de los papeles —asentí—. Claro que también hubiese podido prenderle fuego con una cerilla y observar cómo se iba quemando lentamente...

—Las cosas nunca arden cuando se desea —advirtió Joanna—. Se apagan. Probablemente hubieras tenido que encender cerilla tras cerilla.

Se puso en pie para dirigirse a la ventana. Luego, una vez en ella, volvió bruscamente la cabeza.

—¿Quién lo habrá escrito? —murmuró.

—Lo más probable es que nunca lo sepamos.

—Sí, supongo que no lo sabremos.

Guardó silencio unos instantes y luego dijo:

—Bien pensado, tal vez no sea tan gracioso, ¿sabes? Yo creí... que nos *querían* aquí.

—Y nos quieren. Esto no es más que obra de una persona que tiene el juicio trastornado.

—Supongo que sí. ¡Uf, qué desagradable!

Salió a tomar el sol y yo pensé, mientras me fumaba el cigarrillo de costumbre después del desayuno, que tenía razón. Sí que era desagradable. A alguien le molestaba que hubiésemos ido a vivir allá... y la belleza, la juventud y la forma de ser de Joanna... alguien que quería hacer daño. Quizás el tomarlo a risa resultase lo mejor; pero, en el fondo, no tenía nada de gracioso.

El doctor Griffith vino a verme aquella mañana. Le había citado para que me hiciera un reconocimiento semanal. Me era simpático Owen Griffith. Era moreno, desgarbado, torpe en sus movimientos y, sin embargo tenía unas manos hábiles y suaves. Hablaba a trompicones y se distinguía por su timidez.

Me dijo que iba mejorando de una manera alentadora, y luego agregó:

—Se siente usted bien, ¿no? ¿Es imaginación mía, o está usted hoy algo deprimido?

—Recibimos un anónimo particularmente grosero a la hora del desayuno —repuse—, y me ha dejado muy mal sabor de boca.

Dejó caer su maletín al suelo y su rostro delgado y moreno reflejó excitación.

—¿Quiere decir que usted ha recibido uno de esos anónimos?

Se despertó mi interés.

—Así, pues, resulta que no soy el único. ¿Andan circulando anónimos por todo el pueblo?

—Sí: desde hace algún tiempo.

—Ya... tenía la impresión de que les molestaba nuestra presencia aquí por ser forasteros.

—No, no. No tiene nada que ver con eso. Es que...

Hizo una pausa. Luego preguntó:

—¿Qué decía? Es decir —se apresuró a agregar, enrojeciendo y dando muestras de embarazo—, ¿quizá no debiera preguntarlo?

—Oh, no tengo el menor inconveniente de decírselo. Se limitaba a expresar la opinión de que esa chica tan vistosa que había traído conmigo no era mi hermana ni mucho menos. Aunque lo decía en forma más extensa y desagradable, claro.

Se le encendió el rostro de ira.

—¡Qué desvergüenza! Su hermana no... espero que no se haya disgustado.

—Joanna —repuse— parece un angelito arrancado de la copa de un árbol de Navidad, pero es muy moderna y tiene aguante. Le pareció divertido. Nunca le había ocurrido una cosa así.

—Lo supongo.

—Y, de todas formas y en mi opinión, ésta es la mejor manera de tomarlo: como algo completamente absurdo.

—Sí —respondió Owen Griffith—, sólo que...

Se interrumpió y yo me apresuré a decir:

—En efecto, ¿sólo qué...?

— Lo malo del caso —anunció— es que esta clase de cosas, una vez han empezado, *crecen.*

—Me lo imagino.

—Es patológico, claro.

Moví la cabeza en señal de asentimiento.

—¿Tiene usted idea de quién puede ser el autor?

—Ojalá la tuviese. El anónimo suele obedecer a dos causas. O bien es *particular...* dirigido a una persona o grupo de personas... es decir *motivado.* En este caso, el autor es alguien que está resentido por algo... o que crea tener motivos para estarlo... y que escoge ese medio desagradable y bajo, para vengarse. Es una cosa ruin y repugnante, pero no implica necesariamente, que quien la haga esté mal de la cabeza, y es relativamente fácil dar con el autor o la autora..., un criado al que se ha despedido, una mujer celosa..., etc. Pero si es general y no particular, resulta mucho más serio.

»Si las cartas se mandan a tontas y a locas sirven para que el autor desahogue algún fracaso mental. Como digo, es algo definitivamente patológico; claro está... que resulta ser quien menos se pensaba..., y se acabó la epidemia. Hace un año, hubo una mala racha de esa clase al otro extremo del condado. La autora resultó ser la encargada de la sección de sombreros de unos almacenes. Una mujer tranquila y refinada, que llevaba tres años en el establecimiento.

»Recuerdo otro caso parecido, cuando ejercía mi profesión en el norte. Pero resultó ser producto del rencor personal. Sin embargo, y como digo, he tenido experiencia de esta clase de cosas y, con franqueza, ¡me asusta!

—¿Dura ya mucho tiempo?

—No lo creo. Es difícil saberlo con exactitud, claro, porque la gente que recibe anónimos no anda por ahí publicándolos. Los echa al fuego.

Hizo una pausa.

—Yo mismo he recibido uno. Symmington, el abogado, recibió otro. Y uno o dos de mis pacientes más pobres me hablaron de ellos.

—¿Todos ellos por el estilo?

—Sí. Sobre el tema sexual. Ésa es siempre su característica —Rió—. A Symmington le acusaban de sostener relaciones ilícitas con su secretaria... la pobre señorita Ginch, que tiene cuarenta años por lo menos, usa lentes y tiene dientes de conejo. Symmington se fue derecho a la policía con el anónimo. A mí me acusaban de violar el decoro profesional con las señoras que venían a consultarme. Todos eran infantiles y absurdos a más no poder, pero terriblemente venenosos. —Se hizo más seria su expresión—. No obstante, tengo *miedo.* Estas cosas, pueden ser *peligrosas.*

—Supongo que sí.

—Porque —prosiguió— a pesar de tratarse de algo infantil y torpe, tarde o temprano *una de esas cartas da en el blanco.* Y, entonces, ¡sólo Dios sabe lo que puede suceder! Temo también el efecto que puedan producir en las mentes estrechas, desconfiadas e incultas. Si ven una cosa escrita, creen que es verdad y pueden surgir muchas complicaciones.

—La carta que yo recibí estaba muy mal escrita —dije pensativo—; parecía redactada por una persona casi analfabeta.

—¿Usted cree? —murmuró Owen. Y se marchó.

Pensándolo después, aquel «¿Usted cree?», se me antojó la mar de tranquilizador.

No seré yo quien finja que la llegada del anónimo no me dejó mal gusto en la boca. Fue así y, no obstante, pronto lo olvidé. Y es que, por entonces, no lo tomé en serio. Recuerdo haberme dicho a mí mismo que probablemente aquellas cosas sucederían con bastante frecuencia en los pueblos apartados. Y la culpable sería alguna histérica, aficionada a la teatralidad. En cualquier caso, si todas las cartas eran tan tontas e ingenuas como la que yo había recibido, poco mal podían hacer.

El *incidente* siguiente, si es que puedo llamarlo así, ocurrió cosa de una semana más tarde cuando Partridge, con los labios fuertemente comprimidos, me informó que Beatriz, la joven encargada de la limpieza, no vendría aquel día para ayudarla.

—Tengo entendido, señor —dijo Partridge—, que la muchacha no se siente bien.

No estaba muy seguro de lo que quería decir Partridge, pero diagnostiqué, equivocadamente, algún trastorno normal al que Partridge, por pudor no hacía más clara referencia. Dije que lo sentía y que confiaba en su pronto restablecimiento.

—La muchacha se encuentra perfectamente de salud, señor. Se trata de sus sentimientos.

—¡Ah! —exclamé, sin acabar de comprender.

—Debido —prosiguió Partridge— a la carta que ha recibido y en la que se hacen ciertas insinuaciones.

La dureza de la mirada de Partridge me hizo temer que se refiriese a mí. Puesto que apenas habría reconocido a Beatriz de habérmela encontrado en el pueblo, debido a lo poco que me había fijado en ella, me sentí bastante molesto. Un inválido que anda cojeando con dos bastones no es el más indicado para que se le quiera hacer pasar por embaucador de muchachas pueblerinas.

Dije irritado:

—¡Que estupidez!

—Las mismas palabras que yo dije, señor, a la madre de la muchacha. «No ha habido devaneos en esta casa», le dije, «ni los habrá mientras esté yo al frente de ella». En cuanto a Beatriz añadí: «Las muchachas son distintas hoy en día. Y respecto a jaleos en otra parte, no sé una palabra.» Pero la verdad es, señor, que el amigo de Beatriz, el empleado del garaje

con quien corteja, recibió también una de esas cartas desagradables y se está mostrando muy poco razonable con la muchacha.

—En mi vida he oído cosa más ridícula —dije con ira.

—Por mi parte, señor —dijo Partridge—, considero que hemos tenido suerte en quitarnos de encima a esa muchacha. Como yo digo, no tomaría las cosas tan a pecho si no hubiese *algo* que no quisiera que se descubriese. No hay humo sin fuego, eso es lo que yo digo.

Entonces no tenía idea de lo que me iba a causar el escuchar esa misma frase.

Aquella mañana, a modo de aventura quise caminar hasta el pueblo. Brillaba el sol, el aire era fresco y agradable y se notaba ya en él la dulzura de la primavera. Recogí mis bastones y me puse en marcha, negándome rotundamente a que Joanna me acompañase.

Quedamos en que me recogería en el coche para llevarme a casa, antes de comer.

—Así tendrás tiempo de saludar a todo Lymstock.

—No me cabe la menor duda —le repuse— de que para entonces habré visto a todo el que es algo en el pueblo.

Porque por la mañana, la calle Alta era el punto de reunión de los que iban de compras, y donde se hacía el intercambio de noticias.

No bajé solo al pueblo, después de todo. Habría recorrido unos doscientos metros cuando oí a mis espaldas el timbre de una bicicleta, seguido del chirriar de frenos y Megan Hunter casi aterrizó a mis pies.

—Hola —dijo sin aliento, levantándose y sacudiéndose el polvo.

Megan me era bastante simpática y sentía por ella cierta extraña compasión.

Era hijastra del abogado Symmington, fruto del primer matrimonio de su esposa. Nadie hablaba gran cosa del señor (o capitán) Hunter, y colegí que consideraban preferible olvidarle.

Se decía que había tratado a la señora Symmington muy mal, y ella se divorció de él un par de años después de la boda. Contaba con capital suficiente y se había instalado con su hijita en Lymstock «para olvidar», uniéndose más adelante al único buen partido del lugar: Richard Symmington.

Había dos niños del segundo matrimonio a los que los padres querían con locura, y me daba la impresión que Megan se sentía a veces como un

estorbo en la casa. Desde luego no era nada parecida a su madre, que era una mujercita anémica, bonita, aunque ajada, que hablaba con voz débil y melancólica de las deficiencias de la servidumbre y de su salud.

Megan era una jovencita alta y desgarbada, que a pesar de contar veinte años parecía una colegiala de dieciséis. Tenía los cabellos castaños, los ojos verdes, la cara delgada de pómulos salientes y una sonrisa encantadora. Sus ropas carecían de atractivo y acostumbraba llevar sus medias de algodón llenas de agujeros.

Aquella mañana la encontré más parecida a un caballo que a un ser humano. Es más, hubiese resultado un caballo bastante presentable, con un poco de arreglo.

Habló, como de costumbre, a trompicones.

—He estado en la granja... la de Lasher, ¿sabe? para ver si tenía huevos de oca. Tienen un montón de cerditos la mar de monos. ¡Encantadores! ¿Le gustan a usted los cerdos? A mí sí. Hasta me gusta su olor.

—Los cerdos bien cuidados no debieran oler mal —le dije.

—¿No? Pues todos huelen, por estos alrededores. ¿Va usted al pueblo? Vi que estaba usted solo, y por eso se me ocurrió pararme y andar con usted... sólo que frené con demasiada precipitación.

—Te has roto la media —le dije.

Megan se miró la pierna derecha.

—Pues es verdad. Pero ya tenía dos agujeros, de modo que no importa mucho, ¿no le parece?

—¿No te zurces nunca las medias, Megan?

—Claro. Cuando me pilla mamá. Pero no se fija mucho en lo que yo hago, conque, hasta cierto punto, eso resulta una suerte, ¿verdad?

—No pareces darte cuenta de que ya eres mayor.

—¿Quiere decir con eso que debiera parecerme más a su hermana, tan compuesta?

No me sentó bien semejante descripción de Joanna.

—Tiene un aspecto limpio y ordenado, y agradable a la vista —dije.

—Es muy bonita. Y no se parece ni pizca a usted, ¿verdad? ¿Cómo es eso?

—Hermanos y hermanas no siempre se parecen.

—Sí. Claro que yo no me parezco gran cosa a Brian ni a Colin. Y Brian y Colin no se parecen mucho, el uno al otro —Hizo una pausa y luego

agregó—: Es muy curioso, ¿verdad que sí?

—¿El qué?

Megan replicó brevemente:

—Las familias.

Dije pensativo:

—Supongo que sí.

Me pregunté qué estaría pensando. Caminamos en silencio unos momentos y luego dijo con voz tímida:

—Usted vuela, ¿no?

—Sí.

—¿Así fue como se hizo daño?

—Sí; me estrellé.

—Aquí nadie vuela.

—No —repuse—, creo que no. ¿Te gustaría volar, Megan?

—¿A mí? —pareció sorprenderse—. ¡Santo Dios, no! Me mearía. Me mareo hasta cuando viajo en el tren.

Hizo una pausa y luego preguntó con esa desfachatez que sólo los niños suelen mostrar:

—¿Se pondrá bien y podrá volver a volar, o será un trasto inútil el resto de su vida?

—Mi médico dice que quedaré divinamente.

—Sí, pero, ¿su médico acostumbra a decir mentiras?

—No lo creo. Es más, estoy seguro. Tengo confianza en él.

—Mejor entonces. Pero mucha gente dice mentiras.

Acepté aquella verdad aplastante en silencio.

Megan dijo con aire indiferente:

—Me alegro. Temí que estuviese usted de mal humor por haber quedado lisiado para toda la vida. Pero si su cara es así de natural, la cosa varía.

—Yo no tengo mal humor —le respondí con frialdad.

—Bueno, pues es irritable.

—Me irrito porque tengo ganas de ponerme bien otra vez... y a estas cosas no se les puede meter prisa.

—Entonces, ¿a qué preocuparse?

Empecé a reír.

—Mi querida niña, ¿es que no tienes nunca prisa por que ocurra nada?

Megan reflexionó antes de contestar.

—No. ¿Por qué había de tenerla? ¿Para qué tener prisa, si nunca ocurre nada?

Me llamó la atención el dejo de melancolía que impregnaba sus palabras y le dije con dulzura:

—¿En qué pasas el tiempo?

Se encogió de hombros.

—¿Qué puede hacerse aquí?

—¿No tienes aficiones? ¿No juegas a algo? ¿No tienes amistades por los alrededores?

—Soy torpe para los juegos, lo sé; no hay muchas muchachas por aquí, y las que hay, no me gustan. Me consideran terrible.

—¡Qué tonterías! ¿Por qué habrían de creerte así?

Megan sacudió la cabeza.

Entrábamos ya en la calle Alta y Megan dijo bruscamente:

—Ahí viene la señorita Griffith. Es una mujer odiosa. Siempre me está dando la lata para que yo sea una de sus exploradoras. ¿A qué disfrazarse y andar por ahí en grupos, y ponerse insignias de algo que en realidad una no ha aprendido a hacer como es debido? Me parece una idiotez.

En conjunto estaba yo bastante de acuerdo con Megan. Pero la señorita Griffith había caído sobre nosotros antes de que pudiera expresar mi asentimiento.

La hermana del médico, que gozaba del nombre singularmente inapropiado de Aimée, poseía todo el aplomo y la seguridad de que carecía su hermano. Era una mujer guapa, con un ligero aire masculino, curtida por los elementos, y de voz muy profunda.

—Hola, hola —nos saludó—. Magnífica mañana, ¿eh? Megan, tú eres la persona que andaba buscando. Necesito ayuda. Que me escribas sobres para la Asociación Conservadora.

Megan murmuró unas palabras evasivas y apoyando la bicicleta contra el bordillo entró decidida en los Almacenes Internacionales.

— ¡Qué criatura más extraordinaria! —dijo la señorita Griffith siguiéndola con la mirada—. Es holgazana como ella sola. Se pasa el tiempo pensando en las musarañas. Debe resultar una dura prueba para la pobre señora Symmington. Sé que su madre ha intentado más de una vez conseguir que aprenda o haga algo... taquimecanografía, ¿sabe?, o cocinar, o criar conejos de Angora. Necesita tener algo que le interese en esta vida.

Pensé que probablemente tenía razón, pero me dije que yo, en el lugar de Megan, hubiese opuesto firme resistencia a cualquier proposición de Aimée Griffith, por la sencilla razón de que su agresiva personalidad hubiera podido despertar mi antagonismo.

—Soy enemiga de la ociosidad —prosiguió la señorita Griffith—, y en particular no la recomiendo a la gente joven. Sería distinto si Megan fuese bonita, o atractiva, o algo así. A veces, creo que tiene algún tornillo suelto. Ha sido gran desencanto para su madre. El padre, ¿sabe? —bajó la voz levemente—, era una mala persona. Temo que la chica haya salido a él. Es doloroso para su madre. Bueno, tiene que haber gente de toda clase en el mundo, eso es lo que yo digo.

—Afortunadamente —respondí.

Aimée Griffith rió.

—Sí. Mal iría que todos estuviésemos cortados por el mismo patrón. Pero me disgusta ver que hay quien no le saca a la vida todo el jugo posible. Yo disfruto de la vida y quiero que todo el mundo goce de ella también. La gente me dice: «Debe estar muerta de aburrimiento viviendo todo el año en el campo». Ni pizca, les contesto. Siempre estoy ocupada. ¡Siempre me siento feliz! Constantemente, siempre ocurren cosas en el campo. Tengo todo el tiempo ocupado, entre mis exploradores, el instituto, y varios comités... amén de tener que cuidar de Owen.

En aquel instante la señora Griffith vio una persona conocida al otro lado de la calle y, exhalando un grito de saludo, cruzó la calle de un brinco, dejándome en libertad de proseguir mi camino hacia el Banco.

La señorita Griffith me resultaba siempre un poco abrumadora.

Una vez llevada a cabo satisfactoriamente mi gestión en el Banco, marché a las oficinas de los señores Galbraith, Galbraith y Symmington. No sé si habría algún Galbraith vivo. Yo nunca vi ninguno. Se me hizo pasar al despacho particular de Richard Symmington que poseía ese ambiente serio, característico de los despachos de los abogados largo tiempo establecidos.

Un vasto número de cajas rotuladas con nombres como el de lady Hope, sir Everard Carr, William Yatesby-Hoares Esq., difunto, etc., daba la necesaria sensación de familias decorosas del condado y de negocio legítimo, largo tiempo ejercido.

Al observar al señor Symmington mientras se inclinaba para examinar los documentos que le había llevado, se me ocurrió que, si la señora

Symmington no había encontrado la felicidad en su primer matrimonio, en cambio había procurado ir sobre seguro en el segundo. Richard Symmington era el prototipo de la calma y de la respetabilidad, la clase de hombre que jamás proporcionará a su esposa ni un momento de ansiedad. Tenía el cuello largo, con la nuez muy pronunciada, el rostro levemente cadavérico, y una nariz larga y delgada. Un hombre bondadoso, a no dudar, un buen padre y un buen marido; pero no de los que hacen latir el corazón con violencia.

A los pocos instantes, el señor Symmington empezó a hablar. Lo hizo con claridad y lentitud, mucho sentido común y gran perspicacia. Arreglamos el asunto que me había llevado allí, y me levanté para marcharme, diciéndole al hacerlo:

—He bajado al pueblo en compañía de su hijastra.

Por un momento pareció como si el señor Symmington no supiera a quién me refería; luego sonrió:

—Ah, sí, claro... Megan. Volvió... ah... del colegio hace algún tiempo. Estamos pensando en buscarle algo que hacer... sí, trabajo. Pero, claro, es muy joven aún. Y atrasada, dado su edad, según dicen. Sí, eso me aseguran.

Salí. En el despacho exterior había un hombre muy viejo, sentado en un taburete, escribiendo lenta y laboriosamente; un muchacho pequeño y de cara impertinente, y una mujer de edad madura, cabello encrespado y lentes, que escribía a máquina con bastante rapidez y energía.

Si aquélla era la señorita Ginch, estaba de acuerdo con Owen Griffith en que era del todo improbable que entre ella y su jefe pudiese haber escenas de ternura.

Entré en la panadería y dije que me había dado un pan con pasas duro. Me replicaron con las exclamaciones y la incredulidad adecuadas a las circunstancias, y me entregaron otro en su lugar «recién sacado del horno en este mismísimo instante», cosa bien cierta a juzgar por el calor que pude comprobar.

Salí de la tienda y miré a derecha e izquierda, con la esperanza de ver a Joanna y el coche. El paseo me había cansado mucho, y me resultaba fatigoso moverme con los bastones y el pan.

Pero no se veía ni rastro de mi hermana.

De pronto, mis ojos se fijaron en una figura con sorpresa, alegría e incredulidad. Por la acera avanzaba hacia mí una diosa. No hay otra palabra

con qué describirla. Las facciones perfectas. La ondulante cabellera rubia, el cuerpo esbelto y exquisitamente modelado. Caminaba como un hada, sin esfuerzo, como si flotase en el aire. ¡Una muchacha maravillosa, increíble, capaz de dejar sin aliento a cualquiera!

En mi excitación, algo tenía que hacer. Y lo que hice fue dejar caer el pan de pasas. Se me escapó de entre los dedos. Intenté evitarlo y perdí un bastón, que cayó ruidosamente al suelo. Resbalé y casi me caigo yo también.

Fue el fuerte brazo de la diosa el que me sostuvo.

Empecé a tartamudear:

—Mil... mil gracias. Lo... lo siento una bar... barbaridad...

Me entregó el pan y el bastón, que había recogido del suelo. Luego, sonriéndome bondadosamente, dijo con animación:

—No hay de qué darlas. No ha sido ninguna molestia, se lo aseguro.

Y la magia desapareció completamente ante aquella voz inexpresiva y competente.

Me puse a reflexionar qué es lo que habría sucedido si los dioses hubiesen dado a Elena de Troya exactamente aquel frío acento. Cuan extraño resulta que una muchacha pueda turbar la parte más recóndita de nuestro ser, mientras tenga la boca cerrada, y en el momento en que hable, el hechizo se desvanezca cual si jamás hubiese existido.

No obstante, yo sé que con frecuencia sucede todo lo contrario. Yo he visto a una mujer diminuta, triste, de cara simiesca, a quien nadie se hubiese dignado mirar dos veces, que al abrir su boca, reveló un súbito encanto, cual una nueva Cleopatra que de pronto volviese a hacer sentir su misteriosa fascinación.

Joanna había detenido el coche junto a la acera, sin que yo me diera cuenta de su llegada. Me preguntó si ocurría algo.

—Nada —dije yo recuperando mi compostura—. Estaba pensando en Elena de Troya y en otras.

—¡Qué lugar más extraño has escogido para hacerlo! —replicó Joanna —. Tenías un aspecto de lo más raro, de pie, oprimiendo ese pan contra el pecho, y con la boca abierta de par en par.

—He recibido una impresión muy fuerte —dije—. Por un momento me sentí transportado a Troya y, con la misma brusquedad, me encontré aquí de nuevo.

Y agregué, señalando la figura que se alejaba con paso ingrávido:

—¿Sabes quién es?

Joanna miró hacia la joven y repuso que era Elsie Holland, la institutriz de los Symmington.

—¿Fue eso lo que te dejó patidifuso? —quiso saber—. Es guapa, pero más sosa que una calabaza.

—Lo sé. No es más que una muchacha bien parecida, y yo la creí una Afrodita.

Joanna abrió la portezuela del coche y subí.

—Es curioso, ¿verdad? —dijo—. Algunas mujeres tienen la belleza por arrobas, pero ni pizca de atractivo para el sexo contrario. Esa muchacha es un buen ejemplo. Es una lástima.

Le contesté que, siendo institutriz, quizás esa falta de atractivo fuese una ventaja.

Aquella tarde fuimos a tomar el té a casa del señor Pye.

El señor Pye era un hombrecillo rollizo, extremadamente afeminado, amante de sus sillas de *petitpoint,* sus figuritas de porcelana de Dresde, y su colección de muebles de época. Vivía en el Pabellón del Prior, dentro de cuyos terrenos se encontraban las ruinas del antiguo Priorato, disuelto al iniciarse la reforma.

Apenas podía creerse que aquélla fuese la casa de un hombre. Las cortinas y cojines eran de costosas sedas y de tonalidades pastel.

Las manos regordetas del señor Pye temblaban de excitación al exhibirse sus tesoros, y la voz se le alteró al narrar las emocionantes circunstancias en que había transportado su valiosa cama italiana desde Verona.

Joanna y yo, como éramos aficionados a las antigüedades, le escuchamos con agrado.

—Es verdaderamente un placer, un gran placer, que hayan ingresado ustedes en nuestra pequeña comunidad. La buena gente de aquí, ¿saben?, es tan sencilla... por no decir provinciana... Vándalos... ¡vándalos completos! Y el interior de sus casas... le haría llorar a usted, querida señorita. Le aseguro que le haría llorar. ¿Quizá le haya hecho llorar ya?

Joanna repuso que no había llegado a tal extremo.

—La casa que han tomado ustedes... — prosiguió el señor Pye—, la casa de la señorita Emily Barton... Ésa sí que es encantadora y, desde luego, tiene algunos muebles buenos, hermosos incluso. Un par de ellos son

verdaderamente de primera. Y tiene gusto, por añadidura... aun cuando no estoy tan seguro ahora como lo estaba antes. A veces temo... pienso que sólo se trata de sentimentalismo. Le gusta conservar las cosas como estaban... pero no por *le bon motif*... no por la armonía resultante... sino porque era así como las tenía su madre.

Transfirió a mí su atención, cambiando el tono de voz. Dejó de ser el artista absorto en el arte para convertirse en un chismoso de nacimiento:

—¿No conocían ustedes a la familia? No, claro... sí, por mediación de los agentes de fincas. Pero, queridos, ¡debían ustedes haber conocido a la familia! Cuando yo vine aquí, la anciana madre aún vivía. Una persona increíble... ¡completamente increíble! Un *monstruo, y* entiéndanme ustedes... un monstruo sin el menor género de duda. El clásico ochocentista que devora a su cría. Sí, a eso venía a reducirme. Era monumental, ¿saben...?, debía pesar sus buenos ciento diez kilos, y las cinco hijas siempre a su alrededor. «¡Las niñas!» Así las llamaba siempre cuando hablaba de ellas. ¡Las niñas! Y la mayor pasaba de los sesenta años ya.

»"¡Esas niñas estúpidas!", las llamaba a veces. Esclavas, eso es lo que eran, negras... No hacían otra cosa que llevar, traer, darle la razón en todo. Tenían que acostarse a las diez de la noche, y no se les permitía tener fuego en su cuarto. Y, en cuanto a invitar a sus amistades a su casa..., ¡hubiese sido algo inaudito! Las despreciaba, ¿saben?, por no casarse. Y, sin embargo, ordenaba su vida de tal suerte, que Emily, o quizá fue Agnes, tuvo relaciones con un párroco auxiliar, pero su familia no era lo bastante escogida, de modo que la mamá no tardó en poner fin al noviazgo.

—Parece una novela —dijo Joanna.

—Ah, querida, y lo era. Luego la terrible vieja murió; pero, claro, entonces ya era demasiado tarde. Ellas continuaron viviendo allí, hablando en voz baja acerca de lo que la pobre mamá hubiese querido. Hasta el empapelar de nuevo su alcoba les pareció un sacrilegio. No obstante, se divirtieron a su manera... Pero ninguna de ellas tenía mucho vigor, y fueron muriendo una por una... La gripe se llevó a Edith, a Minie le hicieron una operación de la que no se repuso, y a la pobre Mabel le dio un ataque de apoplejía... Emily la cuidó con toda devoción y cariño. La verdad es que esa pobre mujer no ha hecho otra cosa que cuidar enfermas desde los diez últimos años. Es encantadora, ¿no le parece? Como una porcelana de

Dresde. ¡Es tan triste que tenga dificultades económicas...! Pero, claro, todas las inversiones han ido perdiendo valor.

—No sentimos violentos en su casa... como si estuviésemos cometiendo un abuso —dijo Joanna.

—No, no, mi querida señorita. No deben pensar así. Su querida Florence, que la quiere mucho, me ha dicho que se siente la mar de feliz por haber conseguido unos inquilinos tan agradables —El señor Pye hizo una pequeña reverencia al decir esto—. Me dijo que se consideraba muy afortunada.

—El ambiente de la casa —dijo— es muy reconfortante.

El señor Pye me dirigió una rápida mirada.

—¿De veras? ¿Usted cree? Eso sí que resulta interesante. Me lo estaba preguntando, ¿sabe? Sí; me lo estaba preguntando.

— ¿Qué quiere usted decir con eso, señor Pye? —preguntó Joanna.

El señor Pye extendió sus manos regordetas.

—Nada, nada. Uno piensa, eso es todo. Y es que yo creo en el ambiente, ¿ sabe ? Los pensamientos y el sentir de la gente dejan su huella en las paredes y en los muebles.

Guardé silencio unos instantes mirando a mi alrededor y preguntándome cómo describiría yo el ambiente del Pabellón del Prior. Se me antojaba que lo curioso del caso era, ¡que no tenía ambiente de ninguna clase! Eso sí que resultaba sorprendente.

Reflexioné tanto rato sobre este punto que no oí una palabra de la conversación que sostenían Joanna y el dueño de la casa. Sin embargo, bajé de las nubes al oír que mi hermana murmuraba unas palabras de despedida. Salí de mi abstracción y agregué por mi parte unas palabras de cumplido.

Ya en el vestíbulo, y al acercarnos a la puerta de la calle, una carta resbaló por el buzón, yendo a caer sobre la alfombra.

—El correo de la tarde —dijo el señor Pye, recogiéndola—. Y ahora, mis queridos jovencitos, ¿verdad que volverán otro día? ¡Es tan agradable encontrarte con personas de mentalidad más amplia en este apacible remanso donde nunca ocurre nada!

Luego se estrecharon la mano dos veces consecutivas, me ayudó con exagerado cuidado a subir al coche, Joanna se puso al volante, tomó la curva que daba la vuelta a una zona cubierta de inmaculado césped y luego, una vez ante el camino recto, alzó una mano para decir adiós a nuestro

anfitrión, que se hallaba a la puerta del edificio. Yo me incliné hacia delante para imitarla.

Pero nuestro gesto de despedida pasó inadvertido. El señor Pye había abierto la carta y contemplaba fijamente la hoja que extrajera del sobre.

Joanna le había descrito una vez como un querubín sonrosado y rollizo. Continuaba rollizo; pero ya no tenía cara de querubín. Su rostro estaba amoratado y contraído por la rabia y la sorpresa. Sí; y por el temor también.

Y, en aquel instante, me di cuenta de que había notado algo familiar en el sobre. No había caído antes en ello. Es una de esas cosas que uno observa inconscientemente.

—¡Cielos! —exclamó Joanna—. ¿Qué mosca le habrá picado?

—O mucho me equivoco, o se trata de la Mano Oculta otra vez.

Volvió la cabeza para mirarme con asombro, y el automóvil dio un bandazo.

—Cuidado —dije.

Joanna volvió a fijar la vista en la carretera, con el entrecejo fruncido.

—¿Quieres decir que es una carta igual a la que tú recibiste?

—Eso creo.

—¿En qué sitio vivimos? Si parece el pedacito más inocente, soñoliento e inofensivo de Inglaterra que pueda uno imaginarse.

—Donde..., según las propias palabras del señor Pye, nunca ocurre nada —la interrumpí—. Escogió el momento más oportuno para decir eso. Algo ha sucedido.

—Jerry —dijo Joanna—. Esto... no... no me gusta.

Por primera vez, noté un dejo de temor en su voz.

Nada dije porque a mí tampoco me gustaba...

Un pueblo tan apacible, tan sonriente y feliz... y que al parecer... escondía algo maligno...

Fue como si, en aquel momento, presintiera ya todo lo que había de llegar...

Transcurrieron los días. Fuimos a jugar al bridge a casa de los Symmington y la señora me molestó por la forma en que habló de Megan.

—La pobre niña es tan torpe... Suelen serlo a esa edad, cuando acaban de dejar la escuela y aún no puede decirse que sean mayores del todo.

Joanna dijo con dulzura:

—Pero Megan tiene veinte años, ¿verdad?

—Sí, sí, claro. Pero es muy niña para su edad. Es la mar de niña aún. ¡Resulta tan agradable que las niñas no se hagan mayores demasiado aprisa...! —Se echó a reír—. Supongo que todas las madres desean que sus hijos no crezcan nunca, que sean siempre niños...

—No comprendo por qué —anunció Joanna—. Después de todo, resultaría un poco engorroso tener una criatura que siguiese teniendo una mentalidad de seis años, mientras su cuerpo continuase creciendo.

La señora Symmington pareció molestarse y dijo que no debía tomar las cosas tan al pie de la letra.

Me sentí contento de mi hermana. En realidad, no me gustaba gran cosa la señora Symmington. Aquella belleza anémica y madura ocultaba, según mi parecer, una naturaleza sumamente egoísta y codiciosa.

Joanna preguntó a la señora Symmington, con mala intención, si iba a dar un baile en honor de Megan.

—¿Un baile? —La señora Symmington pareció sorprendida y regocijada —. Oh, no; aquí no es costumbre.

—Ya. Nada más que concursos de tenis y cosas por el estilo, ¿no?

—Hace años que no se juega en nuestro campo de tenis. Ni Richard ni yo jugamos. Supongo que más adelante, cuando los niños se hagan mayores..., ¡oh! Megan encontrará mil cosas que hacer. Es feliz con poder andar trasteando por ahí, ¿saben?

Camino de casa, Joanna dijo, pisando con tanta violencia el acelerador, que el coche dio un salto hacia delante:

—Compadezco enormemente a esa muchacha.

—¿A Megan?

—Sí, su madre no la quiere.

—Por Dios, Joanna, las cosas no han llegado todavía a ese extremo.

—Ya lo creo que sí. Son muchas las madres que no quieren a sus hijos. Supongo que Megan resulta una chica un poco torpe para tenerla en casa. Estropea el conjunto... el conjunto de los Symmington, que es una unidad completa sin ella... y, para una persona de mucha sensibilidad, el saberlo produce una sensación muy amarga... Y ella es muy sensible.

—Sí —repuse—, yo también opino así.

Guardé silencio unos instantes.

Joanna rompió a reír de pronto, con malicia.

—Has tenido mala suerte con la institutriz.

—No sé lo que quieres decir —repuse con dignidad.

—¡Vaya si lo sabes! Cada vez que la mirabas, tu cara reflejaba una desilusión enorme. Estoy de acuerdo contigo en que en ella se ha desperdiciado la belleza. Y no veo que aquí haya ninguna otra mujer para ti. Tendrías que tratarte con Aimée Griffith como último recurso.

—¡Líbreme Dios! —exclamó con un profundo estremecimiento—. Y en cualquier caso —agregué—, ¿a qué tanta preocupación por mi vida amorosa? ¿Y tú, pequeña? O no te conozco, o necesitarás algo de distracción aquí. Tendrás que dedicarte a Owen Griffith como último recurso. Es el único hombre sin compromiso que hay en el pueblo.

Joanna alzó la cabeza con aire soberbio.

—No le gusto al doctor Griffith.

—Ha tenido pocas ocasiones de verte.

—Aparentemente me ha visto ya lo bastante para cruzar a la otra acera cuando me ve por la calle Alta.

—Como reacción —le dijo comprensivo—, no puede ser más extraña, y a eso no estás acostumbrada.

Joanna condujo el coche en silencio al atravesar la verja de Little Furze y al llegar al garaje, dijo:

—Desde luego, tienes razón. No veo por qué había de cruzar deliberadamente la calle ningún hombre para no encontrarse conmigo. Aparte de todo, es una grosería.

—Comprendo. Piensas darle caza a sangre fría.

—Mira, es que no me gusta que me esquiven.

Bajé lenta y cuidadosamente del coche y luego ofrecí un consejo a mi hermana:

—Permíteme que te diga una cosa, niña: Owen Griffith no es uno de esos jovencitos mansos, quejumbrosos y artísticos a los que estás acostumbrada. Como no andes con cuidado puedes encontrarte removiendo un avispero. Ese hombre podría ser peligroso.

—¡Ah!, ¿tú crees? —inquirió Joanna, dando muestras de regocijo al pensar en semejante posibilidad.

—Deja a ese pobre diablo en paz —le dije con severidad.

—¿Cómo se atrevió a cruzar la calle al verme venir?

—Todas las mujeres sois iguales. Siempre remachando el mismo tema. Si no me equivoco, conseguirás que la hermanita Aimée salga también a la

caza tuya con intenciones aviesas.

—Le soy antipática ya —repuso Joanna.

Lo dijo muy seria, pero con cierta satisfacción.

—Hemos venido aquí —la advertí— en busca de tranquilidad y paz. Y tengo el propósito de asegurarme que las encontraremos.

Pero lo que menos nos esperaba allí, eran la tranquilidad y la paz.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO DOS

Cosa de una semana más tarde, al volver a casa, me encontré a Megan sentada en los escalones del porche con la cara apoyada en las rodillas.

Me saludó con su habitual falta de ceremonia.

—Hola —dijo—. ¿Cree usted que podría quedarme a comer aquí?

—Creo que sí.

—Si hay costillas, o cualquier otra cosa rara y no hay suficiente para todos, dígamelo —me gritó Megan cuando yo daba la vuelta a la casa para irle a anunciar a Partridge que aquel día seríamos tres a la mesa.

Partridge emitió una exclamación de desdén y consiguió, sin decir una sola palabra, dar a entender que tenía una opinión muy pobre de la señorita Megan.

Volví al porche.

—¿Hay inconveniente? —preguntó la muchacha con ansiedad.

—Ninguno —repuso—. Guisado irlandés.

—¡Ah, bueno! Después de todo, eso se parece mucho a la comida de un perro, ¿no? Quiero decir que se compone principalmente de patatas y algo que les dé sabor.

—En efecto.

Guardamos silencio mientras yo fumaba mi pipa. Fue uno de esos silencios en que uno se siente bien acompañado.

Megan lo rompió diciendo brusca y violentamente:

—Supongo que usted me considera terrible, como todos los demás.

Fue tan grande mi sobresalto, que se me escapó la pipa de la boca. Era de espuma de mar, y se hizo pedazos.

—¡Mira lo que has hecho! —le dije con ira a Megan.

Y aquella inexplicable criatura, en lugar de disgustarse se limitó a sonreír y decir:

—Me es usted simpático.

Fue un comentario agradable. La clase de comentario que uno se imagina, erróneamente quizá, que haría nuestro perro. Desde luego no era del todo humana.

—¿Qué decías, antes de la catástrofe? —pregunté, recogiendo cuidadosamente los fragmentos de mi querida pipa.

—Dije que usted debía considerarme terrible —dijo Megan, aunque ni mucho menos en el mismo tono que lo hiciera antes.

—¿Y por qué había de considerarte yo así?

Megan contestó muy seria:

—Porque lo soy.

Le dije con cierta brusquedad:

—No seas estúpida.

Megan sacudió la cabeza.

—Allí está la cosa. No soy estúpida en realidad. La gente cree que lo soy. Ignoran que, por dentro, sé muy bien cómo son ellos, y que les odio constantemente.

—¿Les odias?

—Sí.

Los ojos, aquellos ojos melancólicos y tan poco infantiles, clavaron su mirada en los míos, sin pestañear. Fue una mirada larga y triste.

—Usted también odiaría a la gente si fuese como yo, y le considerasen un estorbo.

—¿No te parece que exageras un poco?

—Sí. Eso es lo que dice la gente siempre que una dice la verdad. Y es cierto. No me quieren, y comprendo perfectamente por qué. Mamá no me quiere ni pizca. Creo que le recuerdo a mi padre, que fue cruel con ella y, por lo que he oído, la trató bastante mal. Sólo que las madres no pueden decir que no quieren a sus hijos y dejarlos así como así. Ni comérselos. Los gatos se comen a las crías que les son antipáticas. A mí me parece muy sensato. Así no se desperdicia nada. Pero las madres humanas han de quedarse con sus hijos y cuidarlos. No me fue tan mal mientras pude ir al colegio... Pero lo que a mi madre le gustaría en realidad es quedarse sola en compañía de mi padrastro y los niños.

Dije muy despacio:

—Sigo creyendo que exageras, Megan. Pero, suponiendo que parte de lo que has dicho fuera verdad, ¿por qué no te marchas y vives tu vida?

Me dirigió una singular sonrisa que a mi juicio nada tenía de infantil.

—Quiere usted decir que estudie una carrera o profesión..., que me gane la vida, ¿no es eso?

—Sí.

—¿En qué?

—Podrías prepararte para algo. Taquigrafía, por ejemplo, mecanografía... contabilidad...

—No creo que fuese capaz de hacerlo. Soy muy torpe para todas las cosas. Y, además...

—¿Qué?

Había apartado el rostro y ahora lo volvió de nuevo hacia mí, enrojecido. Le brillaban lágrimas en los ojos y habló poniendo toda su ingenuidad en la voz:

—¿Por qué he de marcharme? ¿Por qué han de hacer que me marche? No me quieren; pero me quedaré. Me quedaré y haré que les pese a todos. Haré que se arrepientan. Odio a todos los de Lymstock. Todos me creen estúpida y fea. ¡Ya les enseñaré yo! ¡Ya les enseñaré yo! Les...

Era una rabia infantil, extrañamente patética.

Oí pasos en la grava detrás de la casa.

—Levántate —le dije con furor—. Entra en casa por la sala. Sube al cuarto de baño y lávate la cara. ¡Aprisa!

Se alzó con desgana y desapareció por la ventana en el momento en que Joanna doblaba la esquina.

Le dije que Megan había venido a comer.

—Me alegro — respondió mi hermana—. Me gusta Megan. Aunque me da la sensación de que a su madre le dieron el cambiazo..., que algún hada la dejó en la cuna en lugar de la hija verdadera. Pero es interesante.

Veo que, hasta ahora, he mencionado muy poco al reverendo Calthrop y a su esposa.

Y, sin embargo, tanto el pastor como su mujer tenían una personalidad bien destacada. Dane Calthrop era quizás el ser más remoto, más alejado de la vida cotidiana que haya conocido jamás. Su existencia transcurría entre los libros de su despacho. A la señora Calthrop, por el contrario, se la encontraba en todas partes. Aunque rara vez daba consejos y jamás se entrometía en nada, representaba, para las intranquilas conciencias del pueblo, una deidad personificada.

Me paró en la calle Alta al día siguiente de comer Megan con nosotros. Experimenté la sensación de sorpresa usual, porque el sistema de avance de la señora Calthrop se asemejaba más al de un perro de caza, que al andar de una persona, cosa que estaba en consonancia con su aspecto de galgo. Y,

como tenía la mirada fija siempre en el lejano horizonte, daba la impresión de que su meta se hallaba a milla y media de distancia.

—¡Ah! —dijo—. ¡El señor Burton!

Lo dijo con cierto aire de triunfo, como si hubiese hallado la solución de un rompecabezas complicado. Reconocí que yo era el señor Burton, en efecto, y la señora Dane Calthrop dejó de enfocar el horizonte y pareció querer concentrar su mirada en mí.

—Pero, ¿de qué tenía yo que hablarle? —murmuró.

No pude ofrecerle ayuda alguna y frunció el entrecejo, enormemente perpleja.

—De algo bastante desagradable —anunció por fin.

—Lo siento mucho —respondí, no sin cierto sobresalto.

—¡Ah! —exclamó—. ¡De *anónimos*! ¿Qué historia es ésa que ha traído usted aquí acerca de cartas anónimas?

—Yo no la traje: estaba aquí ya.

—Nadie recibió ninguno hasta que llegó usted —dijo ella, acusadora.

—Ya lo creo que sí, señora Calthrop. Eso había empezado ya.

—¡Caramba!, eso sí que no me gusta.

Su mirada volvió a fijarse en lontananza y dijo:

—Tengo la sensación de que las cosas no van como debieran. Aquí no somos así. Hay envidias, claro, y rencores, y todos esos pecadillos hijos del orgullo... Pero no creí que hubiese nadie capaz de eso. De veras que no. Y me angustia, ¿comprende?, porque yo debiera saberlo.

Los hermosos ojos apartaron su mirada del horizonte y se clavaron en mí. Reflejaban preocupación y parecían contener el franco desconcierto de un niño.

—¿Por qué debiera usted saberlo? —pregunté.

—Porque generalmente estoy enterada de todo. Siempre me ha parecido que mi función era ésa. Dane predica una doctrina buena y sólida y administra los sacramentos. Ése es el deber de todo pastor, pero yo opino que el deber de su esposa es saber todo lo que la gente piensa y siente, aun cuando no puedo intervenir en nada. Y no tengo ni la menor idea de cuál es la persona que...

Se interrumpió, agregando, distraída:

—¡Y son unas cartas tan tontas, por añadidura!

—¿Ha... ha recibido usted alguna?

Lo pregunté con cierto temor; pero la señora Calthrop replicó con toda tranquilidad, abriendo un poco más los ojos.

—Ah, sí, dos... no, tres. He olvidado exactamente lo que decían. Algo muy tonto acerca de Dane y la maestra de escuela si mal no recuerdo. Una perfecta estupidez, porque Dane no es aficionado al flirteo. Nunca lo ha sido y es una suerte, siendo pastor.

—En efecto —respondí—; en efecto.

—Dane hubiera sido un santo —aseguró la señora—, de no ser demasiado intelectual.

No me consideré autorizado para responder a la crítica y, en cualquier caso, la señora Calthrop continuó volviendo al asunto de las cartas:

—¡Hay tantas cosas que pudieran decir las cartas, pero no dicen! Eso es lo que resulta más curioso.

—Yo no diría que pecaran de comedidas precisamente —dije con amargura.

—Es que no parecen saber nada... de cosas verdaderas.

—¿Qué quiere usted decir?

La vaga mirada de aquellos hermosos ojos se clavó en mí.

—Es que, claro, aquí no faltan las cosas mal hechas..., hay secretos vergonzosos en abundancia. ¿Por qué no hace uso de ellos la persona que escribe los anónimos?

Hizo una pausa, y luego preguntó con brusquedad:

—¿Qué decía su anónimo?

—Insinuaba que mi hermana Joanna no es mi hermana.

—Y, ¿lo es?

La señora Calthrop hizo la pregunta sin embarazo alguno, con muestras de amistoso interés.

—Claro que Joanna es mi hermana.

La señora Calthrop movió la cabeza en gesto afirmativo.

—Eso le demostrará a usted la verdad de lo que digo. Seguramente habrá otras cosas...

Me miró pensativamente y comprendí de pronto la razón de que Lymstock temiese a la señora Calthrop.

En la vida de todas las personas hay capítulos ocultos que ellas confían no se sabrán jamás. Me dio la impresión de que la señora Calthrop los conocía uno a uno.

Por primera vez en mi vida me encantó oír la voz cordial y potente de Aimée Griffith.

—Hola, Maud. Me alegro de haberla encontrado. Quería sugerirle un cambio de fechas para la tómbola. Buenos días, señor Burton.

Y prosiguió:

—Voy a asomarme a la tienda de ultramarinos a encargar unas cosas, y luego la acompañaré a usted al instituto, si no le molesta.

—Sí, sí, no faltaba más —dijo la señora Calthrop.

Aimée Griffith se metió en la tienda.

La señora Calthrop dijo:

—Pobrecilla...

Me quedé intrigado. ¿Era posible que se compadeciera de Aimée?

Ella prosiguió:

—¿Sabe, señor Burton? Estoy un poco asustada...

—¿Por la cuestión de los anónimos?

—Sí, porque supone... tiene que suponer...

Hizo una pausa, sumida en meditación. Luego dijo despacio, como quien resuelve un problema:

—Odio ciego... sí, odio ciego. Pero hasta un ciego puede alcanzar el corazón con un puñal por pura casualidad... Y, ¿qué sucedería entonces, señor Burton?

Estábamos destinados a saberlo antes de que hubiese transcurrido otro día.

Partridge, que disfruta con las calamidades, entró en el cuarto de Joanna a primera hora de la mañana siguiente, y le dijo con verdadera satisfacción que la señora Symmington se había suicidado la tarde anterior.

Joanna, que estaba sumida en las brumas del sueño, se incorporó, completamente despabilada por la sacudida que le produjo la noticia.

—Oh, Partridge, ¡eso es terrible!

—Vaya si es terrible, señorita. Es un pecado muy grande quitarse la vida. Aun cuando es verdad que la pobre se vio empujada a ello.

Joanna creyó vislumbrar la verdad entonces y sintió verdaderas náuseas.

—¿No habrá sido...?

Sus ojos interrogaron a Partridge y ésta movió afirmativamente la cabeza.

—Sí, señorita. Una de esas asquerosas cartas fue la causa.

—¡Es monstruoso! ¡Monstruoso a más no poder! Pero, de todas formas, no veo por qué había de suicidarse por una carta semejante.

—Parece ser que lo que decía la carta era cierto, señorita.

—¿Qué decía?

Pero, eso, o no lo sabía Partridge, o no quiso decirlo. Joanna vino a verme pálida y fuertemente conmovida, ya que la señora Symmington no era de la clase de personas que uno hubiera asociado a una tragedia semejante.

Joanna sugirió que invitáramos a Megan a pasar unos días con nosotros. Elsie Holland, dijo, se las arreglaría divinamente con los niños; pero era capaz de volver loca a Megan, con toda seguridad.

Estuve de acuerdo con ella. Me figuraba a Elsie Holland soltando vulgaridad tras vulgaridad y ofreciendo innumerables tazas de té. Una mujer bondadosa, pero no lo que necesitaba Megan.

Marchamos a casa de los Symmington en el coche después del desayuno. Los dos estábamos un poco nerviosos. Nuestra presencia pudiera interpretarse como pura curiosidad morbosa. Por fortuna nos encontramos con Owen Griffith que salía en aquel instante. Me saludó con cierto calor, mientras se le iluminaba el rostro.

—Ah, hola, Burton; me alegro mucho de verle. Ha sucedido lo que yo temía que iba a suceder tarde o temprano. ¡Es algo horrible!

—Buenos días, señor Griffith —dijo Joanna empleando el tono de voz que suele reservar para una de nuestras queridas tías, que es más sorda que una tapia.

Mi hermana es así.

Griffith la miró con sobresalto y se puso como la grana.

—Ah, ah, buenos días, señorita Burton.

—Creí que a lo mejor no me había visto.

Owen Griffith enrojeció más todavía, y su timidez le envolvió como un manto.

—Lo... lo siento mucho... estoy tan ocupado... que no me fijé...

Joanna prosiguió sin piedad:

—Después de todo, soy de tamaño natural.

—Sólo a medias —le dije yo con severidad, en un aparte.

Luego continué:

—Mi hermana y yo nos preguntábamos si no sería conveniente que la muchacha viniese a pasar unos días con nosotros. ¿Qué opina usted? No quiero meterme donde no me llaman; pero debe resultar un poco duro para la chica. ¿Cómo cree usted que lo tomaría Symmington?

Griffith reflexionó unos instantes.

—Yo creo que es una gran idea —dijo por fin—. Es una muchacha rara, nerviosa, y sería conveniente alejarla de aquí. La señorita Holland está haciendo maravillas... tiene una cabeza excelente... pero ya le sobra trabajo para atender a los dos niños y al propio Symmington. Éste está bastante deshecho... y aturdido.

—¿Fue —inquirí, vacilando— suicidio?

Griffith asintió con un movimiento de cabeza.

—Sí. No se trata de un accidente. Escribió: «No puedo continuar», en un trozo de papel. El anónimo debió llegar ayer con el correo de la tarde. El sobre estaba en el suelo junto a una silla, y la carta hecha una bola, en el hogar.

—¿Qué de...? —Me interrumpí horrorizado de mi propia osadía—Usted perdone —dije.

Griffith sonrió con cierta amargura.

—No tiene usted por qué avergonzarse de su pregunta. Esa carta se leerá en la encuesta judicial. No hay manera de evitarlo, por desgracia. Es la clase de anónimos de siempre... concebido en los mismos términos groseros. Lanzaban la acusación de que el segundo niño, Colin, no es hijo de Symmington.

—¿Y usted cree que eso es verdad? —dije, incrédulo.

Griffith se encogió de hombros.

—No poseo elementos de juicio. Sólo llevo aquí cinco años. Que yo haya visto, los Symmington eran una pareja plácida y feliz, consagrados el uno al otro y a los hijos. Es cierto que el niño no se parece gran cosa a los padres... tiene el cabello de un rojo intenso, por ejemplo..., pero a veces una criatura se parece más a un abuelo o a una abuela. Quizá fuese el escaso parecido lo que haya provocado la acusación. Un golpe canallesco, dado al azar.

—Pero dio de lleno en el blanco —observó Joanna—. Después de todo, ella no se hubiese suicidado de no haber sido cierta la acusación, ¿no le parece a usted, doctor?

Griffith contestó, indeciso:

—No estoy muy seguro. Hace algún tiempo que su salud se resentía... era una mujer neurótica, histérica. Sufría una crisis nerviosa. Creo posible que el sobresalto producido por semejante carta, redactada en esos términos, la llevase a un estado de pánico y desesperación tal, que la decidiera a quitarse la vida. Tal vez considerase que su esposo no habría de creerlo, si le negaba aquella historia, y la vergüenza y el disgusto pudieron influir en ella hasta el punto de privarla temporalmente de la razón.

—Suicidio en un rapto de locura —dijo Joanna.

—Exacto. Y pienso exponer mi punto de vista en la encuesta judicial.

Joanna y yo entramos en la casa.

Como la puerta estaba abierta, nos pareció más sencillo pasar que llamar al timbre, sobre todo al oír la voz de Elsie Holland en el interior.

Hablaba con el señor Symmington, que hundido en una butaca parecía completamente desmoralizado.

—Vamos, señor Symmington, debiera usted tomar alguna cosa. No ha desayunado, lo que se dice desayunar; anoche tampoco cenó nada. Con el disgusto y lo demás va a ponerse enfermo, y necesitará todas sus fuerzas. Eso es lo que dijo el doctor antes de marcharse.

Symmington replicó con voz inexpresiva:

—Es usted muy amable, señorita Holland, pero...

—Una buena taza de té caliente le hará bien... —dijo Elsie Holland, alargándole el brebaje con gran energía.

Personalmente yo le hubiera dado un buen vaso de whisky. Lo necesitaba. No obstante aceptó el té y mirando a Elsie Holland le dijo:

—No sé cómo darle las gracias por todo lo que ha hecho y está haciendo, señorita Holland. Se ha portado usted magníficamente.

La muchacha enrojeció, pareciendo satisfecha.

—Es muy agradable oírle decir eso, señor Symmington. Debe usted dejarme hacer todo lo que pueda por ayudar. No se preocupe por los niños..., yo cuidaré de ellos, y ya he apaciguado a los criados; si hay alguna otra cosa que pueda hacer, escribir cartas, o telefonear, no vacile en pedírmelo.

—Es usted muy amable —repitió Symmington.

Al dar la vuelta, Elsie Holland nos vio y vino apresuradamente al recibidor.

—¿No es terrible? —dijo en un susurro.

Al mirarla pensé que realmente era una muchacha muy atractiva. Amable, competente y práctica en casos de apuro. Sus espléndidos ojos azules estaban enrojecidos, lo cual demostraba que su corazón era lo bastante bondadoso como para derramar lágrimas por la muerte de su ama.

—¿Podemos hablar un momento con usted? —preguntó Joanna—. No quisiéramos molestar al apenado señor Symmington.

Elsie Holland asintió comprensivamente y nos condujo al comedor, que estaba situado al otro lado del vestíbulo.

—Ha sido terrible para él —dijo—. ¿Quién iba a pensar que pudiera ocurrir una cosa así? Aunque, desde luego, reconozco que hacía tiempo que estaba muy extraña. Muy nerviosa y excitable. Creí que sería cosa de su salud, pero el doctor Griffith siempre dijo que en realidad no tenía nada de particular. Pero estaba huraña e irritable y algunos días no sabía una cómo manejarla.

—Hemos venido para preguntarle si podríamos tener a Megan unos días en casa —dijo mi hermana—, es decir, si ella quisiera venir.

Elsie Holland pareció bastante sorprendida.

—¿Megan? —dijo con extrañeza—. No sé..., no estoy segura. Quiero decir que son ustedes muy amables, pero es una niña tan extraña... Nunca se sabe lo que va a decir o hacer.

Joanna continuó:

—Pensamos que tal vez fuese una ayuda.

—Oh, bueno, tal como están las cosas, lo sería, desde luego. Yo tengo que cuidarme de los niños... ahora están con la cocinera... y el pobre señor Symmington... que en realidad necesita más cuidados que nadie, y hay tanto que hacer y vigilar... que no tengo mucho tiempo para dedicarlo a Megan. Creo que está arriba, en el antiguo cuarto de los niños, en el último piso de la casa. Desea estar apartada de todo el mundo. No sé si...

Joanna me dirigió una rápida mirada y yo me apresuré a encaminarme hacia la escalera.

La habitación donde antes jugaban los niños estaba en el piso de arriba y daba a la carretera, por lo que tenía las persianas echadas.

En mitad de aquella penumbra distinguí a Megan acurrucada en un diván que había junto a la pared, y en el acto me recordó a un animalito asustado y escondido. Parecía petrificada por el terror.

—Megan —le dije—.

Y fui acercándome a ella con la expresión que se adopta cuando se quiere tranquilizar a un animal asustado. Casi me sorprendió no haber cogido una zanahoria o un terrón de azúcar. Me miraba con los ojos muy abiertos, pero no se movió, ni alteró su expresión.

—Megan —repetí—. Joanna y yo hemos venido a preguntarte si te gustaría pasar unos días en casa.

Su voz llegó hasta mí a través de la escasa claridad:

—¿Irme con ustedes? ¿A su casa?

—Sí.

—¿Quiere decir que me sacarán de aquí?

De pronto empezó a temblar de pies a cabeza; era algo impresionante y conmovedor.

—¡Oh, lléveme de aquí! Por favor. Es terrible estar aquí y sentirme tan malvada.

Me acerqué a ella y sus manos asieron la manga de mi chaqueta.

—Soy una cobarde. No sabía lo cobarde que era.

—Está bien, carita de mona —le dije—. Estas cosas desmoralizan. Vámonos.

—¿Podemos irnos en seguida? ¿Sin esperar ni un minuto?

—Bueno, supongo que tendrás que recoger algunas cosillas.

—¿Qué clase de cosas? ¿Por qué?

—Escucha, querida —le dije—. Nosotros podemos proporcionarte una cama, un cuarto de baño y demás, pero no voy a prestarte mi cepillo de dientes.

Lanzó una risa débil.

—Ya. Creo que hoy estoy tonta. No me haga caso. Iré a buscar mis cosas... Usted... usted no se irá... ¿Me esperará?

—Estaré esperándote encima del felpudo.

—Gracias. Muchísimas gracias. Siento ser tan estúpida, pero comprenda que es terrible quedarse sin madre.

—Lo sé —le dije.

Y luego de darle una palmada cariñosa en la espalda desapareció en el interior de un dormitorio. Yo bajé de nuevo a la planta baja.

—Encontré a Megan —anuncié—. Y se viene con nosotros.

—¡Oh, qué bien! —exclamó Elsie Holland—. Así saldrá de su ensimismamiento. Es bastante nerviosa, ya lo saben. Y difícil. Será un gran alivio pensar que no está bajo mi responsabilidad como todo lo demás. Es usted muy amable, señorita Burton, y espero que no le cause molestias. ¡Oh, el teléfono! Tengo que contestar yo. El señor Symmington no se encuentra bien.

Y salió corriendo de la habitación.

Joanna exclamó:

—¡Un verdadero ángel!

—Lo dices en un tono bastante desagradable —comenté—. Es una muchacha agradable y simpática y muy dispuesta.

—Mucho. Y lo sabe.

—Eso no es propio de ti, Joanna —le dije.

—¿Te refieres a porque me meto con ella?

—Exacto.

—Nunca pude sufrir a las personas tan satisfechas de sí mismas —replicó Joanna—. Despiertan mis peores instintos. ¿Dónde encontraste a Megan?

—Acurrucada en un cuarto oscuro y temblando como una gacela asustada.

—Pobre. ¿Mostró deseos de venir con nosotros?

—Le entusiasmó la idea.

Una serie de golpes en el recibidor anunciaron el descenso de Megan y su maleta. Yo salí para ayudarla, y Joanna dijo a mis espaldas en tono apremiante:

—Vámonos. Ya he renunciado dos veces a tomar té caliente.

Subimos al coche, y me contrarió que Joanna tuviera que subir la maleta. Yo podía andar con un solo bastón, pero aún no era capaz de realizar esfuerzos.

—Sube —le dije a Megan.

Obedeció y yo la seguí. Joanna puso el automóvil en marcha y partimos.

Una vez en Little Furze pasamos al salón.

Megan se dejó caer en una silla deshecha en lágrimas. Lloraba con el fervor de un niño... desgañitándose... ésa es la palabra. Salí de la habitación en busca de un calmante, y Joanna se quedó a su lado sin saber qué hacer.

Luego oí a Megan que decía con voz alterada por los sollozos:

—Siento portarme así. Debo parecer una completa idiota.

Joanna replicó en tono suave:

—Nada de eso. Toma otro pañuelo.

Y supongo que debió entregárselo. Volví a entrar en la habitación y alargué a Megan un vaso grande lleno hasta el borde.

—¿Qué es eso?

—Un combinado —le dije.

—¿Sí? ¿De veras? —las lágrimas de Megan se secaron como por encanto—. Nunca he tomado ninguno.

—Alguna vez ha de ser la primera —le contesté.

Megan lo probó con temor y luego apareció en su rostro una sonrisa resplandeciente y echando la cabeza hacia atrás lo bebió de un solo trago.

—Es estupendo —dijo—. ¿Puedo tomar otro?

—No —le contesté.

—¿Por qué no?

—Dentro de diez minutos es probable que lo sepas.

—¡Oh!

Megan dirigió su atención a Joanna.

—Estoy verdaderamente avergonzada por haberme echado a llorar de ese modo. No comprendo por qué. Parece una tontería, puesto que me encuentro tan bien aquí.

—No te preocupes —le dijo mi hermana—. Estamos muy contentos de tenerte en casa.

—Eso no puede ser verdad. Sólo lo dicen por cortesía, pero les estoy muy agradecida.

—Por favor, no me lo agradezcas —replicó Joanna—, o me enfadaré. Eres amiga nuestra y nos alegramos de tenerte aquí. Eso es todo...

Y se llevó a Megan arriba para instalarla.

Partridge, con aire contrariado, vino a anunciarme que había preparado dos flanes de postre, y a que le dijera lo que iba a hacer ahora con ellos.

La encuesta judicial se celebró tres días más tarde.

El fallecimiento de la señora Symmington ocurrió entre las tres y las cuatro de la tarde según opinión del forense. Se encontraba sola en la casa. Su esposo estaba en la oficina, las sirvientas tenían el día libre. Elsie Holland fue de paseo con los niños, y Megan salió en su bicicleta.

La carta debió llegar con el correo de la tarde. La señora Symmington la recogería del buzón y luego de leerla... y en un estado de gran excitación debió ir al cobertizo donde se guardaban las herramientas del jardín en busca de un poco de cianuro del que allí se guardaba para los nidos de abejas, lo disolvería en agua y lo bebería después de escribir sus últimas palabras: «No puedo continuar...»

Owen Griffith dio su opinión médica y puso de relieve su parecer en cuanto al estado de nervios y poca vitalidad de la señora Symmington, como hiciera con nosotros. El fiscal estuvo suave y distinto y habló condenando a la gente que escribe esos documentos despreciables que son los anónimos. Quienquiera que hubiese escrito aquella carta grotesca y malvada era moralmente responsable de un crimen, y dijo que esperaba que la policía no tardase en descubrir al culpable para detenerle. Semejante muestra de odio y malicia merecía ser castigada con todo el rigor de la Ley. Y debido a sus palabras, el jurado pronunció el inevitable veredicto: «Suicidio en un rapto de locura».

El fiscal había hecho cuanto pudo... Owen Griffith también, pero después, mezclado entre el enjambre de mujeres curiosas del pueblo, oí el mismo susurro silbante que ya comenzaba a conocer tan bien: «¡No hay humo sin fuego, eso es lo que digo!» Debía haber algo de cierto..., seguro, de otro modo ella no se hubiera suicidado...

Por un momento odié a Lymstock y a sus chismosas moradoras.

Una vez en la calle, Aimée Griffith dijo con un triste suspiro:

—Bueno, ya ha terminado. ¡Qué mala suerte para Dick Symmington que todo esto haya tenido que salir a relucir! Me pregunto si habría tenido ya alguna sospecha.

Me sobresalté.

—Pero sin duda le habrá usted oído decir que no había ni una palabra de verdad en esa carta infamante.

—Claro que lo dijo. E hizo bien. Un hombre tiene que apoyar a su esposa. Dick por lo menos es así. —Hizo una pausa antes de agregar—: ¿Sabe? Yo conozco a Dick Symmington desde hace mucho tiempo.

—¿De veras? —exclamé con sorpresa—. Tenía entendido, según me dijo su hermano, que hace sólo unos años que vino aquí a ejercer su profesión.

—Sí, pero Dick solía pasar temporadas en el Norte, donde yo nací, y por eso le conozco hace muchos años.

Miré a Aimée con curiosidad mientras continuaba con voz más dulce:

—Conozco muy bien a Dick... Es un hombre orgulloso y reservado, pero también de los que pueden ser muy celosos.

—Eso explicaría —repliqué— por qué la señora Symmington tuvo miedo de enseñarle, o hablarle, de la carta. Debió temer, si es que era celoso, que no creyera sus protestas de inocencia.

La señora Griffith me miró con disgusto.

—¡Cielos! —exclamó—. ¿Acaso cree usted que una mujer se tomaría una buena dosis de cianuro de potasio por una acusación falsa?

—El fiscal lo ha considerado posible... y su hermano también...

Aimée me interrumpió:

—Todos los hombres son iguales. Lo admiten todo por guardar las apariencias, pero no me «pescará» usted creyendo esas tonterías. Si una mujer inocente recibe un anónimo estúpido, se ríe y lo arroja al cesto de los papeles. Eso es lo que yo... —hizo una pausa repentina y luego continuó—: hubiera hecho.

Pero yo había reparado en su vacilación, y estaba casi seguro de que estuvo a punto de decir «Eso es lo que yo hice». Y decidí ser yo el que acusara.

—Ya —dije con aire satisfecho—. ¿De modo que también usted ha recibido uno?

Aimée Griffith era una de esas mujeres que aborrecen la mentira. Hizo una pausa momentánea..., enrojeció, y luego dijo:

—Pues sí. ¡Pero no voy a dejar que me preocupe!

—¿Era desagradable? —le pregunté con simpatía, como un compañero de penas.

—Naturalmente. Esas cosas siempre lo son. ¡Desvaríos de un lunático! Leí las primeras palabras, y al darme cuenta de lo que se trataba, lo arrojé rápidamente al cesto de los papeles.

—¿No pensó en enseñarlo a la policía?

—Entonces no. Pensé que cuanto menos se hablara de ello, antes se arreglaría.

Un pensamiento repentino acudió a mi mente.

«¡No hay humo sin fuego!», pero me contuve.

Le pregunté si la muerte de su madre afectaría económicamente a Megan, si le sería preciso ganarse el sustento.

—Creo que tiene una pequeña renta que le dejó su abuelo, y desde luego Dick siempre le ofrecerá su casa, pero sería muchísimo mejor que hiciera algo... y no limitarse a vagar por ahí como hace ahora.

—Me parece que Megan está en la edad en que las muchachas prefieren divertirse... y no trabajar.

Aimée enrojeció y dijo con acritud:

—Usted es como todos los hombres... les desagrada la idea de que haya mujeres competentes. Les parece increíble que las mujeres quieran tener una carrera. Mis padres también pensaban así. Yo quería estudiar medicina, y no quisieron oír hablar de pagar las matrículas... pero pagaron con gusto las de Owen; sin embargo, yo hubiera sido mejor médico que mi hermano.

—Lo siento —le dije—. Debió ser muy duro para usted. Cuando uno desea una cosa...

Se apresuró a interrumpirme.

—Oh, ahora ya pasó. Tengo mucha fuerza de voluntad. Mi vida es activa y estoy siempre ocupada. Soy una de las personas más felices de Lymstock. ¡Tengo tanto que hacer! Pero me rebelo contra esos prejuicios tontos y anticuados de los que opinan que el lugar de la mujer está sólo en el hogar.

—Siento haberla ofendido —le dije.

No tenía idea de que Aimée pudiera ser tan vehemente.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO TRES

Encontré a Symmington en el pueblo a última hora de la tarde.

—¿Le parece bien que Megan pase una temporadita con nosotros? —le pregunté—. Es una compañía para Joanna... que algunas veces se siente algo sola sin sus amistades.

—Oh... ¿Megan? Oh, sí; es usted muy amable.

En aquel momento le tomé una ojeriza a Symmington que nunca conseguí vencer del todo. Era evidente que había olvidado a Megan por completo. No me hubiera importado que la muchacha le desagradara abiertamente... algunas veces un hombre puede sentirse celoso de la hija del primer matrimonio de su esposa..., pero a él no le desagradaba..., es que ni se fijaba en ella. Sentía por Megan lo mismo que el hombre que no le agradan los perros y tiene uno en su casa..., se fijará en él cuando le haga tropezar, y le acariciará distraído cuando él vaya en busca de una caricia. La absoluta indiferencia que Symmington sentía por su hijastra me contrariaba en gran manera.

Le dije:

—¿Qué piensa hacer con ella?

—¿Con Megan? —Pareció sobresaltarse—. Pues, seguirá viviendo en casa. Quiero decir que desde luego es la suya.

Mi abuela, a quien yo quería mucho, solía cantar antiguas canciones acompañándose a la guitarra, y recuerdo que una de ellas terminaba así:

No estoy aquí, doncella mía,
no tengo espacio ni lugar,
ni mar ni playa donde morar
como no sea tu compañía.

Y me fui a casa tarareándola.

Emily Barton vino a vernos en cuanto terminamos de tomar el té.

Quería hablarme del jardín.

Estuvimos charlando sobre este tema por espacio de media hora, y luego regresamos a la casa.

Fue entonces cuando, bajando la voz, murmuró:

—Espero que esa niña... no haya sufrido demasiado por causa del terrible asunto.

—¿Se refiere a la muerte de su madre?

—Desde luego, pero también a lo... lo desagradable que se esconde tras ella.

Sentí curiosidad y deseé ver cómo reaccionaba.

—¿Qué opina usted de eso? ¿Es cierto?

—Oh, no. Seguro que no. Estoy convencida de que la señora Symmington nunca... pero él no... —la diminuta Emily Barton estaba sonrojada y confusa—. Quiero decir que no es cierto... aunque desde luego alguien pudo pensarlo.

—¿Pensarlo? —exclamé extrañado.

Emily Barton estaba sonrosada como una pastorcita de porcelana de Dresde.

—No puedo dejar de pensar que todas esas terribles cartas, con toda la pena y dolor que han causado, debieron ser enviadas con un *propósito.*

—Desde luego —repuse.

—No, no, señor Burton, no me comprende usted. No me refiero a la criatura descarriada que las escribiera..., pudo ser cualquier malvado. Quiero decir que fueron cosas de... la Providencia. Para hacernos ver nuestras deficiencias y nuestros pecados.

—Estoy seguro —le dije— de que el todopoderoso hubiera escogido un arma menos desagradable.

La señorita Emily replicó que Dios actúa de modo misterioso.

—No —insistí—. Hay demasiada tendencia a atribuir a Dios los males que el hombre comete por su libre voluntad. Más bien me parece cosa del diablo. Dios no necesita castigarnos, señorita Barton. Ya nos afanamos por castigarnos nosotros mismos.

—Lo que no puedo comprender es por qué ha de querer hacer nadie una cosa así.

Me encogí de hombros.

—Una mentalidad retorcida.

—Me parece muy triste.

—A mí, no; sólo reprobable.

El color había desaparecido de las mejillas de la señorita Barton, que ahora estaba muy pálida.

—Pero, ¿por qué, señor Burton? *¿Por qué?* ¿Qué placer pueden encontrar en eso?

—Ninguno que usted y yo podamos comprender, a Dios gracias.

Emily Barton bajó la voz.

—Hasta ahora no había ocurrido nunca una cosa así... que yo recuerde. Éste fue siempre un pueblo feliz. ¿Qué hubiera dicho mi madre? Bueno, tengo que dar gracias de que no haya tenido que vivirlo.

Yo pensé, por todo lo que había oído, que la señora Barton fue lo bastante fuerte para resistir cualquier cosa, y que probablemente hubiera disfrutado con la novedad.

Pregunté:

—¿Usted... no... eh... no recibió ninguno?

Se puso como la grana.

—Oh, no..., oh, no, desde luego. ¡Oh! Hubiera sido horrible.

Me apresuré a disculparme, pero se marchó todavía contrariada.

Entré en casa. Joanna estaba de pie ante el fuego de la chimenea que acababa de encender, porque por las noches seguía refrescando. En la mano tenía una carta abierta.

Al oírme entrar en la habitación volvió la cabeza rápidamente.

—¡Jerry! Encontré esta carta en el buzón... la trajeron a mano. Empieza así: «Tu pintarrajeada amiguita...»

—¿Qué más dice?

Joanna hizo una mueca.

—Lo mismo que la otra.

Y la arrojó al fuego. Con un gesto rápido que me produjo un agudo dolor en la espalda, me agaché para cogerla antes de que se quemara.

—No —expliqué—. Puede hacernos falta.

—¿Para qué?

—Para llevarla a la policía.

El primer inspector Nash vino a verme a la mañana siguiente. Desde el primer momento me resultó simpático. Era uno de los mejores tipos de policía. Alto, marcial, de ojos reflexivos, y modales agradables y naturales.

—Buenos días, señor Burton —me dijo—.Supongo que adivinará por qué he venido a verle.

—Sí, creo que sí. Por el asunto de los anónimos.

Asintió.

—Tengo entendido que ha recibido uno.

—Sí, poco después de haber llegado aquí.

—¿Qué decía exactamente?

Reflexioné unos segundos, y luego lo fui repitiendo palabra por palabra con la mayor exactitud posible.

El inspector me escuchaba con rostro impasible y sin dar muestras de la menor emoción.

Cuando hube terminado, me dijo:

—Ya. ¿No guardó usted esa carta, señor Burton?

—Lo siento, pero no lo hice. Comprenda, pensé que sería una demostración de odio aislado contra los recién llegados a este lugar.

El primer inspector inclinó la cabeza con aire comprensivo.

—Es una lástima —dijo.

—Sin embargo —continué—, mi hermana recibió otra ayer, y pude evitar que la arrojara al fuego.

—Gracias, señor Burton, obró usted muy cuerdamente.

Fui hasta mi escritorio, y luego de abrir el cajón que tenía cerrado con llave, la saqué. La había guardado allí por considerarla poco indicada para los ojos de Partridge. Después se la entregué a Nash.

La leyó de cabo a rabo y a continuación alzando los ojos me preguntó:

—¿Tiene la misma apariencia que la otra?

—Me parece que sí... que yo recuerde.

—¿Había la misma diferencia entre el sobre y el texto?

—Sí —contesté—. El sobre estaba escrito a máquina, y la carta había sido compuesta pegando letras impresas recortadas de algún libro.

Nash se la guardó en el bolsillo con un gesto de asentimiento y luego dijo:

—Señor Burton, ¿le importaría venir conmigo a la comisaría? Podríamos celebrar allí una especie de conferencia y así ahorraríamos mucho tiempo.

—En absoluto. ¿Quiere que vaya ahora mismo?

—Si no le importa.

Ante la puerta aguardaba un coche de la policía, y subimos a él.

—¿Usted cree que podremos llegar al fondo de la cuestión? — le pregunté.

Nash asintió con firme convencimiento.

—Oh, sí, desde luego que sí. Es cuestión de tiempo y rutina. Estos casos suelen ser lentos, pero seguros. Es cuestión de ir estrechando las cosas.

—¿Por eliminación? —quise saber.

—Sí. Y la rutina general.

—¿Vigilando los buzones, examinando las máquinas de escribir, huellas dactilares, etcétera?

Sonrió.

—Exactamente.

En la comisaría encontré a Symmington y Griffith, y me presentaron a un hombre alto, de mandíbula cuadrada, vestido de paisano: el inspector Graves.

—El inspector Graves —explicó Nash— ha venido de Londres para ayudarnos. Es un experto en anónimos.

El inspector Graves sonrió con aire triste, cosa que me hizo pensar que una vida dedicada a la persecución de escritores de cartas anónimas debía ser muy deprimente. Sin embargo, Graves mostró cierto entusiasmo melancólico.

—Estos casos son todos iguales —dijo con voz profunda de sabueso amargo—. Es sorprendente. Las palabras y las cosas que dicen esas cartas son por lo general exactamente las mismas.

—Tuvimos un caso semejante hará un par de años —intervino Nash— Y el inspector Graves también nos ayudó entonces.

Vi que algunas de las cartas estaban abiertas sobre la mesa delante de Graves, quien evidentemente las habría estado examinando.

—La dificultad está en conseguir las cartas —dijo Nash—. O bien las arrojan al fuego, o no quieren admitir haberlas recibido. Por tonterías y por temor de verse mezclados con la policía. Aquí son algo atrasados.

—No obstante, tenemos un buen puñado de ellas —dijo Graves.

Nash sacó de su bolsillo la carta que yo le había dado y la entregó a Graves.

Éste la miró y luego de dejarla junto a las otras, observó en tono aprobador:

—Muy bonita..., sí, muy bonita.

No era ésa la palabra que yo hubiera escogido para describir la epístola en cuestión, pero imagino que los expertos tienen otros puntos de vista, y me alegré de que aquella retahíla de calumnias y groserías pudieran proporcionar satisfacción a *alguien.*

—Tenemos bastante material para comenzar a trabajar — dijo el comisario Graves—, y yo les pido, caballeros, que si reciben alguna más se apresuren a entregármela. Y también si saben de alguien que las reciba...

usted especialmente, doctor, entre sus pacientes... hagan lo posible por hacerse con ellas y traérmelas aquí. Ya tengo —fue levantando por turno las cartas— una del señor Symmington recibida hará cosa de dos meses, otra del doctor Griffith, otra de la señorita Ginch, otra que escribieron a la señora Mudge, la mujer del carnicero, a Pennifer Clark, la camarera de *Las Tres Coronas,* a la señora Symmington, y ahora ésta de la señorita Burton..., ah, sí, y la del director del Banco. Ya encontraremos más.

—Una colección muy completa —observé.

— ¡Y ninguna que no pueda compararse con otros casos! Ésta es casi una copia exacta de la que escribiera aquella sombrerera. Esta otra es igual a la de un caso que tuvimos en Northumberland..., las escribía una colegiala. Les aseguro, caballeros, que me gustaría ver algo *nuevo...* en vez de siempre lo mismo.

—No hay nada nuevo bajo el sol —murmuré.

—Cierto, señor. Podría comprobarlo si perteneciera a nuestro cuerpo.

Nash, suspirando, dijo:

—Y que lo diga.

Symmington preguntó:

—¿Han formado ya una opinión definitiva en cuanto al autor de los anónimos?

Graves aclaró su garganta antes de lanzar un pequeño discurso.

—Existen ciertas similitudes en todas esas cartas, que iré enumerando por si les sugiere alguna idea, caballeros. El texto de las misivas está compuesto por letras individuales recortadas de un libro impreso. Se trata de un libro antiguo... yo diría que fue editado allá por el año mil ochocientos treinta. Evidentemente se hizo para evitar el riesgo de que la escritura fuera reconocida, cosa que como la mayoría de la gente sabe hoy en día, resulta bastante fácil..., ya que el disfrazar una letra no consigue engañar a un experto. En esas cartas y sobres no hay huellas características. Es decir, fueron tocadas por los empleados de Correos, el receptor, y también se han encontrado algunas otras, pero no coinciden en absoluto, demostrando que quien las escribió tuvo buen cuidado de usar guantes.

»Los sobres están escritos con una máquina "Windsor" número siete, muy usada, cuya *a y t* bailan un poco. La mayoría fueron echadas al correo en la misma localidad, o dejadas en los buzones de las casas, a mano. Por consiguiente, no cabe duda de que su procedencia es local. Fueron escritas

por una mujer, y, en mi opinión, por una mujer de mediana edad, y probablemente, aunque no es del todo seguro, se trata de una soltera.

Durante un par de minutos guardamos un silencio respetuoso. Luego, dije:

—La máquina de escribir es su mejor pista, ¿no? Será fácil localizar en un sitio como éste.

Graves replicó, meneando la cabeza con pesar:

—Ahí es donde se equivoca.

—El encontrar la máquina de escribir fue demasiado fácil por desgracia —explicó el primer inspector Nash—. Es una muy vieja que tenía el señor Symmington en su oficina, y que luego regaló al Instituto Femenino, donde me atrevo a asegurar que puede entrar quien lo desee. Todas las señoras de la localidad suelen ir con frecuencia al Instituto.

—¿Y no han podido averiguar nada por... por las pulsaciones...? ¿No se llaman así?

Graves asintió de nuevo.

—Sí, puede hacerse..., pero esos sobres fueron escritos por alguien que utilizó un dedo.

—Entonces fue alguien poco acostumbrado a escribir a máquina...

—No, yo no lo aseguraría. Tal vez fue alguien que sabía escribir a máquina perfectamente, pero no quería que nosotros lo supiéramos.

—Quienquiera que haya escrito esas cartas, ha sido muy astuto —dije despacio.

—Lo es, lo es —replicó Graves—. Empleó todos los trucos del ramo.

—Nunca hubiera dicho que estas pueblerinas fueran tan inteligentes —comenté.

Graves tosió.

—Me temo que no he hablado con bastante claridad. Esas cartas fueron escritas por una mujer educada.

—¿Qué? ¿Por una dama?

La palabra me salió involuntariamente. Hacía años que no la utilizaba y, sin embargo, acudió a mis labios sin darme cuenta, como un eco de tiempos pasados, recordándome cuando mi abuela decía con voz arrogante: «Desde luego que ella no es una *dama,* querido».

Nash me comprendió en el acto, pues aquella palabra también significaba algo para él.

—No ha de ser precisamente una dama —dijo—. Pero, desde luego, no es una mujer del pueblo. Aquí hay muchas incultas, que no saben ortografía y desde luego no saben expresarse con facilidad.

Guardé silencio porque estaba sorprendido. Inconscientemente había imaginado a la autora de las cartas como una mujer rencorosa, medio chiflada.

Symmington convirtió mis pensamientos en palabras, diciendo:

—Ya oyó usted lo que declaré en el juzgado. En caso de que usted pensara que mi declaración fue movida por el deseo de proteger la memoria de mi esposa, quisiera repetir ahora que estoy firmemente convencido de que lo que se insinúa en la carta que recibió, era absolutamente falso. Sé que era falso. Mi esposa era una mujer muy sensible, y... eh... bueno..., *mojigata*, en ciertos aspectos. Semejante carta debió ser un gran golpe para ella, y tenía tan poca salud...

Graves respondió casi al instante:

—Es muy probable que sea como usted dice, señor Symmington. Ninguna de esas cartas revela conocimientos íntimos. Son acusaciones lanzadas al azar, y no se intentó el chantaje. Tampoco parece haber ningún fin religioso... como ocurre a veces. ¡Sólo demuestran grosería y despecho! Y ése va a ser el camino que nos lleve hacia el culpable.

Symmington se puso en pie a pesar de ser un hombre seco y poco emotivo, se notaba que le temblaban los labios.

—Espero que descubran pronto a esa endemoniada. Asesinó a mi esposa igual que si la hubiera atravesado con un puñal —Hizo una pausa—. Quisiera saber qué es lo que siente en estos momentos.

—¿Qué debe sentir, Griffith? —pregunté, considerando que él era el más apropiado para contestar.

—Sólo Dios lo sabe. Tal vez remordimientos. Por otro lado es posible que disfrute con su poder, y tal vez la muerte de la señora Symmington no haya satisfecho su manía.

—Espero que no —dije yo con un ligero estremecimiento—, porque de ser así...

Vacilé y Nash terminó la frase por mí.

—...¿volverá a intentarlo? Eso, señor Burton, sería lo mejor que podría ocurrir para nosotros. Recuerde que... tanto va el cántaro a la fuente que al fin se rompe... y eso nos facilitaría...

—Estaría loca si continuara escribiendo anónimos —exclamé.

—Pues continuará —replicó Graves—. Siempre lo hacen. Es un vicio, ¿sabe?, y no pueden dejarlo.

Volví a estremecerme, y les pregunté si todavía me necesitaban. Deseaba salir al aire libre, pues aquella atmósfera se me hacía irrespirable.

—De momento no le necesitamos más, señor Burton —dijo Nash—. Sólo le aconsejo que tenga los ojos bien abiertos y haga toda la propaganda que pueda... es decir, apremiando a sus amigos para que nos notifiquen en seguida si reciben otras cartas.

Asentí.

—Yo creo que a estas alturas todos los habitantes de Lymstock han recibido alguna —dije.

—Me pregunto... —dijo Graves ladeando un poco la cabeza antes de decirme—: ¿No sabe de alguien en concreto que no haya recibido ninguna?

—¡Qué pregunta más extraordinaria! No es probable que la población en general me haga partícipe de sus confidencias.

—No, no, señor Burton. No me refería a eso. Quería saber únicamente si usted sabía con certeza de alguien que no hubiera recibido ningún anónimo.

—Pues, a decir verdad —vacilé—, en cierto modo lo sé.

Y repetí mi conversación con Emily Barton y lo que ella me dijera. Graves recibió mi información con cara de palo y me replicó:

—Bueno, eso puede sernos útil. Tomaré nota.

Salí al sol de la tarde con Owen Griffith, y una vez en la calle lancé una exclamación de disgusto.

—Bonito sitio éste para un hombre que viene a tumbarse al sol y curar sus heridas. Destila veneno y parece tan apacible e inocente como el Jardín del Paraíso.

—Incluso allí —replicó Owen— había una serpiente.

—Escuche, Griffith, ¿es que acaso saben algo? ¿Tienen alguna idea de quién puede ser el culpable?

—No lo sé. Emplean una técnica maravillosa esos policías... parecen tan francos y apenas dicen nada.

—Sí, Nash es un sujeto simpático.

—Y muy capaz.

—Si en este pueblo hay algún perturbado, usted debe saberlo —le dije en tono acusador.

Griffith meneó la cabeza con aire desanimado... o tal vez más que eso... me pareció preocupado, cosa que me hizo pensar si tenía alguna sospecha.

Habíamos ido caminando por la calle Alta y yo me detuve ante la puerta del administrador de nuestra casa.

—Creo que el segundo plazo de alquiler debe pagarse... por adelantado. Tengo intención de pagarlo en seguida y marcharme con Joanna, aunque tenga que dar además una indemnización.

—No se marchen —dijo Owen.

—¿Por qué no?

No contestó de momento, pero al cabo de unos minutos me dijo:

—Después de todo... creo que tiene razón. Lymstock no es un lugar saludable en estos momentos. Y pudiera perjudicarle a usted... o a su hermana.

—A mi hermana no hay quien la perjudique —repliqué—. Es muy entera. Yo soy el débil. Este asunto me pone enfermo.

—Y a mí también —repuso Owen.

Empujé la puerta de la casa del administrador, pero sin abrirla del todo.

—Pero no me iré —dije—. La curiosidad es más fuerte que la cobardía, y quiero conocer la solución.

Entré en la casa.

Una mujer que estaba escribiendo a máquina se levantó para recibirme. Tenía los cabellos encrespados y sonreía con afectación; pero, no obstante, la encontré más inteligente que la joven de lentes que antes ocupara aquella oficina.

Minutos más tarde, algo que me era familiar en ella, penetró hasta mi consciente. Era la señorita Ginch, la última secretaria de Symmington.

Y lo comenté.

—¿Usted trabajaba en Galbraith, Galbraith y Symmington, no es cierto? —le dije.

—Sí. Sí, desde luego, pero creí conveniente marcharme. Éste es un buen empleo, aunque no tan bien pagado, si bien hay cosas que valen más que el dinero, ¿no cree usted?

—Indudablemente —le contesté.

—Esas horribles cartas —dijo la señorita Ginch—. Recibí una espantosa que hablaba de mí y el señor Symmington... oh, era terrible y, ¡las cosas que

decía! Sabía bien cuál era mi deber y la llevé a la policía, aunque desde luego, no fue nada agradable para mí...

—No, no; lo comprendo.

—Pero me dieron las gracias diciéndome que había hecho muy bien. Mas después de eso pensé que la gente murmuraba... y así debió ser ya que si no, ¿de dónde habría salido la idea...? Y decidí evitar hasta la apariencia del mal, aunque no hubiera habido nunca nada entre el señor Symmington y yo.

Me sentí violento.

—Claro, claro, por supuesto.

—Pero la gente es tan mal pensada... Sí, ¡cielos, tan mal pensada!

A pesar de querer evitar su mirada, tropecé con ella e hice un desagradable descubrimiento.

La señorita Ginch parecía estar disfrutando mucho.

Aquel mismo día ya había tropezado con otra persona que reaccionó satisfactoriamente con respecto a los anónimos. Pero el entusiasmo del inspector Graves era profesional, y el de la señorita Ginch me resultaba muy sugestivo y perturbador.

Una idea asaltó mi mente.

¿Lo habría escrito la propia señorita Ginch?

Cuando regresé a casa, la señora Calthrop estaba hablando con Joanna y me pareció enferma y pálida.

—Ha sido un terrible golpe para mí, señor Burton —dijo—. Pobrecilla, pobrecilla.

—Sí —repuso—. Es terrible pensar que alguien llegue al extremo de quitarse la vida.

—Oh, ¿se refiere usted a la señora Symmington?

—¿Usted no?

La señora Calthrop meneó la cabeza.

—Claro que es digna de compasión, pero eso hubiera ocurrido de todas maneras, ¿no le parece?

—¿Por qué había de parecérselo? —preguntó Joanna en tono seco.

La señora Calthrop volvióse hacia ella.

—Oh, yo sí lo creo, querida. Si el suicidio se considera una escapatoria ante las contrariedades, entonces no importa mucho las que sean. Cuando hubiera tenido que enfrentarse con algo desagradable hubiese hecho lo

mismo. Lo que no hubiera imaginado nunca es que fuese de esa clase de mujeres; ni yo ni nadie, con un gran amor a la vida... y no de las que se dejan invadir por el pánico, pero... estoy empezando a darme cuenta de lo poco que sé de nadie.

—Sigo teniendo curiosidad por saber a quién se refería al decir «pobrecilla» —observé.

Me miró con extrañeza.

—Pues a la mujer que escribió esas cartas, desde luego.

—Pues yo no malgastaré mi compasión en ella —repliqué secamente.

La señora Calthrop se inclinó hacia delante y apoyando una mano sobre mi rodilla, dijo:

—Pero, ¿no se da usted cuenta...? ¿Es que no tiene sentimientos? Piense en lo desgraciada que debía sentirse para escribir esas cosas. ¡Qué sola, qué alejada de toda simpatía humana! Envenenándose poco a poco con ese oscuro veneno que ha encontrado un escape por ese medio. Me siento pesarosa. En este pueblo existe un ser tan desgraciado y yo no tenía la menor idea. No puede una impedir las acciones... ni nunca lo intento siquiera, pero esa desdicha negra e interna... como una herida en un brazo... amoratado e hinchado. Si puede abrirse para dejar paso al veneno, éste fluye con facilidad. Sí, pobrecilla... pobrecilla.

Se levantó para marcharse.

No estaba de acuerdo con ella, ni sentía la menor compasión por una escritora de cartas anónimas, pero pregunté con curiosidad:

—¿Tiene usted alguna idea de quién es esa mujer, señora Calthrop?

Volvió los ojos perplejos hacia mí.

—Bueno —dijo—, podría adivinarlo..., pero también equivocarme, ¿no?

Y atravesó la puerta volviendo la cabeza para decir:

—Dígame, señor Burton, ¿por qué no se ha casado?

En cualquier otra persona aquélla hubiera sido una impertinencia, pero la señora Calthrop daba la impresión de que se le acababa de ocurrir entonces y por eso lo preguntaba.

—Digamos... que no encontré a la mujer ideal... —repliqué en son de chanza.

—Digámoslo —dijo la señora Calthrop—, pero no es una respuesta apropiada, ya que muy pocos hombres se casan con su ideal.

Y esta vez sí se marchó. Joanna me dijo:

—¿Sabes que me parece que está loca? Pero me gusta. La gente del pueblo la teme.

—Y yo también un poco.

—Porque nunca sabes lo que va a decir a continuación.

—Sí. Y sus corazonadas suelen dar en el clavo con asombrosa exactitud.

Joanna dijo despacio:

—¿Crees de veras que la persona que ha escrito esas cartas se siente desgraciada?

—¡Ignoro lo que esa condenada bruja pensará o sentirá! Y tampoco me importa. Son sus víctimas las que me dan lástima.

Ahora me parece extraño que en nuestras elucubraciones acerca del estado de ánimo de la Pluma Venenosa, pasáramos por alto lo más evidente. Griffith la había imaginado triunfante. Yo, presa de remordimientos... por el resultado de su obra; y la señora Calthrop como un ser desgraciado.

No obstante, la reacción inevitable que no habíamos tenido en cuenta... o tal vez debiera decir que yo no había considerado... era el «miedo».

Porque con la muerte de la señora Symmington las cartas habían pasado de una categoría a otra. Ignoro cuál sería la posición legal... supongo que Symmington lo sabría, pero era evidente que con una muerte como resultado, la posición del autor o la autora de los anónimos era mucho más seria. No podrían pasar como una simple broma, una vez aclarada la identidad del autor. La policía trabajaba activamente; se había solicitado la ayuda de un experto de Scotland Yard, y ahora era de vital importancia para el autor de las cartas permanecer en el anónimo.

Y dando por hecho, que el «miedo» fuera su reacción natural, a ella seguían otras consecuencias cuyas posibilidades yo desconocía... aunque fueran igualmente obvias.

A la mañana siguiente Joanna y yo bajamos bastante tarde a desayunar. Es decir, tarde, por las normas de Lymstock. Eran las nueve y media, hora en que Joanna empezaba a abrir un ojo en Londres y los míos seguían completamente cerrados.

Sin embargo, cuando Partridge nos preguntó: «¿Querrían el desayuno a las ocho y media o a las nueve?», ni Joanna ni yo tuvimos ánimos para sugerir otra hora más tardía.

Con disgusto vi que Aimée Griffith estaba de pie en los escalones del porche hablando con Megan.

Y al vernos exclamó con su cordialidad acostumbrada:

—¡Hola, dormilones! Hace horas que estoy levantada.

Eso, por supuesto, era cosa suya. Es natural que un médico desayune temprano, y una hermana como Dios manda debe servirle el té o el café..., pero eso no le da derecho a entrometerse en casa de sus vecinos más remolones.

Las nueve y media de la mañana no es hora de hacer visitas. Megan se apresuró a entrar en la casa y yo me pregunté si habría interrumpido su desayuno.

—Dije que no entraría —explicó Aimée Griffith—. Sólo quería preguntar a la señorita Burton si podía desprenderse de algunas verduras para el puesto de la Cruz Roja que tenemos en la carretera principal. De ser así, haré que Owen venga a recogerlas en el coche. —Sale usted muy temprano —le dije.

—«A quien madruga Dios le ayuda» —replicó Aimée—. Hay más posibilidades de encontrar a la gente en casa a esta hora del día. Ahora voy a ver al señor Pye, y esta tarde tengo que ir a Brenton con las exploradoras.

—Su energía me da fatiga —le dije.

En aquel momento sonó el teléfono y fui hasta el fondo del recibidor para atender la llamada, dejando a Joanna demostrando su ignorancia con respecto a los productos de la huerta.

—¿Diga? —dije al coger el teléfono.

Desde el otro extremo del hilo, llegó hasta mí el rumor de una respiración agitada y luego una voz femenina exclamó:

—¡Oh!

—¿Diga? —volví a decir.

—¡Oh! —repitió la voz, agregando a continuación—: ¿Es ahí es ahí... Little Furze?

—Sí, aquí, Little Furze.

—¡Oh! —Evidentemente éste era el principio de cada frase. La voz preguntó con cautela—: ¿Podría hablar un momento con la señorita Partridge?

—Desde luego —repliqué—. ¿De parte de quién?

—Oh, dígale de parte de Agnes, ¿quiere?, Agnes Waddle.

—¿Agnes Waddle?

—Eso es.

Dejando el teléfono subí la escalera, pues oía el rumor de las actividades caseras de Partridge en el piso superior.

—¡Partridge! ¡Partridge!

Partridge apareció en lo alto de la escalera con un gran estropajo en una mano y bajo su aspecto respetuoso se leía la pregunta: ¿Qué es lo que ocurre *ahora?*

—Diga, señor.

—Agnes Waddle desea hablar con usted. Está al teléfono.

—¿Cómo dice el señor?

Alcé la voz:

—Agnes Waddle.

He escrito el nombre tal como yo lo imaginaba, pero ahora lo haré tal como se escribía en realidad:

—Agnes Woddell..., ¿qué puede querer ahora?

Bastante alterada Partridge dejó su estropajo, apresurándose a bajar la escalera con gran movimiento de su traje estampado.

Yo me retiré estratégicamente hacia el comedor, donde Megan estaba devorando un plato de riñones con tocino, y al contrario que Aimée Griffith no me «recibió con rostro radiante». Apenas contestó con un gruñido a mi saludo matinal, y continuó comiendo en silencio.

Abrí el periódico de la mañana y al cabo de un par de minutos entró Joanna con aspecto contrariado.

—¡Caramba! —dijo—. Qué cansada estoy, y creo haber puesto de relieve mi crasa ignorancia con respecto a las épocas de cultivo. ¿No hay habas en esta época del año? ¿Lo sabes tú?

—En la primavera —dijo Megan.

—Bueno, en Londres hay todo el año —dijo Joanna para defenderse.

—En lata, tontuela —le dije—. Y las traen los barcos de todos los rincones del Imperio.

—¿Cómo el marfil, los monos y los pavos reales? —preguntó mi hermana.

—Exacto.

—Preferiría tener pavos reales —replicó Joanna pensativa.

—Y yo quisiera tener un monito —dijo Megan.

Joanna continuó pensativa mientras mondaba una naranja.

—Me gustaría saber lo que sienten las personas como Aimée Griffith siempre rebosando salud, vigor y alegría de vivir. ¿Crees que alguna vez estará cansada, deprimida o... o preocupada?

Le contesté que tenía pleno convencimiento de que Aimée Griffith no estaba nunca preocupada y seguí a Megan hasta el porche, saliendo por uno de los ventanales abiertos.

Mientras estaba allí llenando mi pipa, oí que Partridge entraba en el comedor y decía con voz grave:

—¿Puedo hablar un momento con usted, señorita?

«Dios mío —pensé—. Espero que Partridge no quiera dejarnos. Emily Barton se disgustaría mucho con nosotros si lo hiciera.»

Partridge estaba diciendo:

—Debo disculparme, señorita, por esta llamada telefónica. Es decir, la joven que me llamó debía saber que no debe hacerse. Nunca tuve costumbre de utilizar el teléfono ni permitir que mis amigas me telefonearan, y siento mucho que esto haya ocurrido y que el señorito haya tenido que avisarme...

—Bueno, Partridge, no tiene importancia —dijo mi hermana tratando de consolarla—. ¿Por qué no pueden llamarla sus amigas, si desean hablar con usted?

Imaginé que el rostro de Partridge debía estar más sombrío que de costumbre al responder fríamente:

—Esas cosas no han ocurrido nunca en esta casa. La señorita Emily no lo hubiera permitido. Como le digo, siento que haya ocurrido, pero Agnes Woddell, la muchacha que me llamó, estaba muy preocupada, es muy joven y no sabe lo que corresponde a la casa de un caballero.

«Vaya una buena lección que te está dando, Joanna», pensé.

—Esta chica, Agnes, la que me llamó —continuó Partridge—, trabajaba antes aquí conmigo. Entonces tenía dieciséis años y acababa de salir del orfanato. Y claro, no teniendo casa, ni madre, ni parientes que la aconsejen, tiene la costumbre de acudir a mí. Yo puedo decirle lo que debe hacer, ¿comprende?

—¿Sí? —exclamó Joanna y esperó.

Sin duda todavía quedaba algo por añadir.

—Por ello, señorita, voy a tomarme la libertad de pedirle que permita que Agnes venga a tomar el té en la cocina esta tarde. ¿Sabe?, es su día

libre, y por lo visto quiere consultarme algo. De no ser así no me atrevería a pedírselo.

Joanna pareció asombrarse.

—¿Por qué no puede invitar a tomar el té a sus amigas de cuando en cuando?

Partridge se irguió adoptando un aspecto formidable, según me explicó Joanna más tarde, para replicar:

—No ha sido ésa la costumbre de esta casa, señorita. La anciana señora Barton nunca permitió que recibiéramos visitas en la cocina, excepto en nuestros días libres, en cuyo caso podíamos traer aquí a nuestras amigas en vez de salir, pero en los días de trabajo, no. Y la señorita Emily sigue las antiguas costumbres.

Joanna suele ser amable con el servicio, y todos la quieren, mas no consiguió romper nunca el hielo con Partridge.

—Es inútil, pequeña —le dije cuando Partridge se hubo marchado y Joanna vino a reunirse conmigo en el porche—. Tu simpatía y benevolencia no son apreciadas. Ella prefiere las costumbres antiguas y hacer las cosas como deben hacerse en la casa de un caballero.

—Nunca oí que la tiranía llegase hasta el punto de no permitirles ver a sus amistades —dijo mi hermana—. Está muy bien, Jerry, pero no es posible que les guste ser tratados como esclavos negros.

—Pues evidentemente, sí —repliqué—. Por lo menos a las Partridge de esta parte del mundo.

—No puedo imaginar por qué no le soy simpática. Lo soy para la mayoría de la gente.

—Tal vez te desprecia por considerarte poco apta para el manejo de una casa. Tú nunca pasas el dedo por encima de los estantes en busca de indicios de polvo... ni miras debajo de las alfombras... No preguntas qué ha sido de las sobras del *souflé de* chocolate, ni la obligas a preparar un buen *pudding.*

—¡Bah! —exclamó Joanna, agregando a continuación—: Hoy no tengo más que fracasos. He sido despreciada por Aimée debido a mi ignorancia del reino vegetal... desairada por Partridge por mostrarme como un ser humano. Me voy al jardín y empezaré a devorar gusanos.

—Megan está allí ya —le dije.

Megan se había alejado hacía unos minutos y ahora estaba de pie en mitad de una zona cubierta de césped, como un pájaro reflexivo que espera su alimento.

Sin embargo, no tardó en venir hacia nosotros diciendo inesperadamente:

—Debo irme a casa hoy mismo.

—¿Qué? —El corazón me dio un vuelco.

Y continuó enrojeciendo, pero con determinación; muy decidida, me dijo:

—Han sido muy buenos al tenerme en su casa y espero no haberles causado demasiadas molestias. He disfrutado mucho, pero ahora debo regresar, porque después de todo, bueno, ésta no es mi casa y no puedo quedarme siempre aquí... así que he pensado marcharme esta mañana.

Joanna y yo tratamos de disuadirla, pero estaba bien decidida y al fin mi hermana sacó el coche y Megan fue a preparar sus cosas.

La única persona que parecía satisfecha era Partridge, que casi sonreía. A ella nunca le agradó gran cosa Megan.

Yo estaba de pie en mitad del césped cuando Joanna regresó de acompañarla.

Me preguntó si me creía un reloj de sol.

—¿Por qué?

—Estás ahí de pie como un adorno del jardín. Sólo que nadie conseguiría hacerte marcar las horas del sol. ¡Tienes un aspecto tormentoso!

—No estoy de humor. Primero Aimée Griffith...

—¡Cielos! —exclamó Joanna en un paréntesis—. ¡Tengo que decir que preparen esas verduras!

—Y luego la marcha de Megan. Y yo que había pensado llevarla de paseo hasta Legge Tor.

—Con un collar y una correa, supongo —dijo mi hermana.

—¿Qué?

Joanna volvió a repetirlo clara y distintamente mientras se dirigía a la huerta:

—He dicho «con un collar y una correa», supongo. ¡El amo ha perdido a su perrito, eso es lo que te pasa!

OceanofPDF.com

CAPÍTULO CUATRO

Debo confesar que estaba contrariado por la repentina marcha de Megan. Tal vez se había molestado con nosotros.

Al fin y al cabo, no era una vida muy divertida para una jovencita. En su casa tenía a los niños y a Elsie Holland.

Oí que Joanna regresaba de la huerta y me apresuré a salirme del césped para que no volviera a compararme a un reloj de sol.

Owen Griffith vino en su automóvil antes de la hora de comer, y el jardinero le esperaba ya con las verduras preparadas.

Mientras el viejo Adams las instalaba en el coche llevé a Owen a la casa para beber un trago. No quiso quedarse a comer.

Cuando regresé con el jerez, vi que Joanna había empezado su conquista.

Ahora no daba muestras de animosidad. Hallábase acurrucada en un extremo del sofá haciendo preguntas a Owen sobre su trabajo... si le gustaba dedicarse a la medicina general... si no preferiría especializarse, en fin, dándole la impresión de que para ella la medicina era la cosa más fascinante del mundo.

Digan lo que quieran, Joanna es una escucha innata y encantadora, y después de haber soportado a tantos posibles genios contándole cómo no supieron comprenderles, el escuchar a Owen Griffith era tarea fácil. Cuando había bebido la tercera copa de jerez, Griffith le estaba contando cierta oscura reacción de cierta enfermedad, en términos tan científicos, que nadie hubiera comprendido una palabra excepto sus colegas médicos.

Joanna le miraba con expresión de inteligencia y gran interés.

Por un momento sentí escrúpulos de conciencia. Joanna era demasiado coqueta y Griffith demasiado bueno para que jugara con él. Las mujeres son el mismísimo diablo.

Luego me fijé en Griffith... en su barbilla estrecha y enérgica y en la dura línea de sus labios, y no estuve tan seguro de que Joanna se saliera con la suya. Y de todas formas un hombre tiene derecho a dejarse engañar por una mujer... y si lo hace es por su propia voluntad.

Joanna decía:

—¿Por qué no se decide a quedarse a comer con nosotros, doctor Griffith? —Y el médico, enrojeciendo ligeramente, dijo que su hermana le estaría esperando...

—La llamaremos para decírselo —replicó Joanna, y uniendo la acción a la palabra, salió al recibidor para telefonear.

Me pareció que Griffith estaba un poco nervioso, y pensé que tal vez tuviera miedo de mi hermana.

Joanna regresó sonriente y diciendo que estaba todo arreglado.

Y Owen Griffith se quedó a comer y pareció disfrutar mucho. Hablamos de libros, comedias, sobre política mundial... música, pintura y arquitectura moderna.

No mencionamos para nada Lymstock, los anónimos, ni el suicidio de la señora Symmington.

Nos olvidamos de todo y creo que Owen se sentía feliz. Su rostro triste y moreno parecía iluminado por una luz interior y nos descubrió una interesante personalidad.

Cuando se hubo marchado dije a mi hermana:

—¿Ese individuo es demasiado bueno para tus trucos?

—¡Eso es lo que tú dices! —replicó Joanna—. ¡Los hombres siempre os ayudáis unos a otros!

—¿Qué es lo que persigues con su conquista, Joanna? ¿Satisfacer tu vanidad herida?

—Tal vez —replicó mi hermana.

Aquella tarde teníamos que ir a tomar el té con la señorita Emily Barton, en las habitaciones que había alquilado en el pueblo.

Fuimos andando porque ya me sentía lo bastante fuerte como para subir la colina.

Debimos tardar menos de lo calculado y llegar antes de la hora convenida, ya que la puerta nos fue abierta por una mujer alta y enjuta, de aspecto fiero, que nos dijo que la señorita Barton no había llegado todavía.

—Pero les espera a ustedes, lo sé, de modo que si quieren subir y aguardarla... hagan el favor de pasar.

Evidentemente aquélla era la fiel Florence.

La seguimos al piso de arriba y luego de abrir una puerta nos introdujo en un cómodo saloncito, tal vez con demasiados muebles. Imaginé que algunas de aquellas cosas habrían salido de Little Furze.

Sin duda aquella mujer sentíase orgullosa de su habitación.

—Es bonita, ¿verdad? —preguntó.

—Muy bonita —replicó Joanna con calor.

—He procurado que resulte lo más cómoda posible. No es que yo haya podido hacer por la señorita Emily lo que quisiera y ella se merece. Debería estar en su propia casa, como Dios manda, y no realquilada.

Florence, que sin duda era una mujer terrible, nos miró con aire de reproche. Por lo visto no era aquél nuestro día de suerte. Joanna había sido despreciada por Aimée Griffith y Partridge y ahora lo estábamos siendo los dos por el dragón de Florence.

—Fui su doncella por espacio de nueve años —agregó con orgullo.

Joanna, dolida por la injusticia, exclamó:

—Bueno, la señorita Barton quiso alquilar su casa y lo comunicó a los corredores de fincas.

—Porque se vio obligada a ello —replicó Florence—. Y vive de un modo tan frugal y austero. ¡Pero incluso así, el Gobierno no quiere dejarla en paz! ¡Tiene que seguir chupándole la sangre!

Meneé la cabeza con pesar.

—En los tiempos de la anciana señora había muchísimo dinero —continuó Florence—. Y luego fueron muriendo todos sus parientes uno tras otro, ¡pobrecillos...!, y ella siempre tan paciente y sufrida. Todo cayó sobre sus espaldas, y luego encima tener que preocuparse por el dinero. Las acciones no producen lo que antes, eso dice ella, aunque a mí me gustaría saber por qué... Debieran avergonzarse. Atosigar a una señora como ella, que no tiene cabeza para los números ni puede ver sus trucos.

—Prácticamente todo el mundo ha sufrido en ese sentido —dije, aunque Florence no se ablandó.

—Eso está bien para las personas que pueden valerse por sí mismas, pero no para ella. Necesita que la cuiden, y mientras esté aquí conmigo procuraré que nadie la engañe ni la moleste en ningún sentido. Haría cualquier cosa por la señorita Emily.

Y mirándonos unos instantes para darnos tiempo a asimilar sus palabras, la indomable Florence abandonó la estancia, cerrando la puerta tras sí.

—¿Te consideras un bebedor de sangre, Jerry? —me preguntó Joanna—. Porque yo sí. ¿Qué es lo que nos pasa?

—Parece que no lo estamos haciendo muy bien —repuse—. Megan se ha cansado de nosotros. Partridge te ha desairado y la fiel Florence nos aborrece a los dos.

Joanna murmuró:

—Quisiera saber por qué se marchó Megan...

—Se aburría.

—No lo creo. Me pregunto... Jerry, ¿tú crees que pudo ser por alguna cosa que le dijera Aimée Griffith?

—¿Te refieres a esta mañana cuando hablaron en el porche?

—Sí. No hubo mucho tiempo, pero...

Terminé la frase:

—¡Pero esa mujer lleva el paso de un elefante asustado! Pudo haberle...

Se abrió la puerta y nos hallamos ante la señorita Emily. Llegaba sonrosada y un poco falta de aliento. Sus ojos, tan azules, brillaban de excitación.

—¡Oh!, cuánto siento llegar tarde —dijo con su voz cantarina—: He estado haciendo unas compras en el pueblo y los pasteles de la Rosa Azul no me parecieron muy frescos y por eso fui a la tienda de la señora Lygon. Siempre me gusta comprar los pasteles a última hora; así se consiguen recién sacados del horno, y no te dan los del día anterior. ¡Pero me contraría tanto haberles hecho esperar...!, es realmente imperdonable...

Joanna intervino:

—Ha sido culpa nuestra, señorita Barton. Llegamos antes de la hora. Hemos venido andando y Jerry va tan de prisa que llegamos demasiado pronto.

—Nunca es demasiado pronto, querida. No diga eso. Lo bueno nunca cansa, ya lo sabe.

Y la anciana señora dio unos golpecitos cariñosos en el hombro de mi hermana.

Joanna se animó. Por fin tenía éxito. Emily Barton me incluyó en su sonrisa con cierta timidez, como el que se acerca a un tigre feroz en un momento en que parece inofensivo.

—Ha sido usted muy amable al aceptar un refrigerio tan femenino como lo es el té, señor Burton.

Supongo que Emily Barton consideraba a los hombres como consumidores incansables de whisky y cigarrillos, y que en los intervalos seducían a las doncellas de los pueblos o corrían aventuras con mujeres casadas.

Cuando más tarde se lo dije a Joanna, replicó que era muy mal pensado, y que Emily Barton tal vez hubiera querido conocer a un hombre así, pero

no lo consiguió nunca, pese a sus deseos.

Entretanto, la señorita Emily iba de un lado a otro de la habitación preparando una pequeña mesita, con bandejas y ceniceros, y pocos minutos más tarde entró Florence trayendo el té y unas finas tacitas que supuse recién compradas por la señorita Barton. El té era chino y delicioso, y había también platos con bocadillos, tostadas con pan y mantequilla y gran cantidad de pastelillos.

Florence ahora estaba resplandeciente y miraba a la señorita Emily con una especie de placer maternal como si su niña preferida estuviera jugando a dar el té a sus hermosas muñecas.

Joanna y yo comimos más de lo que deseábamos, debido a la insistencia de nuestra anfitriona. La anciana disfrutaba con su reunión, y comprendí que para Emily Barton, Joanna y yo éramos una gran aventura... dos personas llegadas del misterioso y sofisticado mundo londinense.

Nuestra charla no tardó en versar sobre temas locales. La señorita Barton habló calmosamente del doctor Griffith, y de su habilidad e inteligencia como médico. También el señor Symmington era un abogado inteligente que la había ayudado a recuperar algún dinero de los Impuestos sobre la Renta, cosa que ella nunca hubiera sabido hacer. Era también muy bueno con sus hijos... y su esposa...

Al llegar a ésta exclamó:

—¡Pobre señora Symmington!, es tan triste... que esos niños se hayan quedado sin madre. Nunca fue una mujer muy fuerte... y últimamente su salud había empeorado.

—Debió sufrir una crisis cerebral. He leído acerca de eso en los periódicos, y la gente en esas circunstancias no sabe lo que hace. Y no es posible que supiera lo que hacía, pues de otro modo se hubiera acordado del señor Symmington y los niños.

—Esa carta anónima debió trastornarla —dijo mi hermana.

La señorita Barton enrojeció y dijo con cierto reproche en su tono de voz:

—No es un tema que resulte agradable discutir, ¿no le parece, querida? Sé que se han recibido... cartas, pero no hablemos de ellas. Qué cosa más desagradable. Creo que es mejor hacer caso omiso.

Bueno, a la señorita Barton tal vez le fuera posible ignorarlas, pero para otras personas no era tan sencillo. Sin embargo, me apresuré a cambiar de

tema y pasamos a discutir de Aimée Griffith.

—Maravillosa, verdaderamente maravillosa —dijo Emily Barton—. Su energía y su poder organizador son realmente espléndidos. ¡Y es tan buena con las niñas... y tan práctica y moderna en todos los aspectos! Ella es en realidad quien gobierna este lugar, y está tan unida a su hermano... Es agradable ver a unos hermanos que se quieran tanto.

—¿Y a él no le ha parecido nunca un poco dominante? —preguntó Joanna.

Emily Barton la miró con extrañeza.

—Ella se ha sacrificado muchísimo por él —dijo con dignidad.

Vi que Joanna estaba a punto de exclamar: «Oh, ¿sí?», y me apresuré a desviar la conversación hacia el señor Pye.

Repitió una y otra vez que era muy amable... sí, muy amable. Que gozaba de buena posición y que era muy generoso... que algunas veces recibía visitas extrañas, pero claro, como había viajado tanto...

Convinimos en que viajar no sólo ensanchaba la mente, sino que de cuando en cuando proporcionaba extrañas amistades.

—Yo misma he deseado muchas veces poder realizar un crucero —dijo Emily Barton con pesar—. Una lee tantas cosas en los periódicos... y parecen tan atrayentes...

—¿Y por qué no va usted? —preguntó Joanna.

Este volver del sueño a la realidad pareció alarmar a la señorita Emily.

—Oh, no, no, eso sería del todo imposible.

—Pero, ¿por qué? Son bastante baratos.

—Oh, no es sólo el gasto. Pero no me gustaría ir sola. El viajar así resultaría bastante extraño, ¿no le parece?

—No —repuso Joanna.

La señorita Emily la contempló pensativa.

—Y no sé cómo me las arreglaría para llevar mi equipaje... y bajar a los puertos en los países extranjeros... y para los cambios de monedas...

Innumerables inconvenientes parecían alzarse ante la mirada asustada de la ancianita y Joanna se apresuró a tranquilizarla preguntándole por una fiesta al aire libre y la tómbola que iban a celebrar. Y claro, esto nos condujo inevitablemente hacia la señora Calthrop.

Un ligero espasmo contrajo por un instante el rostro de la señorita Barton.

—¿Sabe usted, querida? —dijo—. Es una mujer muy extraña. A veces dice unas cosas...

Yo le pregunté qué cosas eran.

—Oh, no lo sé. Cosas inesperadas. Y del modo que la mira a una, como si fuera otra persona... me expreso tan mal que es difícil que comprendan lo que quiero decir. Luego no quiere... bueno, meterse en nada. Hay tantos casos en los que la esposa del pastor podría aconsejar y... tal vez *reprender.* Levantar a la gente, ¿sabe?, y enderezar sus pasos. Porque la escucharían, estoy segura, todas le tienen miedo. Pero ella insiste en mostrarse altiva y lejana, y tiene la extraña costumbre de sentir compasión de quienes menos lo merecen.

—Eso es interesante —dijo intercambiando una mirada con Joanna.

—No obstante, es una mujer muy bien educada. De soltera se llamaba Farroway de Bellpath, y es de muy buena familia, pero estas familias antiguas a veces son un poco raras, según creo. Pero quiere mucho a su esposo, un hombre de fina inteligencia... que me temo la malgasta en este círculo pueblerino. Un hombre bueno, muy sincero, pero cuya costumbre de recitar largas parrafadas en latín, me resulta un poco desconcertante.

—Me hago cargo —dije con fervor.

—Jerry ha recibido una costosa educación en la escuela pública, y por eso no reconoce ni siquiera el latín cuando lo oye —bromeó mi hermana.

Esto ofreció un nuevo tópico a la señorita Barton.

—La maestra es una joven muy desagradable —dijo—. Completamente roja —Bajó la voz al pronunciar la última palabra.

Más tarde, mientras subíamos a la colina, Joanna me dijo:

—Es bastante simpática.

Durante la cena de aquella noche Joanna dijo a Partridge que esperaba que el té con su amiga hubiera sido un éxito completo.

Partridge se puso roja y replicó con gran dignidad:

—Gracias, señorita; pero Agnes no se ha presentado.

—Oh, lo siento.

—A mí no me importa —replicó Partridge.

Estaba tan contrariada que condescendió hasta el punto de decirnos:

—¡No fui yo quien la invitó! Telefoneó ella misma diciendo que estaba preocupada y si podía venir aquí, puesto que tenía el día libre. Y yo le dije que sí después de haber obtenido su permiso. ¡Y no he vuelto a saber de

ella! Ni una palabra de disculpa, aunque supongo que mañana recibiré una tarjeta suya. Estas chicas de hoy en día... no saben cuál es su lugar... ni tienen la menor idea de cómo deben portarse.

Joanna trató de calmar el disgusto de Partridge.

—Tal vez no se encontró bien. ¿No la telefoneó usted para averiguar lo que le había ocurrido?

Partridge volvió a erguirse.

—¡No, no lo hice, señorita! Desde luego que no. Si a Agnes le gusta comportarse tan groseramente es cosa suya, pero ya le diré yo lo que pienso en cuanto la vea.

Partridge salió de la habitación indignada y Joanna y yo nos echamos a reír.

—Probablemente se trata de un caso digno del consultorio de «tía Nancy» —dije yo—. «*Mi novio está muy frío conmigo, ¿qué es lo que puedo hacer?*» Pero en vez de acudir a tía Nancy solicitó el consejo de Partridge, pero en eso llegó la reconciliación y supongo que en estos momentos Agnes y su novio forman una de esas parejas silenciosas con que se tropieza uno en los parajes oscuros y nos violenta tanto, mientras ellos se quedan tan frescos.

Joanna, echándose a reír, dijo que ella suponía lo mismo. Nos pusimos a hablar de los anónimos y nos preguntamos qué tal les iría a Nash y al melancólico Graves.

—Hoy hace exactamente una semana del suicidio de la señora Symmington —dijo Joanna—. Yo creo que a estas alturas debían haber averiguado algo... por las huellas dactilares, la escritura, o algo.

Yo le contesté distraído. En mi subconsciente iba creciendo una extraña inquietud relacionada en cierto modo con la frase que empleara Joanna: «exactamente una semana».

Me atrevo a asegurar que debiera haber atado cabos más pronto, y tal vez, inconscientemente, tuviera ya ciertas sospechas.

De todas formas la levadura iba obrando y mi intranquilidad creciente fue saliendo al exterior.

Joanna observó de pronto que yo no escuchaba su animado relato de un encuentro que tuvo en el pueblo.

—¿Qué te ocurre, Jerry?

Yo no respondí porque estaba muy ocupado tratando de atar cabos.

El suicidio de la señora Symmington... Aquella tarde ella estaba sola en la casa... Sola en la casa *porque las sirvientas tenían el día libre*... Y hoy hacía exactamente una semana...

—Jerry, ¿qué...?

La interrumpí:

—Joanna, las muchachas de servicio salen una vez por semana, ¿no es así?

—Y alternan los domingos —replicó mi hermana—. ¿Qué es lo...?

—No me importan los domingos. ¿Salen el mismo día todas las semanas?

—Sí. Es lo más corriente.

Joanna me miraba con curiosidad y sus pensamientos no tomaron el mismo derrotero que los míos.

Atravesé la habitación para tocar el timbre.

Partridge acudió en seguida.

—Dígame —le dije—. ¿Trabaja esa Agnes Woddell?

—Sí, señor. En casa de la señora Symmington. Bueno, creo que ahora debiera decir en casa del señor Symmington.

Aspiré el aire con fuerza mientras miraba el reloj. Eran las diez y media.

—¿Cree usted que ahora estará ya de regreso?

Partridge exclamó con aire desaprobador:

—Sí, señor. En esas casas exigen que se llegue antes de las diez. Son muy anticuados.

Yo dije:

—Voy a telefonear.

Y salí del recibidor seguido de Joanna y Partridge, que evidentemente estaba furiosa.

Mi hermana, sólo intrigada, me dijo mientras yo buscaba el número: —¿Qué es lo que vas a hacer, Jerry?

—Me gustaría asegurarme de que esa muchacha ha llegado sin novedad.

Partridge pegó un respingo, pero nada dijo, aunque a mí me tenía sin cuidado lo que Partridge pudiera pensar. Elsie Holland fue quien atendió a mi llamada.

—Siento molestarles —dije—. Soy Jerry Burton. ¿Ha... ha llegado ya Agnes, la doncella?

Hasta que lo hube dicho no me di cuenta de que había cometido una torpeza. Porque si la chica había regresado ya, ¿cómo diablos iba a explicar mi llamada? Hubiera sido mejor dejar que fuera Joanna quien telefoneara, aunque también hubiese tenido que dar alguna explicación, y presentí un nuevo motivo de chismorreo en Lymstock del que seríamos protagonistas yo y la desconocida Agnes Woddell.

Elsie Holland pareció muy sorprendida, cosa que no es de extrañar.

—¿Agnes? Oh, seguramente ya debe estar en casa.

Me sentía muy torpe, pero continué:

—¿Le importaría ir a asegurarse de si ha llegado ya, señorita Holland? Las institutrices tienen una buena cualidad: que están acostumbradas a obedecer sin preguntar el porqué de la orden. Elsie Holland, dejando el teléfono, fue a hacer lo que le había dicho. Dos minutos más tarde volví a oír su voz.

—Oiga, señor Burton...

—Dígame.

Entonces comprendí que mi corazonada era cierta.

—Agnes no ha regresado todavía.

Oí un lejano rumor de voces en el otro extremo del hilo, y luego se puso al aparato el propio señor Symmington.

—Hola, Burton, ¿qué ocurre?

—¿Su doncella Agnes no ha regresado todavía?

—No. La señorita Holland acaba de ir a comprobarlo. ¿Qué ocurre? ¿No habrá sufrido un accidente, señor?

—No se trata de un accidente —repliqué.

—¿Quiere usted decir que tiene motivos para creer que le haya podido ocurrir algo?

—No me extrañaría —repliqué en tono grave.

Aquella noche dormí mal.

Yo creo que incluso entonces las piezas de aquel rompecabezas danzaban en mi mente, y que si me hubiera entregado a ello, hubiese podido solucionar el problema entonces. Y si no, ¿por qué no se apartaba de mi imaginación?

¿Cuántas cosas sabemos en cualquier ocasión? ¡Muchísimas más de las que nos imaginamos! Pero no podemos sacar a la superficie ese conocimiento subterráneo. Está allí, pero no podemos alcanzarlo.

Permanecí en la cama removiéndome intranquilo, pues aquellas piezas sueltas del rompecabezas me torturaban lo indecible.

Tenía que haber un dibujo... ¡Si consiguiera dar con él! Tenía que saber quién escribió aquellas condenadas cartas. Y en alguna parte habría de haber una pista... ¡Si pudiera encontrarla...!

Cuando me dispuse a dormir, algunas palabras danzaron en mi mente con persistencia.

«No hay humo sin fuego.» «No hay fuego sin humo.» «Humo...» ¿Humo? Una cortina de humo... No, eso era en la guerra... una frase de guerra. Guerra. Un pedazo de papel... sólo un pedazo de papel. Bélgica... Alemania...

Me quedé dormido y soñé que llevaba de paseo a la señora Calthrop convertida en un galgo, con un collar y una cadena.

Fue el timbre del teléfono el que me despertó. Sonaba con mucha insistencia.

Luego de sentarme en la cama miré el reloj. Eran las siete y media y no me habían llamado todavía. El timbre del teléfono seguía sonando en el recibidor.

Salté de la cama y echándome el batín, corrí abajo. Gané por muy poco a Partridge, que salía por la puerta de la cocina, y cogí el aparato.

—¿Diga?

—Oh... —Fue una exclamación de alivio—. ¡Es *usted*! —Era la voz de Megan terriblemente asustada y abatida—. ¡Oh... venga, por favor... *venga*! ¡Oh, se lo ruego! ¿Vendrá?

—Iré en seguida —le dije—. ¿Me oyes? *En seguida.*

Subí la escalera de dos en dos y entré como un ciclón en el dormitorio de Joanna.

—Escucha, Jo, me voy a casa de los Symmington.

Joanna alzó su rubia cabeza ensortijada de la almohada, frotándose los ojos como una niña pequeña.

—¿Por qué...? ¿Qué ha ocurrido?

—No lo sé. Era esa niña Megan. Parecía muy afectada.

—¿Qué crees tú que será?

—Pues esa chica, Agnes... a menos que esté muy equivocado.

Cuando me disponía a marcharme, Joanna me gritó:

—Espera. Me vestiré y te llevaré en el coche.

—No es necesario. Conduciré yo mismo.

—Tú no puedes conducir todavía.

—Sí que puedo.

Y lo hice. Me lavé, me afeité, me vestí, saqué el coche y llegué a casa de los Symmington en media hora. No estuvo del todo mal.

Megan debió haberme estado esperando, pues salió de la casa corriendo y se abrazó a mí. Su rostro estaba pálido y contraído.

—Oh, ha venido... *¡ha venido!*

—Anímate, carita de mona —le dije—. Sí, ya estoy aquí. Ahora dime de qué se trata...

Empezó a temblar y la rodeé con mi brazo.

—Yo... yo la he encontrado.

—¿Encontraste a Agnes? ¿Dónde?

Su temblor aumentó.

—Debajo de la escalera. Allí hay un armario donde se guardan los aparejos de pesca, palos de *golf y* cosas..., ya sabe.

Asentí. Era el armario acostumbrado.

Megan continuó:

—Estaba allí... hecha un ovillo... y... *fría.* Terriblemente fría. Estaba... estaba *muerta,* ¿sabe?

Pregunté con curiosidad:

—¿Por qué fuiste a mirar allí?

—Yo... no... no lo sé. Usted telefoneó anoche, y todos empezamos a preguntarnos dónde estaría Agnes. Esperamos un rato, pero como no llegaba, al fin nos acostamos. No dormí muy bien y me levanté temprano. Sólo estaba levantada Rosa, la cocinera, ya sabe. Estaba muy enfadada porque Agnes no había regresado todavía, y dijo que había estado en otra casa donde la doncella se marchó de ese modo. Tomé un poco de leche y pan con mantequilla en la cocina... y de pronto Rosa volvió con una expresión muy extraña y diciendo que las ropas de vestir de Agnes seguían en su habitación... las que solía ponerse para salir. Y yo empecé a preguntarme si... si no habría salido de la casa, y me puse a buscar por todas partes, abrí el armario de debajo de la escalera y... y estaba allí...

—Supongo que alguien habrá llamado inmediatamente a la policía.

—Sí, están aquí. Mi padrastro les telefoneó en seguida. Y luego yo... sentí que no podía soportarlo más y le telefoneé a *usted.* ¿Le ha molestado?

—No —le dije—. No me ha molestado. ¿Te ha dado alguien un poco de coñac, de café o té, después... de que la encontraste?

Megan meneó la cabeza.

Yo maldije todo el *menage* Symmington. A aquel hombre de camisa almidonada no se le había ocurrido más que llamar a la policía, y ni Elsie Holland ni la cocinera parecían haber pensado en el efecto que aquel terrible hallazgo pudo ocasionar en una jovencita tan sensible. —Vamos, cara fea —le dije—. Iremos a la cocina.

Dimos la vuelta a la casa y entramos por la puerta posterior. Rosa, una mujer rolliza, de unos cuarenta años, estaba tomando té cargado junto al fogón de la cocina, y nos saludó con un incoherente gran discurso y la mano puesta sobre el corazón.

¡Eran tan terribles las palpitaciones que sentía! Pensar que podía haber sido ella, o cualquiera de los de la casa, los que murieran asesinados en sus camas.

—Prepare una taza de té bien cargado para la señorita Megan —le dije —. Ha sufrido un golpe terrible. Recuerde que fue ella quien encontró el cadáver.

La simple mención del cadáver casi volvió a desatar la lengua de Rosa, pero yo la miré con severidad y se apresuró a servir una taza de oscuro líquido.

—Aquí tienes, jovencita —dije a Megan—. Bébetelo. ¿No tendrá un poco de coñac por casualidad, Rosa?

La cocinera respondió que le parecía quedaba un poquitín del que sobró de los pasteles de Navidad.

—Ése nos servirá —dije, echando un buen chorro en la taza de Megan, y vi por la expresión de Rosa que le parecía una excelente idea.

Le dije a Megan que se quedara con Rosa.

—¿Puedo confiar en usted para que cuide de la señorita Megan?

—Oh, sí, señor —replicó la cocinera, agradecida.

Me introduje en la casa. Conocía bien a las cocineras y sabía que pronto habría de reponer fuerzas comiendo un poco y eso le vendría bien a Megan. Dichosa gente, ¿por qué no se preocupaban de la muchacha?

Maldiciéndoles interiormente tropecé con Elsie Holland en el recibidor. No se sorprendió al verme. Supongo que la enorme excitación producida

por el descubrimiento, la había dejado insensible a todas las demás sorpresas. El agente Bert Rundle estaba junto a la puerta principal.

Elsie Holland exclamó:

—Oh, señor Burton, ¿no es *terrible*? ¿Quién pudo hacer una cosa así?

—Entonces, ¿la asesinaron?

—Oh, sí. La golpearon en la parte posterior de la cabeza. Tiene todo el cabello empapado en sangre... ¡Oh! Es *terrible*... y metida en ese armario..., ¿cómo puede nadie hacer una cosa tan malvada? ¿Y por *qué*? Pobre, estoy segura de que nunca hizo mal a nadie.

—No —dije—. Alguien se lo impidió a tiempo.

Me miró con extrañeza. No la consideraba una joven de comprensión rápida, pero tenía buenos nervios. Su color era el acostumbrado, ligeramente acentuado por la excitación, e incluso imaginé que en cierto sentido un tanto macabro, y a pesar de su buen corazón, seguramente disfrutaba con aquel drama.

—Debo subir con los niños —dijo a modo de disculpa—. El señor Symmington quiere evitarles este sobresalto y desea que yo les tenga entretenidos.

—He sabido que Megan la encontró —dije—. Y espero que alguien se habrá preocupado de ella.

Diré en favor de Elsie Holland que demostró cierta inquietud de conciencia.

—Oh, Dios mío —exclamó—. Me había olvidado de ella por completo. Sabe, he estado tan ocupada con la policía y todo esto..., pero ha sido un descuido por mi parte. Pobrecilla, debe sentirse muy mal. Iré a verla en seguida.

Yo la detuve.

—Está perfectamente —le dije—. Rosa cuida de ella. Vaya usted con los niños.

Me dio las gracias con una sonrisa resplandeciente y corrió arriba.

Después de todo los niños eran su trabajo y no Megan... Megan no pertenecía a nadie. A Elsie le pagaban para que cuidara de los traviesos rapaces de Symmington, y nadie podía reprocharle que atendiera esta obligación solamente.

Cuando la miraba subir la escalera contuve el aliento. Por un minuto me pareció una Victoria Alada inmortal e increíblemente bella, en vez de una

institutriz consciente de su deber.

En aquel momento se abrió una puerta y el primer inspector Nash salió al recibidor, seguido de Symmington.

—Oh, señor Burton —exclamó—. Ahora iba a telefonearle. Celebro que haya venido.

No me preguntó... entonces... por qué estaba allí.

Y volviendo la cabeza dijo a Symmington:

—Si me lo permite utilizaré unos momentos esta habitación.

Era una pequeña salita de estar con una ventana que daba a la fachada de la casa.

—Desde luego.

La actitud de Symmington era normal, pero parecía muy cansado y el primer inspector Nash le dijo con amabilidad:

—Yo en su lugar desayunaría alguna cosa, señor Symmington. Usted, la señorita Holland y la señorita Megan se sentirán mucho mejor después de tomar café y unos huevos con jamón. Un crimen es algo difícil de soportar con el estómago vacío.

Le habló con la familiaridad que suele usar un médico de cabecera.

Symmington, haciendo un esfuerzo por sonreír, le dijo:

—Gracias, inspector, seguiré su consejo.

Seguí a Nash hasta la salita de estar y él cerró la puerta.

—¡Ha llegado usted muy pronto! —me dijo—. ¿Cómo se enteró?

Le expliqué que Megan me había telefoneado, sintiéndome predispuesto hacia él. Por lo menos no se había olvidado de que también Megan necesitaría desayunar.

—He oído decir que telefoneó usted anoche, señor Burton, preguntando por esa muchacha. ¿Por qué lo hizo?

—Supongo que parecerá extraño —Y pasé a contarle la llamada de Agnes, su conversación con Partridge y que no compareció.

Luego suspiró mientras se rascaba la barbilla.

—Bueno. Ahora está bien claro que se trata de un crimen. La pregunta es: ¿Qué sabía esa joven? ¿Dijo algo a esa Partridge? ¿Algo definitivo?

—No lo creo, pero puede preguntarle a ella.

—Sí, iré a verla en cuanto haya terminado aquí.

—¿Qué ocurrió exactamente? —quise saber—. ¿O todavía no lo saben?

—Sabemos bastante. Era el día libre del servicio...

—¿De las dos sirvientas?

—Sí, parece ser que aquí antes trabajaban dos hermanas que gustaban de salir juntas, de modo que la señora Symmington lo concedió, y luego, cuando entraron estas dos, siguieron haciendo lo mismo. Dejaban la cena fría preparada en el comedor, y la señorita Holland preparaba el té.

—Ya.

—Todo está bastante claro hasta cierto punto. La cocinera, Rosa, es de Neter Micfor, y para poder ir allí en sus días libres tiene que coger el autobús de las dos y media. De modo que Agnes fregaba los platos de la comida, y Rosa, en compensación, los de la cena.

»Eso es lo que ocurrió ayer. Rosa salió a las dos y veinticinco para coger el autobús y Symmington a las tres menos veinticinco, para ir a la oficina. Elsie Holland y los niños a las tres menos cuarto y Megan Hunter cinco minutos más tarde en su bicicleta. Agnes debió quedar entonces sola en la casa, pues por lo que he podido averiguar, normalmente salía de la casa entre las tres y las tres y media.

—¿Y luego la casa quedaba vacía?

—Oh, aquí nadie se preocupaba de eso. No se acostumbra siquiera a cerrar con llave. Como le digo, a las tres menos diez Agnes estaba sola en la casa, y es evidente que no la abandonó, ya que cuando encontraron su cadáver aún llevaba puestos el delantal y la cofia.

—Supongo que más o menos sabrán a qué hora murió...

—El doctor Griffith no ha querido precisar todavía. Entre las dos y las cuatro y media ha sido su dictamen médico.

—¿Cómo la mataron?

—Primero la golpearon en la cabeza por detrás, y después le clavaron una broqueta, una de esas agujas de cocina que sirven para ensartar pajarillos o pedazos de manjares para asarlos, afiladísima, en la base del cráneo, que le causó la muerte instantánea.

—Con mucha sangre fría —dije.

Encendí un cigarrillo. No era una visión agradable.

—Oh, sí, sí, eso es lo que requiere un crimen semejante.

Aspiré una bocanada de humo.

—¿Quién lo hizo? ¿Y por qué?

—No creo que lleguemos a saber nunca exactamente el porqué —repuso Nash despacio—. Pero podemos imaginarlo.

—¿Sabía algo?

—Así parece.

—Y, ¿no dijo nunca nada que pudiera darnos una pista?

—No, que yo haya podido averiguar. La cocinera dice que estuvo preocupada desde la muerte de la señora Symmington y según ella, cada vez lo estaba más y no cesaba de decir que no sabía qué hacer.

Exhaló un suspiro desesperado.

—Siempre ocurre lo mismo. No confían en nosotros. Tienen ese prejuicio tonto de no «querer verse mezclados con la policía». Si nos hubiera comunicado sus preocupaciones, hoy estaría viva.

—¿Y no le hizo alguna alusión a la cocinera?

—No, o por lo menos eso dice Rosa, y yo me siento inclinado a creerla. Porque de lo contrario se hubiera apresurado a comunicárnoslo adornándolo con toda clase de detalles de su cosecha.

—Es enloquecedor no saber —dije.

—Pero podemos seguir imaginando, señor Burton. Para empezar, no podía tratarse de nada concreto, sino de una de esas cosas que uno empieza a pensar, y pensar, y cuanto más se piensa más crece nuestra intranquilidad. ¿Comprende lo que quiero decir?

—Sí.

—En realidad, creo saber de qué se trataba.

Le miré con respeto.

—Buen trabajo, inspector.

—Bueno, verá, señor Burton, yo sé algo que usted ignora. La tarde en que la señora Symmington se suicidó se supone que las dos sirvientas habían salido. Era su día libre. Pero en realidad Agnes volvió a casa.

—¿Usted lo sabe?

—Sí. Agnes tenía un novio... el joven Rendell de la pescadería. Los miércoles cierran antes y solía venir a encontrarse con Agnes y luego iban de paseo, o al cine cuando llovía. Este miércoles tuvieron una disputa casi en cuanto se encontraron. Nuestro escritor de anónimos se había dado prisa en meter cizaña e insistió que Agnes tenía otro novio y el joven Fred Rendell estaba furioso. Discutieron violentamente y Agnes volvió a casa diciendo que no volvería a salir hasta que Fred se disculpara.

—¿Y bien?

—Señor Burton, la cocina da a la parte posterior de la casa, pero la despensa está situada hacia donde ahora miramos nosotros. La verja sólo tiene una entrada, y hay que pasar por ella, lo mismo para dirigirse a la puerta principal que para seguir el camino que lleva directamente hacia la entrada de la cocina.

Hizo una pausa.

—Ahora voy a decirle una cosa: la carta que recibió aquella tarde la señora Symmington *no llegó por correo.* Tenía el sello correspondiente y el matasellos simulado con hollín para que diera la impresión de haber sido llevada por el cartero con el correo de la tarde. Pero en realidad *no fue echada al correo.* ¿Comprende lo que eso significa?

—Significa —dije despacio— que fue depositada a *mano* en el buzón poco antes de que llegara el cartero para que quedase entre las otras cartas.

—Exacto. El reparto de la tarde se hace a eso de las cuatro menos cuarto. Mi teoría es ésta: la muchacha estaba en la despensa mirando por la ventana, que está disimulada por los arbustos, pero puede verse perfectamente a través de ella, esperando que su novio volviera para ofrecerle sus excusas.

Yo dije:

— *¿Y vio al portador de esa nota?*

—Eso es lo que imagino, señor Burton. Claro que puedo equivocarme.

—No creo que se equivoque... Es sencillo... convincente... y significa que Agnes supo *quién era el autor de los anónimos.*

OceanofPDF.com

CAPÍTULO CINCO

—Sí —dijo Nash—. Agnes sabía quién escribió esas cartas.

—Pero entonces, ¿por qué no...? —Hice una pausa frunciendo el ceño.

Nash apresuróse a decir:

—A mi modo de ver, ella *no cayó en la cuenta de lo que había visto.* Por lo menos al principio. Alguien dejó una carta en la casa..., sí..., pero ese alguien era una persona a quien Agnes ni soñó siquiera relacionar con los anónimos. Desde este punto de vista, ese alguien debía estar por encima de toda sospecha.

»Pero cuanto más pensaba en ello, más fue creciendo su intranquilidad. ¿Acaso debía decírselo a alguien? En su incertidumbre se acordó de Partridge, la sirvienta de la señora Barton, quien, imagino, debe poseer una personalidad dominante y cuyo juicio hubiera aceptado sin vacilar. Por consiguiente, decidió pedir consejo a Partridge.

—Sí —repuse pensativo—. Eso concuerda bastante bien y de un modo u otro la Pluma Ponzoñosa lo descubriría. Pero, ¿cómo lo supo, inspector?

—Usted no está acostumbrado a vivir en el campo, señor Burton. Es casi milagroso cómo circulan las noticias. En primer lugar tenemos la llamada telefónica. ¿Quién se puso al aparato?

Reflexioné.

—Primero yo, y fui a avisar a Partridge.

—¿Mencionó el nombre de la muchacha?

—Sí... sí, creo que sí.

—¿Le oyó alguien más?

—Mi hermana y la señorita Griffith pudieron oírme.

—Ah, la señorita Griffith. ¿Qué estaba haciendo en su casa?

Se lo expliqué.

—¿Iba a regresar al pueblo?

—Primero tenía que ir a casa del señor Pye.

El inspector Nash suspiró.

—Pues ya tenemos dos medios por los que pudo llegar la noticia al pueblo.

Era increíble.

—¿Quiere usted decir que la señorita Griffith o el señor Pye se molestaron en repetir una insignificancia como ésa?

—Cualquier cosa se considera una noticia en un lugar como éste. No debiera sorprenderse. ¡Si la madre de la modista tiene un callo se entera todo el mundo! Y ya llegamos al fin. La señorita Holland, o Rosa... pudieron oír lo que Agnes dijo por teléfono. Y también Fred Rendell pudo ir diciendo que Agnes había regresado a la casa aquella tarde.

Me estremecí ligeramente. Estaba mirando por la ventana y ante mí se extendía un cuadro de hierba muy cuidada, el camino y la verja baja.

Alguien la había abierto, caminando tranquilamente hacia la casa para echar la carta al buzón de la puerta. En mi imaginación apareció la forma vaga de una mujer con el rostro en blanco... pero aquel rostro no podía serme desconocido...

El inspector Nash estaba diciendo:

—De todas maneras esto reduce el número de sospechosos. Así es como les cogemos siempre al final. Por eliminación lenta y paciente. Ahora ya quedan menos.

—¿Quiere decir...?

—Que quedan descartadas las mujeres de hacer faenas que estuvieron trabajando en diversas casas durante toda la tarde. La maestra, que estuvo dando clase. La enfermera del distrito. Sé dónde estuvo ayer. No es que hubiera pensado que fuera alguna de ellas, pero ahora estoy seguro. Comprenda, señor Burton, ahora tenemos dos tiempos precisos en qué poder concentrarnos... la tarde de ayer y la de la semana anterior. En el día de la muerte de la señora Symmington, pongamos de las tres y cuarto, la hora más justa para que Agnes tuviera tiempo de estar de regreso después de su pelea, a las cuatro, hora en que debió llegar el correo, pero eso puede precisarse aún más preguntando al cartero. Y ayer, desde las tres menos diez, cuando la señorita Megan Hunter salió de la casa, hasta las tres y media, probablemente sólo hasta las tres y cuarto, ya que Agnes no había empezado a cambiarse de ropa.

—¿Qué cree usted que ocurriría ayer?

Nash hizo una mueca.

—¿Que qué creo? Pues que cierta dama anduvo hasta la puerta principal, hizo sonar el timbre y muy sonriente... preguntaría por la señorita Holland, o la señorita Megan, o tal vez entregara un paquete. Sea como fuere, Agnes debió volverse en busca de la bandeja de las tarjetas, o para guardar el

paquete, y nuestra visitante la golpeó en la cabeza sin que ella sospechara nada.

—¿Y con qué?

—Aquí las señoras suelen llevar bolsos grandes, y nadie puede predecir lo que esconden —replicó Nash.

—¿Y luego le clavó aquel hierro en la base del cráneo y la escondió dentro del armario? ¿No es un trabajo muy pesado para una mujer?

El inspector Nash me miró con extraña expresión.

—La mujer que andamos buscando no es normal... ni mucho menos... y ese tipo de desequilibrio mental proporciona una fuerza extraordinaria. ¡Agnes no era una muchacha robusta! —Hizo una pausa y luego preguntó — : ¿Qué es lo que impulsaría a la señorita Megan a mirar dentro de ese armario?

—Pues el instinto —dije, y luego pregunté—: ¿Por qué esconderla? ¿Con qué objeto?

—Cuanto más se tardase en encontrar el cadáver, más difícil sería precisar la hora de su muerte. Si, por ejemplo, la señorita Holland hubiera tropezado con el cadáver al llegar, el médico hubiera podido calcular la hora casi exacta... cosa que hubiese resultado muy embarazosa para nuestra dama.

—Pero si Agnes sospechaba de esa persona... —dije con el ceño fruncido.

Nash me interrumpió:

—No hasta ese punto. Ella nada más lo encontró «extraño», podríamos decir. Imagino que era una muchacha de mentalidad lenta y sólo recelaba vagamente que había algo raro. Desde luego no sospechó que tenía que habérselas con una mujer capaz de llegar al crimen.

—¿Y usted lo sospechaba? —quise saber.

Nash meneó la cabeza diciendo con pesar:

—Debiera haberlo sabido. El suicidio asustó a Pluma Ponzoñosa. El miedo, señor Burton, es algo incalculable.

Sí, el miedo. Es lo que debiéramos haber previsto. El miedo... en el cerebro de la lunática...

—¿Sabe? —dijo el primer inspector Nash, y el tono de sus palabras hicieron que aquello pareciera horrible—, nos hallamos ante una asesina

que es respetada y considerada por todos... alguien, en resumen, que goza de buena posición social.

Nash anunció que iba a interrogar a Rosa una vez más; le pregunté si me permitía acompañarle, viendo con sorpresa que aceptaba con toda cordialidad.

—Me agrada su cooperación, señor Burton.

—Eso me resulta sospechoso —repuse—. En las novelas, cuando el detective acepta la ayuda de alguien, ese alguien suele ser siempre el asesino.

—Nash lanzó una carcajada breve y dijo:

—Usted no pertenece al tipo que escribe cartas anónimas, señor Burton. —Y agregó—: Con franqueza, usted puede sernos útil.

—Lo celebro, pero no veo cómo.

—Usted es un forastero aquí, ésa es la razón, y no tiene ideas preconcebidas acerca de las personas que viven en el lugar, y al mismo tiempo tiene oportunidad de enterarse de muchas cosas por lo que podríamos llamar «medio social».

—El asesino es una persona que goza de buena posición —murmuré.

—Exacto.

—¿Y yo tengo que actuar como espía?

—¿Tiene algo que objetar?

—No —dijo tras breve reflexión—. Con franqueza. Si por ahí anda suelta una lunática peligrosa que lleva al suicidio a mujeres inocentes y golpea en la cabeza a doncellas indefensas, no siento la menor repulsión por actuar como espía con tal de poner a esa lunática a buen recaudo.

—Es usted muy razonable, señor. Y permítame que le diga que la persona que buscamos es peligrosa. Casi tan peligrosa como una serpiente de cascabel, una cobra y una viuda negra, todas en una pieza.

Me estremecí y dije:

—En resumen, ¿hemos de darnos prisa?

—Eso es. No crea que nosotros permanezcamos inactivos. Estamos trabajando en diversas pistas.

Y yo tuve la visión de una fina y extensa tela de araña...

Nash quiso oír de nuevo la historia de Rosa, según me explicó, porque le había dado ya dos versiones distintas, y cuantas más recibiera de ella, más probabilidades tenía de que fuera añadiendo algunos granitos de verdad.

Encontramos a Rosa fregando los utensilios del desayuno, y dejando en el acto su tarea, abriendo mucho los ojos y con la mano sobre el corazón, nos explicó lo extraña que se sentía aquella mañana.

Nash se mantuvo paciente, pero firme. La primera vez trató de consolarla; según me dijo, la segunda se limitó a soportarla, y ahora empleó una mezcla de las dos cosas.

Rosa se apresuró complacida a ampliar los detalles de la semana pasada, contando que Agnes había demostrado un creciente temor contestando: «No me preguntes», y estremeciéndose cuando Rosa la apremió para que le dijera de qué se trataba. «Que sería su muerte si me lo decía», eso es lo que dijo, terminó Rosa mirándonos satisfecha.

—¿No hizo alguna insinuación del motivo de sus preocupaciones?

—No, excepto que temía por su vida.

El inspector Nash abandonó el tema con un suspiro, contentándose con un resumen de las actividades de Rosa durante la tarde anterior.

Y éste fue que Rosa había tomado el ómnibus de las dos treinta y que pasó la tarde en compañía de su familia, regresando de Neter Micfor en el de las ocho cuarenta. El relato fue amenizado por los extraordinarios presentimientos malignos que Rosa había tenido durante toda la tarde y que comentó con su hermana, siendo incapaz de comer ni un solo pedazo del pastel que había preparado para ella.

De la cocina salimos en busca de Elsie Holland, que estaba repasando las lecciones a los niños.

Como siempre, la institutriz se mostró competente y amable. Poniéndose en pie, dijo:

—Ahora, Colín, tú y Brian haréis esas tres sumas que tienen que estar terminadas cuando yo regrese.

Y nos condujo a la habitación contigua, que era el dormitorio de los pequeños.

—¿Les parece bien aquí? Consideré conveniente que no hablásemos delante de los niños.

—Gracias, señorita Holland. Dígame una vez más, ¿está usted bien segura de que Agnes no le dijo que estaba preocupada... después de la muerte de la señora Symmington?

—No, nunca me decía nada. Era una chica muy callada, ¿sabe?, y apenas hablaba.

—¡Qué distinta de la otra, entonces!

—Sí. Rosa habla demasiado. Algunas veces tengo que decirle que no sea impertinente.

—Ahora, ¿quiere decirme exactamente lo que ocurrió ayer tarde? Todo lo que recuerde.

—Pues comimos como siempre... a la una, y bastante de prisa. No quiero que los niños se entretengan. Déjeme que piense. El señor Symmington volvió a la oficina y yo ayudé a Agnes a preparar la mesa para la cena..., los niños corrieron por el jardín hasta que yo fui a recogerlos.

—¿Adonde fueron?

—Hacia Combe Acre, por el camino del bosque... los niños querían pescar. Yo olvidé los anzuelos y tuve que volver a buscarlos.

—¿A qué hora fue eso?

—Veamos... salimos a eso de las tres menos veinte... o poco después. Megan iba a venir con nosotros, pero cambió de opinión y salió en su bicicleta. Le encanta montar en ella.

—Me refiero a qué hora era cuando usted volvió a buscar los anzuelos. ¿Entró en la casa?

—No. Estaban en el cobertizo de la parte de atrás. No sé qué hora sería entonces... tal vez hacia las tres menos diez...

—¿Vio usted a Megan o a Agnes?

—Megan creo que ya se había marchado. No, no vi a Agnes... ni a nadie.
—¿Y después de esto fueron de pesca?

—Sí, seguimos la corriente, pero no pescamos nada. Casi nunca logramos sacar nada, pero a los niños les divierte. Brian se mojó bastante y cuando llegamos, tuve que cambiarle.

—¿Usted sirve el té los miércoles?

—Sí. Está todo preparado en el salón para el señor Symmington, y yo sólo tengo que calentar el agua cuando llega. Los niños y yo, lo tomamos en la habitación donde juegan... y Megan también, desde luego. Allí tengo yo un servicio de té y todo lo necesario.

—¿A qué hora volvieron?

—A las cinco menos diez. Llevé a los niños arriba y me dispuse a preparar el té. Luego, cuando el señor Symmington llegó a las cinco, bajé para preparar el suyo, pero dijo que lo tomaría con nosotros. Los niños estaban encantados y después jugamos... Ahora me resulta horrible

pensarlo... y esa pobre chica estuvo todo el tiempo en el armario sin atinar nadie en ello.

—¿Normalmente se utiliza a menudo?

—Oh, no, sólo sirve para guardar los trastos inútiles. Los abrigos y sombreros se cuelgan en el pequeño guardarropa que hay a la derecha de la puerta principal junto a la entrada. Es posible que nadie hubiera abierto ese armario durante meses.

—Ya. ¿Y no observó nada anormal o desacostumbrado cuando bajó?

Sus ojos azules se abrieron hasta el máximo.

—Oh, no, inspector, nada en absoluto. Todo estaba como siempre. Eso es lo que resulta más terrible.

—¿Y la semana anterior?

—¿Se refiere al día que la señora Symmington...?

—Sí.

—¡Oh, eso fue terrible... terrible!

—Sí, sí. Lo sé. ¿También estuvo usted fuera toda la tarde aquel día?

—Oh, sí, siempre saco a los niños por la tarde... cuando hace buen tiempo. Por la mañana damos clase. Recuerdo que subimos a la colina... y fuimos muy lejos. Tenía miedo de que llegáramos tarde porque cuando alcanzamos la verja vi que el señor Symmington llegaba de la oficina por el otro extremo de la calle, y todavía no había puesto el agua a calentar... pero eran las cinco menos diez.

—¿No subió usted a ver a la señora Symmington?

—Oh, no, nunca lo hacía. Ella siempre descansaba después de las comidas. Sufría fuertes neuralgias... y solían darle después de comer. El doctor Griffith le había recetado unos polvos, y luego de tomarlos se echaba para tratar de dormir.

—¿De modo que nadie le subía el correo? —preguntó Nash en tono casual.

— ¿El correo de la tarde? No, yo abría el buzón y dejaba las cartas encima de la mesita del recibidor, cuando regresaba. Pero a menudo la señora Symmington lo recogía ella misma. No dormía toda la tarde; por lo general, se levantaba a eso de las cuatro.

—¿Y no le pareció que ocurría algo extraño al no verla levantada aquella tarde?

—Oh, no, ni se me ocurrió semejante cosa. El señor Symmington estaba colgando el abrigo en el recibidor y yo le dije: «El té no está preparado todavía, pero el agua casi hierve ya»; y luego de asentir con la cabeza, gritó:

«¡Mona, Mona...!» y como la señora Symmington no respondiera, subió a su dormitorio... y debió ser un golpe terrible para él. Me llamó y me dijo en cuanto acudí: «Entretenga a los niños», y luego telefoneó al doctor Griffith y nos olvidamos de la tetera y el agua se salió por completo. ¡Oh, Dios mío!, fue horrible, con lo contenta que había estado durante la comida.

—¿Cuál es su opinión con respecto a la carta que recibió la señora Symmington, señorita Holland? —le preguntó Nash de improviso.

—¡Oh, creo que fue algo perverso... perverso! —exclamó indignada.

—Sí, sí. No me refería a eso. ¿Usted cree que era verdad lo que se decía de ella?

Elsie Holland replicó con firmeza:

—No, por supuesto que no. La señora Symmington era muy sensible... muchísimo. Tenía que tomar toda clase de cosas para los nervios. Y era muy... muy *particular* —Elsie enrojeció—. Cualquier cosa de esa clase... tan *desagradable*, quiero decir... le hubiera producido un gran disgusto.

Nash guardó silencio unos instantes y luego le preguntó:

—¿Ha recibido usted alguna de esas cartas, señorita Holland?

—No, no he recibido ninguna.

—¿Está segura? Por favor... —alzó una mano—, no me conteste de prisa. Sé que no son cosas agradables, y algunas veces se niega el haberlas recibido. Pero en este caso es importante que lo sepamos. Estamos convencidos de que lo que en ellas se dice es sólo una sarta de mentiras, de modo que de verdad no necesita violentarse.

—Pero es cierto, inspector. No he recibido ninguna, ni nada parecido.

Estaba indignada, casi llorosa, y sus negativas parecían sinceras.

Cuando regresó junto a los niños, Nash se quedó mirando por la ventana.

—Bueno —dijo—, ¡esto es todo! Dice que no ha recibido ninguna de esas cartas, y parece que no miente.

—Desde luego. Estoy seguro de que dice la verdad.

—¡Hum! —dijo Nash—. Entonces lo que deseo saber es esto: ¿por qué diablos ella no ha recibido ninguna?

Y continuó con tono impaciente mientras yo le miraba:

—Es una chica bonita, ¿verdad?

—Algo más que bonita.

—Exacto. A decir verdad posee un atractivo poco corriente, y es joven. En resumen, es el bocado apetecible para cualquier escritora de anónimos. Entonces, ¿por qué se la ha excluido?

No supe qué contestar.

—¿Sabe?, es interesante. Debo decírselo a Graves. Me preguntó si podíamos indicarle alguien que no hubiera recibido ninguno.

—Ella es la segunda persona —dije—. Recuerde que la otra es Emily Barton.

Nash lanzó una risita ahogada.

—No debiera usted creer todo lo que dicen, señor Burton. La señorita Barton recibió uno... y más de uno.

—¿Cómo lo sabe?

—La fiel sirvienta con quien vive me lo dijo... su última camarera o cocinera, Florence Elford. Y lo indignada que estaba..., hubiera querido matar al autor de la carta...

—¿Por qué la señorita Emily dijo que no había recibido ninguna?

—Por delicadeza. El lenguaje de esas cartas es grosero, y la diminuta señorita Barton ha pasado toda su vida evitando la ordinariez y la grosería.

—¿Qué decía la carta?

—Lo de costumbre, aunque en este caso resulta ridículo. Se insinuaba que había envenenado a su anciana madre y a la mayoría de sus hermanas.

—¿Quiere usted decir que esa lunática anda suelta realmente por ahí y no podemos hacer nada por descubrirla? —dije con incredulidad.

—La descubriremos —dijo Nash con voz grave—. Escribirá una carta de más.

—Pero, cielo santo, no es posible que continúe escribiendo esas cosas... ahora.

Nash me miró.

—Oh, claro que sí. ¿No comprende? *Ahora no puede parar.* Es una sed morbosa. Las cartas continuarán llegando, no le quepa la menor duda.

Antes de abandonar la casa encontré a Megan en el jardín y cuando me saludó alegremente me pareció la misma de siempre.

Le insinué que volviera con nosotros, pero tras una vacilación momentánea, negó con la cabeza.

—Es usted muy amable..., pero creo que debo quedarme aquí. Al fin y al cabo... bueno... supongo que es mi casa. Y tal vez pueda ayudar a cuidar de los niños.

—Bueno —le dije—, como quieras.

—Entonces me quedaré. Podría..., podría...

—¿Sí? —la animé.

—Si... si ocurriese algo malo, ¿podría llamarle para que usted viniera?

Yo estaba conmovido.

—Desde luego. Pero, ¿qué es lo que temes que pueda suceder?

—Oh, no lo sé. Pero tengo esa sensación...

—¡No digas tonterías! —le dije—. ¡Y no andes por ahí buscando cadáveres! No te hace ningún bien.

Me dirigió una rápida sonrisa.

—No, no me sienta bien. Me produce náuseas.

No me agradaba tener que dejarla allí, pero al fin y al cabo, como bien dijo ella, era su casa, e imaginé que ahora Elsie Holland se sentiría más responsable de ella.

Nash y yo nos fuimos juntos hacia Little Furze, y mientras yo contaba a Joanna los sucesos de la mañana, Nash habló con Partridge. Luego se reunió con nosotros un tanto desanimado.

—No me ha servido de gran ayuda. Según esta mujer, Agnes sólo dijo que estaba preocupada por algo y no sabiendo qué hacer quería que Partridge la aconsejara.

—¿Y Partridge lo comentó con alguien? —preguntó Joanna al inspector.

Nash asintió con expresión grave.

—Sí, lo dijo a la señora Emory..., la mujer que viene a hacerles la limpieza..., comentando, según imagino, que había algunas jóvenes que estaban dispuestas a pedir consejo a sus mayores sin pensar que ellas podían solucionar sus asuntos por sí mismas. Agnes tal vez no fuera muy inteligente, pero era una muchacha simpática y respetuosa que sabía cómo comportarse.

—En resumen, Partridge estuvo dándose importancia —murmuró Joanna —. ¿Y la señora Emory pudo haber hecho circular la noticia por el pueblo?

—Eso es, señorita Burton.

—Hay una cosa que me intriga —dije—. ¿Por qué nos incluyeron a mi hermana y a mí? Los dos somos forasteros... y nadie podía tenernos ojeriza.

—Usted no tiene en cuenta la mentalidad de Pluma Ponzoñosa..., todo es grano para su molino. Tiene ojeriza, como usted dice, a toda la humanidad.

—Supongo que eso es lo que quiso decir la señora Calthrop —exclamó Joanna, pensativa.

Nash la miró intrigado, pero ella no le dio explicaciones.

—No sé si se fijarían en el sobre de la carta que recibió usted, señorita Burton —dijo el primer inspector—. De ser así, verían que en realidad iba dirigida a la señorita Barton y que luego la a había sido convertida en u.

Esa observación, debidamente interpretada, debiera habernos dado la clave de aquel asunto, pero ninguno de nosotros supo ver su significado.

Nash se marchó y yo quedé a solas con mi hermana, que me dijo:

—¿Crees de veras que esa carta había sido escrita para la señorita Emily?

—No creo que hubiera empezado: «Tu pintarrajeada amiguita» —observé, y mi hermana me dio la razón.

Luego me sugirió que fuese al pueblo.

—Debieras escuchar lo que se dice por ahí. ¡Será el tema del día!

Le pedí que viniera ella también, pero se negó ante mi sorpresa diciendo que pensaba arreglar el jardín.

Me detuve en la puerta y dije bajando la voz:

—Supongo que Partridge es de fiar.

—¡Partridge!

El asombro de Joanna me hizo avergonzar de mi idea, y dije a modo de disculpa:

—Sólo era una suposición. En ciertos aspectos es bastante «extraña»..., una solterona triste..., la clase de persona que pudiera tener manía religiosa.

—No se trata de eso..., o por lo menos eso me dijiste que opina Graves.

—Bueno, manía persecutoria. Son muy parecidas, según tengo entendido. Ella es correcta y respetable y lleva muchos años encerrada aquí con mujeres mayores.

—¿Qué es lo que te hace sospechar de ella?

—Bueno —dije despacio—, sólo tenemos su palabra de lo que dijo Agnes, ¿no es cierto? Supongamos que Agnes preguntara a Partridge por qué había ido a llevar la carta aquel día y Partridge le dijera que aquella tarde iría a verla para explicárselo.

—¿Y luego despistara preguntándonos a nosotros si podía recibirla aquí?

—Sí.

—Pero ella no salió en toda la tarde.

—Eso no lo sabes. Recuerda que nosotros nos fuimos.

—Sí, es cierto —Joanna reflexionó unos instantes—. Pero de todas maneras, no lo creo. No es posible que Partridge tenga la inteligencia suficiente para cubrir todas sus pistas, borrar sus huellas dactilares, y todo eso. No se requiere sólo astucia... sino conocimiento de la materia. Y no creo que ella lo tenga. ¿Y... —Joanna vaciló antes de decir— están seguros de que es una mujer?

—No creerás que sea un hombre —exclamé con incredulidad.

—No... un hombre corriente, no..., pero cierta clase de hombre. En realidad estoy pensando en el solitario y sosegado señor Pye.

—¿De modo que para ti el más sospechoso es el señor Pye?

—¿No te parece que podría ser? Es la clase de individuo que puede sentirse solo... desgraciado... y lleno de rencor hacia sus semejantes. Casi todo el mundo se ríe de él. ¿No le imaginas con un odio secreto a todas las personas normales y felices y experimentando un placer extraño y perverso en lo que ha hecho?

—Graves dijo que se trataba de una soltera de mediana edad.

—El señor Pye —replicó Joanna— es un solterón de mediana edad.

—Y afeminado —dije despacio.

—Muchísimo. Es rico, pero el dinero no le sirve de ayuda, y puede también que esté desequilibrado. En realidad es un hombrecillo *repelente.*

—Recuerda que él también recibió una carta.

—Eso no lo sabemos —exclamó mi hermana—. Nos lo imaginamos; de todas maneras pudo representar una comedia.

—¿En nuestro beneficio?

—Sí. Es lo bastante inteligente como para que se le ocurriera... y para ponerlo en práctica.

—Debe ser un actor de primera.

—Pues naturalmente, Jerry, quienquiera que haya escrito esas cartas tiene que ser un actor de primera clase. Eso, en parte, representa ya un placer.

—Por amor de Dios, Joanna, no hables de ese modo. Me hace pensar que tú... que tú comprendes esa mentalidad.

—Creo que sí. Puedo... sólo puedo... ponerme en su lugar. Si yo no fuera Joanna Burton, si no fuese joven y bastante atractiva, y capaz de pasarlo

bien, si estuviera..., ¿cómo te diría yo...?, detrás de una reja, viendo cómo los demás disfrutaban de la vida, tal vez se levantara en mi interior un sentimiento negro que me hiciera desear herir, torturar e incluso destruir...

—¡Joanna! —la sacudí cogiéndola por los hombros.

Ella suspiró y me dijo con una sonrisa:

—Te he asustado, ¿verdad, Jerry? Pero tengo el presentimiento de que ése es el camino para resolver este problema. Tienes que situarte en el lugar de esa persona, y sabiendo lo que siente y lo que le impulsa a actuar, entonces... entonces tal vez se te ocurra también lo que va a hacer a continuación.

—¡Diantre! —exclamé—. ¡Y yo que vine aquí para hacer vida vegetativa e interesarme por los escándalos pueblerinos! ¡Difamación, calumnia, lenguaje obsceno y... crimen!

Joanna estaba en lo cierto. La calle Alta estaba llena de grupos interesantes, y me dispuse a observar las reacciones de todo el mundo.

Primero encontré a Griffith, que parecía terriblemente enfermo y cansado..., tanto, que me extrañó. Un crimen no es, desde luego, parte de la labor cotidiana de un médico, pero su profesión le capacita para hacer frente a muchas cosas, incluidos los sufrimientos, el lado malo de la naturaleza humana y la muerte.

—Parece usted agotado —le dije.

—¿Sí? —parecía distraído—. ¡Oh! Últimamente he tenido algunos casos que me han preocupado.

—¿Incluyendo a nuestra lunática?

—Desde luego —Miró al otro lado de la calle y vi que contraía los párpados.

—¿No tiene idea de *quién* puede ser?

—No. No. Ojalá lo supiera.

Me preguntó bruscamente por Joanna y dijo, tras cierta vacilación, que tenía en su poder unas fotografías que ella deseaba ver.

Me ofrecí a llevárselas.

—Oh, no vale la pena. Tengo que pasar por allí a última hora de la mañana.

Empecé a temer que Griffith se lo hubiera tomado en serio. ¡Esta Joanna! Griffith era demasiado bueno para que jugaran con él.

Le dejé marchar porque vi acercarse a su hermana y por primera vez deseaba hablar con ella.

Aimée Griffith empezó como si estuviéramos en plena conversación:

—¡Completamente inesperado! Oí decir que usted estaba allí..., ¿tan temprano?

Sus palabras implicaban una pregunta, y sus ojos brillaron al arrastrar la palabra «temprano». No pensaba decirle que Megan me había telefoneado y dije:

—¿Sabe? Anoche estaba un poco intranquilo. Esa muchacha tenía que haber venido a tomar el té a nuestra casa y no apareció.

—¿Y usted pensó lo peor? ¡Qué inteligente!

—Sí —repuse—. Sé olfatear la sangre humana.

—Es el primer crimen que tenemos en Lymstock, es terrible. Espero que la policía pueda aclararlo pronto.

—Yo no me preocuparía —dije—. Son personas muy eficientes.

—Ni siquiera me acuerdo qué cara tenía esa chica, aunque supongo que debió abrirme la puerta docenas de veces. Era callada e insignificante, y la golpearon primero en la cabeza para clavarle una aguja de hierro en la nuca, según me ha contado Owen. A mí me parece cosa de su novio. ¿Qué opina usted?

—¿Ésa es la solución, según usted?

—Pues la más probable. Supongo que se pelearían. Por aquí tienen muy poco dominio... a la mayoría les viene de herencia. —Hizo una pausa y continuó—: He oído decir que Megan Hunter encontró el cadáver. Debió ser un gran golpe para ella.

—Lo fue —repliqué brevemente.

—Debió ser muy desagradable para la pobrecilla, me lo imagino. En mi opinión no tiene la cabeza muy firme... y una cosa así hubiera podido hacerle perder la razón por completo.

Tomé una resolución repentina. Tenía que averiguar una cosa.

—Dígame, señorita Griffith, ¿fue usted quien convenció ayer a Megan para que regresara a su casa?

—Bueno, yo no diría exactamente que la convenciera.

—Pero, ¿le habló de eso?

Aimée Griffith, mirándome con fijeza, se puso a la defensiva:

—Es inútil... que esa jovencita evada su responsabilidad. Es joven y no sabe lo que hablan las lenguas, por eso creí mi deber advertirla...

—¿Las lenguas...? —me interrumpí porque estaba demasiado furioso para continuar.

Aimée Griffith prosiguió con aquella confianza y complacencia sumamente enloquecedoras que eran su principal característica:

—Oh, me atrevo a asegurar que usted no se entera de todos los chismes que circulan por ahí. ¡Pero yo sí! y sé lo que dice la gente. Le aseguro que ni por un momento pensé que pudiera haber nada de verdad... Pero ya sabe cómo es la gente..., ¡si pueden decir alguna maldad, la dicen! Y eso perjudica a las jóvenes que han de ganarse el sustento.

—¿El sustento? —repetí extrañado.

—Naturalmente que es una situación difícil para ella, y creo que ella hizo muy bien. Quiero decir que no podía marcharse de improviso dejando a los niños sin que nadie les cuidara. Se ha portado espléndidamente... espléndidamente, se lo digo a todo el mundo, pero está en una situación delicada y la gente habla.

—¿De quién está usted hablando? —quise saber, realmente indignado.

—De Elsie Holland, naturalmente —replicó Aimée Griffith impaciente — En mi opinión es una joven agradabilísima que sólo está cumpliendo con su deber.

—¿Y qué dice la gente?

Mi interlocutora se echó a reír y su risa me resultó muy desagradable.

—Dicen que ya considera la posibilidad de convertirse en la señora Symmington número dos... que está dispuesta a consolar al viudo y a hacerse indispensable.

—¡Pero —exclamé sorprendido—, si la señora Symmington sólo lleva muerta una semana!

Aimée Griffith se encogió de hombros.

—Claro. ¡Es absurdo! Pero ya sabe cómo es la gente. Elsie Holland es joven y bonita... y eso es suficiente. Y permita que le diga, que ser institutriz no es porvenir para una joven, y yo no le reprocharía que quisiera formar un hogar y tener marido, y jugara sus triunfos para lograrlo. ¡Claro que el pobre Dick Symmington no tiene la menor idea de todo esto! —continuó—. Está completamente deshecho por la muerte de Mona. ¡Pero ya sabe lo que son los hombres! Si esa joven está siempre allí, procurando su

comodidad, cuidándole, mostrándose cariñosa con los niños..., pues, él llegaría a acostumbrarse a depender de ella.

—¿De modo que usted cree que Elsie Holland es una intrigante? —dije con toda calma.

Aimée Griffith enrojeció.

—De ninguna manera. ¡Yo la compadezco... por esas cosas que la gente dice de ella! Lo que yo dije a Megan poco más o menos es que debía regresar a su casa... que era mejor que Dick Symmington y esa joven no estuvieran solos en la casa.

Ya empezaba a comprender.

La hermana del doctor Griffith lanzó una alegre carcajada.

—Está usted sorprendido, señor Burton, al oír lo que opina nuestro pueblo. Le diré una cosa... ¡La gente siempre piensa lo peor!

Y riendo continuó su camino.

Me tropecé con el señor Pye delante de la iglesia. Estaba hablando con Emily Barton, que parecía muy excitada.

El señor Pye me saludó con muestras de satisfacción.

—¡Ah, Burton, buenos días! ¡Buenos días! ¿Cómo sigue su encantadora hermana?

Le dije que Joanna estaba bien.

—Pero, ¿no ha querido unirse a nuestro Parlamento? Todos estamos locos con la noticia. ¡Un crimen! ¡Un auténtico crimen como los que aparecen en los periódicos! Me temo que no sea de los interesantes... sino brutal. El asesinato de una pobre camarera, no es que se trate de nada nuevo, pero aquí desde luego constituye una gran novedad.

La señorita Barton dijo con voz trémula:

—Es terrible... realmente terrible.

El señor Pye volvióse hacia ella.

—Pero usted disfruta, mi querida amiga, usted disfruta. Confiéselo. Usted lo desaprueba, lo deplora, pero existe la emoción. Insisto, ¡es emocionante!

—Una muchacha tan simpática —dijo Emily Barton—. Vino del Hogar de Santa Clotilde. Apenas sabía nada, pero se dejaba enseñar, y no tardó en convertirse en una doncella correcta. Partridge estaba muy contenta de ella.

—Ayer tarde tenía que venir a tomar el té con Partridge —me apresuré a decir. Luego me volví al señor Pye—: Supongo que Aimée Griffith se lo

diría.

Procuré que mi tono fuera casual, y Pye respondió al parecer sin el menor recelo.

—Sí, lo comentó. Recuerdo que dijo que era una novedad que el servicio utilizara el teléfono de los señores.

—Partridge nunca se hubiera atrevido a hacer una cosa así —replicó la señorita Emily—, y realmente me sorprende que Agnes lo hiciera.

—Vive usted muy atrasada, mi querida amiga —dijo el señor Pye—. Mis dos «terrores» usan el teléfono constantemente y fuman por toda la casa hasta que yo me quejo, pero uno no se atreve a decir gran cosa. Prescott es un cocinero estupendo, aunque con algo de genio, y su esposa una camarera admirable.

—Sí, desde luego, todos le consideramos muy afortunado.

Me apresuré a intervenir, puesto que no deseaba que la conversación se redujera a temas domésticos.

—La noticia del crimen ha circulado con gran rapidez —dije.

—Claro, claro —replicó el señor Pye—. El carnicero, el panadero, el cerero... el rumor ha corrido por todas las lenguas. ¡Este Lymstock es

terrible! Cartas anónimas, crímenes, y todas las tendencias criminales imaginables.

—¿No creen... no les parece... que... puede existir relación entre las dos cosas? —dijo Emily Barton nerviosa.

—Un comentario interesante —exclamó el señor Pye—. La muchacha sabía algo, y por eso la asesinaron. Sí, sí, muy prometedor. Ha sido muy inteligente al pensarlo.

—No... no puedo soportarlo.

Emily Barton habló inopinadamente y se alejó a toda prisa.

Pye la miraba marchar con su rostro angelical contraído por la curiosidad, y volviéndose hacia mí me dijo:

—Un alma sensible... una criatura encantadora, ¿no le parece? Es una pieza de museo. ¿Sabe? No pertenece a su generación, sino a la anterior. Su madre debió ser una mujer de gran carácter. Conservó a su familia viviendo según el ritmo de mil ochocientos. Toda una familia preservada bajo una campana de cristal. Me gustaría tropezarme con un caso así.

—Yo no deseaba hablar de piezas de museo.

—¿Qué opina usted realmente de todo este asunto? —le pregunté.

—¿A qué se refiere?

—Pues a los anónimos, al crimen...

—¿A nuestra oleada de anónimos? ¿Y usted?

—Le he preguntado yo primero —le dije en tono amable.

—¿Sabe? Yo estudio los casos anormales —repuso el señor Pye—. Me interesan. Tenemos el caso de Lizzie Borden, y no existe una explicación razonable. En éste, mi consejo es que la policía debiera estudiar... el carácter. Dejar a un lado las huellas dactilares, la grafología y los microscopios, y fijarse, en cambio, en lo que la gente hace con sus manos, sus gestos, su modo de comer, y si ríen sin algún motivo aparente.

Alcé las cejas.

—¿Buscar a un loco? —pregunté.

—A un loco de remate —dijo el señor Pye, agregando—: ¡Pero usted debiera saberlo!

—¿Quién es?

Sus ojos se fijaron en los míos y sonrió.

—No, no, Burton, eso sería difamar, no vamos a agregar una calumnia más, a las que ya tenemos.

Y se alejó calle abajo.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO SEIS

Mientras yo contemplaba al señor Pye se abrió la puerta de la iglesia dando paso al reverendo Caleb Dane Calthrop. Me sonrió.

—Buenos... buenos días, señor...

Le ayudé.

—Burton.

—Claro, claro, no crea que no le recuerdo. Sólo es que de momento su nombre no me acudía a la memoria. ¡Qué hermoso día!

—Sí —repuse.

Me miró fijamente.

—Pero ha ocurrido algo... algo... ah, sí, esa infortunada joven que trabaja en casa de los Symmington. Debo confesar que me resisto a creer que haya un asesino entre nosotros, señor... eh... Burton.

—Resulta algo fantástico —observé.

—Ha llegado algo más a mis oídos —Se inclinó hacia mí—. He sabido que se han estado recibiendo anónimos. ¿Sabía usted algo de ese rumor?

—Sí, eso he oído.

—Qué cosa más cobarde y malvada —hizo una pausa y recitó una larga retahíla en latín—. Estas palabras de Horacio vienen muy bien, ¿no le parece?

—Desde luego —contesté.

Como no viera a nadie más con quien hablar, emprendí el regreso a casa, deteniéndome para comprar tabaco y una botella de jerez y de paso obtener algunas impresiones más sobre el crimen.

—Una trampa infame —parecía ser el veredicto.

—Se llegan hasta la puerta, y piden dinero, cuando hay una joven sola en la casa se ponen desagradables. Mi hermana Dora tuvo una experiencia desagradable en cierta ocasión... estaba bebido y vendía esos libritos de poesías...

La historia continuó, terminando cuando la intrépida Dora cerró la puerta en las narices de aquel hombre, yendo a atrincherarse en algún lugar que no precisó, yo supongo que por delicadeza, aunque imaginé que debía ser el cuarto de baño.

—¡Allí se quedó hasta que regresó su señora!

Llegué a Little Furze pocos minutos antes de la hora de la comida. Joanna estaba de pie ante la ventana del salón y por su aspecto comprendí que sus pensamientos se hallaban a miles de kilómetros de distancia.

—¿Qué has estado haciendo? —le pregunté.

—Oh, no sé. Nada de particular.

Salí al porche, donde había dos sillas junto a la mesa de hierro y dos copas de jerez vacías. Encima de otra silla vi un objeto que me tuvo asombrado durante un buen rato.

—¿Qué diablos es esto?

—Oh —repuso Joanna—, creo que la fotografía de un bazo diseccionado o algo por el estilo. El doctor Griffith pensó que me interesaría.

Contemplé la fotografía con cierto interés. Cada hombre tiene su sistema para cortejar a una mujer. Yo, desde luego, no hubiera escogido para ello fotografías de bazos, diseccionados o no. ¡Sin embargo, no me cabe duda de que Joanna se lo había buscado!

—Tiene un aspecto muy desagradable —comenté.

Joanna convino que bastante.

—¿Qué tal está Griffith?

—Parecía cansado y triste. Creo que tiene alguna preocupación.

—¿Algún bazo que no responde al tratamiento?

—No seas tonto. Me refiero a algo real.

—Yo diría que la preocupación de ese hombre eres tú. Quisiera que le dejases en paz, Joanna.

—Oh, cállate: Yo no he hecho nada.

—Las mujeres siempre decís eso.

Joanna se marchó enfadada.

El bazo diseccionado empezaba a curvarse bajo los rayos del sol y cogiéndolo por una esquina lo entré en la casa. No es que a mí me interesara gran cosa, pero imaginé que sería uno de los tesoros del doctor Griffith.

Una vez en el salón, me agaché para coger un libro pesado de uno de los estantes de la librería con el propósito de colocar la fotografía entre sus hojas para que se estirara. Cogí un grueso volumen que contenía los sermones de no sé quién.

El libro se abrió entre mis manos con una facilidad sorprendente, y en el acto comprendí el porqué. *De su centro habían sido cortadas*

cuidadosamente un buen número de páginas.

Me quedé estupefacto. Miré la página de la portada, viendo que había sido publicado en mil ochocientos cuarenta.

No cabía la menor duda. Estaba contemplando el libro con cuyas páginas se habían redactado los anónimos. ¿Quién las habría cortado?

Bueno, para empezar, podría haber sido la propia Emily Barton. O quizá Partridge.

Pero también cabían otras posibilidades. Aquellas páginas pudieron ser cortadas por alguna persona que quedó a solas en aquella habitación, por ejemplo, cualquier visita, que hubiera estado esperando a la señorita Emily, o ido allí por cuestión de negocios.

No, aquello no era tan probable. Había observado que un día que vino a verme un empleado del Banco, Partridge le introdujo en el despachito que había en la parte posterior de la casa, y evidentemente aquélla era la costumbre.

¿Entonces una visita? ¿Alguien de «buena posición social»? ¿El señor Pye? ¿Aimée Griffith? ¿La señora Calthrop?

Sonó el gong anunciando la comida. Después, en el salón, mostré a Joanna mi descubrimiento.

Discutimos todos sus aspectos, y luego fui a llevarlo al puesto de policía.

Se mostraron contentísimos por el hallazgo y me dieron unos golpecitos amistosos en la espalda, porque después de todo, aquello era su primer indicio afortunado.

Graves no estaba allí, pero Nash le telefoneó. Pensaban examinar el libro en busca de huellas dactilares, aunque Nash no esperaba encontrar nada. Y debo decir que así fue. Sólo aparecieron las mías y las de Partridge, lo cual demostraba que la mujer limpiaba a conciencia.

Nash vino andando conmigo hasta la cima de la colina, y le pregunté que tal iba el asunto.

—Vamos estrechando el cerco, señor Burton. Hemos eliminado a todas las personas que tienen coartada.

—¡Ah! —exclamé—. ¿Y quiénes quedan?

—La señorita Ginch. Ayer tarde fue a casa de una cliente, que se halla situada lejos de la carretera de Combe Acre..., la que lleva a la casa de los Symmington. Y tuvo también que pasar ante ella a la ida y a la vuelta la semana anterior, el día que la señora Symmington recibió el anónimo y se

suicidó, puesto que fue el último día que trabajó en la oficina de Symmington.

»Al principio el señor Symmington pensó que ella no había abandonado la oficina en toda la tarde. Sir Henry Lushington estuvo con él toda la tarde y llamó varias veces a la señorita Ginch. No obstante, he averiguado que ella salió de la oficina entre las tres y las cuatro para agregar más franqueo a una carta para el extranjero. Hubiera podido ir el «botones», pero la señorita Ginch quiso ir en persona, alegando que le dolía la cabeza y le apetecía tomar el aire. No tardó mucho tiempo.

—¿Pero sí lo bastante?

—Sí, lo bastante para llegarse hasta el otro extremo del pueblo, introducir la carta en el buzón y regresar a toda prisa. Sin embargo, he de confesar que no hemos podido encontrar a nadie que la viera cerca de la casa de los Symmington.

—¿Y tuvieron que verla necesariamente?

—Puede que sí, puede que no.

—¿De quién más sospecha?

Nash miró fijamente delante de sí.

—Comprenda que no es posible excluir a nadie... a nadie en absoluto.

—No —dije—. Lo comprendo.

—La señorita Griffith fue a Brenton ayer para asistir a una reunión de exploradoras —dijo en tono grave—. Y llegó bastante tarde.

—¿No pensará usted...?

—No, no pienso nada. Pero no lo sé. La señorita Griffith parece estar muy sana y es una mujer equilibrada... pero ya le digo que no *sé*.

—¿Y qué hay de la semana pasada? ¿Pudo haber dejado la carta en el buzón?

—Es posible. Aquella tarde estuvo de compras por el pueblo. —Hizo una pausa—. Y lo mismo podemos decir de la señorita Emily Barton. Estuvo de compras a primera hora de la tarde de ayer y la semana anterior fue a ver a unos amigos que viven un poquito más allá de la casa de los Symmington.

Meneé la cabeza con incredulidad. El haber encontrado el libro en Little Furze era natural que dirigiera las sospechas hacia la propietaria de la casa, pero cuando recordaba a la señorita Emily que el día anterior vino tan contenta y excitada...

Maldita sea... excitada... Sí, excitada... con las mejillas sonrosadas, los ojos brillantes..., pero seguramente no sería por... por...

—¡Este asunto es mala cosa! —dije con pesar—. Uno ve cosas... imagina cosas...

Nash asintió comprensivamente.

—Sí, no es muy agradable contemplar a nuestros semejantes como posibles criminales.

Hizo una breve pausa y luego continuó:

—Luego tenemos al señor Pye...

—¿De modo que también ha pensado en él? —pregunté en tono seco.

Nash sonrió.

—Oh, sí, claro que hemos pensado en él. Un tipo muy curioso... y no muy agradable. No tiene coartada. Estuvo en su jardín en ambas ocasiones.

—¿De modo que no sospecha únicamente de las mujeres?

—No creo que fuese un hombre quien escribiera esas cartas..., en realidad estoy seguro de ello... y también Graves..., pero exceptuando a nuestro señor Pye porque tiene un carácter anormal y afeminado. Pero hemos comprobado las actividades de *todo el mundo* durante la tarde de ayer. Comprenda, se trata de un crimen. *Usted* queda descartado —sonrió —, y también su hermana, y el señor Symmington no salió de su oficina desde que llegó y el doctor Griffith estuvo trabajando en dirección contraria, y he comprobado todas sus visitas.

Hizo una pausa, volvió a sonreír y dijo:

—Comprenda, *trabajamos* a conciencia.

—¿De modo que ahora los sospechosos han quedado reducidos a tres? —dije despacio—. El señor Pye, la señorita Griffith y la señorita Barton.

—Oh, no, no tenemos un par más..., aparte de la esposa del pastor.

—¿También *ella*?

—No hemos olvidado a nadie, pero la señora Calthrop es demasiado loca, no sé si me entenderá lo que quiero decir. No obstante, *pudo* haberlo hecho. Ayer tarde estaba en los bosques observando a los pájaros... y ellos no pueden declarar en su favor.

Se volvió bruscamente, pues Owen Griffith acababa de entrar en la comisaría.

—Hola, Nash. He oído decir que esta mañana me andaba buscando. ¿Algo importante?

—La encuesta judicial se celebrará el viernes, si a usted le va bien, doctor Griffith.

—Bien. Moresby y yo haremos la autopsia esta noche.

—Hay otra cosa, doctor Griffith —agregó Nash—. La señora Symmington estaba tomando ciertos polvos que usted le recetó...

Hizo una pausa y Owen Griffith dijo:

—Sí, es cierto.

—¿Una dosis excesiva de esos polvos hubiera podido ser fatal?

—Desde luego que no —replicó Griffith—. ¡A menos que hubiera tomado unos veinticinco paquetes!

—Pero según me dijo la señorita Holland, una vez le advirtió usted que no excediera la dosis.

—Oh, eso sí. La señora Symmington era de esas mujeres que hubiera doblado la dosis de cualquier medicamento que se le recetara... aunque de haber tomado el doble de estos polvos le hubiera hecho doble bien, pero nadie debe excederse ni abusar de la fenacetina ni de las aspirinas... perjudican el corazón. Y de todas formas, no existe la menor duda en cuanto a la causa de su muerte. Fue cianuro.

—Oh, ya lo sé..., no me ha entendido usted. Sólo pensaba que cuando uno está dispuesto a suicidarse debe preferir tomar una dosis masiva de cualquier soporífero, que beber ácido prúsico.

—Oh, desde luego. Por otro lado, el ácido prúsico es más dramático y no falla. Con otros venenos, por ejemplo, puede salvarse a la víctima si no ha transcurrido mucho tiempo.

—Ya, gracias, doctor Griffith.

Griffith se marchó y yo me despedí de Nash y fui ascendiendo despacio por la colina hasta la casa. Joanna había salido... o por lo menos no había rastro de ella y en la libreta de notas del teléfono había escrito un mensaje enigmático seguramente para Partridge o para mí.

«Si *telefonea el doctor Griffith, díganle que no puedo continuar yendo el martes, pero que podría arreglarlo para el miércoles o jueves.*»

Enarcando las cejas entré en el salón y sentándome en la butaca más cómoda... (ninguna lo era mucho, pues tenían los respaldos muy rectos y recordaban a la última señora Barton)... y estirando las piernas me puse a pensar en todo aquello.

Con repentina contrariedad recordé que la llegada de Owen había interrumpido mi conversación con el inspector, que en aquel momento hablaba de otro par de sospechosos.

¿Quiénes serían?

¿Tal vez Partridge fue uno de ellos? Al fin y al cabo, el libro había sido encontrado en aquella casa y Agnes pudo ser atacada inesperadamente por su guía y directora. No, no podíamos eliminar a Partridge.

Pero, ¿cuál sería la otra?

¿Quizá alguien a quien yo no conociera? ¿La señora Cleat? ¿La primera sospechosa del pueblo?

Cerré los ojos y fui considerando a cuatro personas, que tan poco probables me parecían, por turno: La gentil y frágil Emily Barton. ¿Qué tenía ella? ¿Una vida sacrificada? ¿Dominada y obligada a obedecer desde su más tierna infancia? ¿Se le exigieron demasiados sacrificios? ¿Su horror instintivo a no querer hablar de «nada desagradable»? ¿Era aquello una muestra de su preocupación interna precisamente por esos temas? Me estaba poniendo muy freudiano. Recuerdo que una vez un médico me contó que las cosas que decían las solteras de cierta edad, bajo los efectos de la anestesia, eran toda una revelación. «¡Nunca soñaría usted siquiera que supieran semejantes palabras!»

¿Aimée Griffith?

En ella no había el menor yugo ni vivía «cohibida». Alegre, desenvuelta, triunfadora... Su vida era una vida llena... ocupada, y no obstante, la señora Calthrop había dicho: «¡Pobrecilla!»

Y había algo... algún recuerdo... ¡Ah! Di con ello. Owen Griffith había dicho algo así: «Hubo también un alud de cartas anónimas en el norte, donde yo trabajaba».

¿Habría sido también cosa de Aimée Griffith? Sin duda era una coincidencia notable.

Esperen un momento, Griffith dijo que habían encontrado a la autora de aquéllos. Una colegiala.

De pronto sentí frío..., debió ser una ráfaga de viento que entró por la ventana... y me removí inquieto. ¿Por qué de repente me sentía tan extraño e intranquilo?

Seguí pensando... ¿Aimée Griffith? ¿Y si hubiera sido Aimée y *no* aquella niña? Y ahora había vuelto a poner en práctica su entretenimiento

favorito. ¿Era por eso por lo que Owen Griffith parecía tan desmoralizado y abatido? ¿Sospechaba? Sí, sospechaba...

¿El señor Pye? No; en cierto sentido, era un hombre simpático. Y, sin embargo, podía imaginarle preparando el plan y riendo...

Y aquel recado telefónico escrito en la libreta del recibidor... ¿porqué no se apartaba de mi pensamiento? Griffith y Joanna... él se estaba enamorando de ella. No, no era por eso por lo que me preocupaba el mensaje. Era otra cosa..., pero, ¿cuál?

Mis sentidos se iban adormeciendo. El sueño se acercaba, y no cesaba de repetirme como un estúpido: «No hay humo sin fuego. No hay humo sin fuego... Eso es..., todo concuerda...»

Y entonces me vi paseando por las calles con Megan y pasó Elsie Holland vestida de novia, mientras la gente murmuraba: «Al fin va a casarse con el doctor Griffith. Claro que llevan años prometidos en secreto...»

Llegamos a la iglesia donde el pastor Calthrop estaba leyendo el servicio en latín.

Y cuando llegaba a la mitad, su esposa gritó con energía:

—«¡Hay que impedirlo, te lo aseguro! ¡Esto hay que impedirlo!»

Por un instante no supe si estaba dormido o despierto. Luego mi cerebro se fue aclarando y comprendí que me encontraba en el salón de Little Furze y que la señora Calthrop acababa de entrar y me decía con voz temblorosa:

«Le digo que hay que *impedirlo.»*

Me levanté de un salto.

—Le ruego me perdone —le dije—. Me había quedado dormido. ¿Qué decía usted?

La señora Calthrop descargó su puño cerrado sobre la palma de la otra mano.

—¡Que hay que impedir... que continúen esas cartas! ¡Un asesinato! ¡Hay que impedir que sigan *asesinando* a pobres criaturas inocentes como Agnes Woddell!

—Tiene usted muchísima razón —le dije—. Pero, ¿qué es lo que se propone?

—¡Tenemos que hacer algo! —exclamó la esposa del pastor.

Yo me sonreí, tal vez con aire de superioridad.

—¿Y qué sugiere usted que debiéramos hacer?

—¡Aclararlo todo! Dije que éste no era un lugar perverso, y me equivocaba. Lo es.

—Sí, mi querida señora —dije contrariado y sin demasiada cortesía—, pero, ¿qué es lo que va a *hacer* usted?

—Poner fin a todo esto, por supuesto —replicó.

—La policía hace cuanto puede.

—Si Agnes pudo ser asesinada ayer, es señal de que eso no basta.

—¿De modo que usted sabe mejor que ellos lo que debe hacerse?

—De ninguna manera. Yo no sé nada en absoluto. Por eso voy a llamar a un experto.

—Usted no puede hacer eso —dije meneando la cabeza—. Scotland Yard sólo tendría en cuenta la petición del primer inspector del condado, y en realidad ya nos *han enviado* a Graves.

—Yo no me refiero a esa clase de expertos. Ni a ningún entendido en anónimos o incluso en crímenes. Me refiero a una persona que conozca a *la gente.* ¿Comprende? ¡Necesitamos a alguien que sepa muchísimo de la *perversidad*!

Era un extraño punto de vista, pero en cierto modo resultaba estimulante.

Antes de que yo pudiera añadir nada, la señora Calthrop me dijo en tono confidencial:

—Voy a hacer que venga en seguida.

Y volvió a salir por el ventanal.

Creo que la semana siguiente fue una de las más singulares que he vivido y tuvo una extraña sensación de irregularidad..., como si todo lo que ocurriera en ella fuera mentira.

Se llevó a cabo la encuesta judicial por la muerte de Agnes Woddell y el pueblo de Lymstock asistió *en masse.* No salió a relucir ningún dato nuevo y el veredicto fue: «Asesinato por persona desconocida o personas desconocidas».

Así que la pobre Agnes Woddell, después de haber tenido su hora de popularidad, fue enterrada tristemente en el tranquilo cementerio de la parroquia y la vida en Lymstock continuó como antes.

No, esto último no es cierto.

Como antes no...

En todos los ojos había un brillo, mezcla de temor y nerviosismo. Unos se miraban a otros. Una cosa había quedado bien sentada en la encuesta, y

era que ningún extraño había matado a Agnes Woddell. No se habían visto mendigos ni vagabundos desconocidos por el pueblo. Y, por consiguiente, alguno de los habitantes de Lymstock que paseaban por la calle Alta, iban de compras o pasaban el rato tranquilamente, era la persona que había golpeado a la indefensa muchacha en el cráneo para clavarle luego una afilada broqueta casera en la nuca.

Y nadie sabía quién era esa persona.

Como digo, los días transcurrían en una especie de pesadilla, y yo miraba a todo el mundo bajo un prisma nuevo..., como posible asesino. ¡No era una sensación precisamente agradable!

Y por las noches, con las cortinas echadas, Joanna y yo charlábamos y discutíamos las diversas posibilidades que seguían pareciéndonos fantásticas e increíbles.

Joanna se inclinaba por el señor Pye. Yo, tras alguna vacilación, había vuelto a mi primera sospecha, a la señorita Ginch..., pero seguíamos insistiendo una y otra vez sobre los otros sospechosos.

¿El señor Pye?

¿La señorita Ginch?

¿Aimée Griffith?

¿La señora Calthrop?

¿Emily Barton?

¿Partridge?

Y nerviosos y recelando de todos, esperábamos que ocurriera algo.

Pero nada ocurría, ni nadie, que yo sepa, recibió más cartas. Nash aparecía periódicamente por el pueblo, pero no tenía idea de lo que estaba haciendo, ni qué trampas estaba tendiendo la policía. Graves se había vuelto a marchar.

Emily Barton vino un día a tomar el té. Megan a comer. Owen Griffith seguía practicando su profesión. Fuimos a tomar una copa de jerez con el señor Pye y el té a casa del pastor.

Me alegró de ver que la señora Calthrop no desplegaba las ansias combativas de nuestro último encuentro y creí que lo habría olvidado.

Ahora su principal interés parecía ser la destrucción de las mariposas blancas, con el fin de proteger a las coles y coliflores.

Aquella tarde fue una de las más apacibles que pasamos en Lymstock. La casa del pastor era antigua, atractiva y tenía un gran salón muy confortable

decorado con cretona color rosa desvaído. Los señores Calthrop tenían un huésped en su casa: una anciana señora muy agradable que tejía una labor de punto con lana blanca y esponjosa. Nos dieron unos bollitos calientes bonísimos y cuando llegó el pastor nos saludó con aire plácido regalándonos con su conversación erudita. Lo pasamos muy bien.

No quiero decir que por ello nos apartáramos del tópico del crimen, porque, a decir verdad, no fue así.

La señorita Marple, la invitada, sintió gran interés por el tema y dijo, disculpándose:

—¡Tenemos tan poco de que hablar en el campo!

Y estaba convencida de que la víctima debía parecerse mucho a su Edith.

—Era una chica muy servicial, aunque a veces un *poco* lenta para servir las cosas.

La señorita Marple también tenía una prima cuya nuera estaba muy disgustada por cienos anónimos recibidos, y por consiguiente, aquello le interesó sobremanera.

—Pero dime, querida — dijo a la señora Calthrop —. ¿Qué dice la gente del pueblo..., quiero decir la de la villa...? ¿Cuál es su opinión?

—Pues supongo que siguen sospechando de la señora Cleat —dijo mi hermana.

—¡Oh, no! —replicó la esposa del pastor—. *Ahora no.*

La señorita Marple preguntó quién era la señora Cleat.

Joanna dijo que era la bruja del pueblo.

—¿No es cierto, señora Calthrop?

El pastor lanzó una larga perorata en latín, según imagino sobre el poder malvado de las brujas, que todos escuchamos respetuosamente y en silencio..., pero sin comprender palabra.

—Es una mujer muy tonta — dijo su esposa—. Le gusta hacer alarde de sus brujerías. Sale a recoger hierbas las noches de luna llena y procura que todo el mundo se entere.

—Y supongo que las jóvenes estúpidas irán a consultarla... —observó la señorita Marple.

Vi que el pastor se disponía a soltar más latines y me apresuré a decir:

—Pero, ¿por qué ahora la gente no sospecha que haya podido cometer el crimen? Ellos creían que las cartas eran obra suya.

La señorita Marple intervino:

—¡Oh! Pero esa chica fue asesinada con una *broqueta*, o por lo menos eso oí decir, y eso, naturalmente, aleja *toda* sospecha de la señora Cleat. Porque ella hubiera podido echarle mal de ojo para que la muchacha decayera y muriese por causas naturales y no asesinada.

—Es curioso cómo perduran esas antiguas creencias —dijo el pastor— En los primeros años del cristianismo, las supersticiones locales se incorporaron sabiamente a las doctrinas cristianas y sus atributos más desagradables se fueron eliminando gradualmente.

—Aquí no se trata de supersticiones —dijo su esposa—, sino de *hechos.*

—Y muy desagradables, por cierto —dije yo.

—Y que usted lo diga, señor Burton —exclamó la señorita Marple—. Usted, y perdóneme si soy demasiado personal..., es forastero y conoce el mundo y diversos aspectos de la vida, y me parece que debiera hallar la solución para este problema.

Sonreí.

—La mejor solución que he encontrado fue en sueños. En sueños todo se soluciona satisfactoriamente y por desgracia cuando desperté vi que todo era una tontería.

—A pesar de ello resulta interesante. Cuénteme lo que soñó.

—Oh, todo empezó con la frase «No hay humo sin fuego». La gente había estado diciéndola hasta la saciedad. Y luego se fue mezclando con términos de guerra. Cortina de humo, pedazo de papel, mensajes telefónicos..., no; eso fue otro sueño.

—Cuéntemelo...

La anciana señora parecía tan interesada que la supuse aficionada a leer el Libro de los Sueños de Napoleón, que fue el preferido de mi vieja niñera.

—¡Oh! Vi a Elsie Holland... la institutriz de los Symmington... que iba a casarse con el doctor Griffith, y el pastor estaba leyendo el servicio en latín... («Muy apropiado, querido», murmuró la señora Calthrop a su esposo), y luego su esposa empezó a gritar diciendo que había que impedirlo.

—Pero esto era verdad —dije con una sonrisa—. Al despertar vi que lo estaba diciendo.

—¿Y cuándo aparece el mensaje telefónico? —preguntó la señorita Marple alzando las cejas.

—Creo que me he confundido tontamente. Eso no forma parte del sueño. Eso fue antes. Al llegar al recibidor vi que Joanna había escrito un recado para transmitirlo si llamaban preguntando.

La señorita Marple inclinóse hacia delante con las mejillas sonrosadas.

—¿Me considerará usted muy curiosa y entrometida si le pregunto cuál era ese mensaje? —Miró a mi hermana—. *Perdóneme,* querida.

Joanna, no obstante, parecía divertida.

—Oh, no me importa —aseguró a la anciana—. Yo apenas lo recuerdo, pero tal vez Jerry se acuerde. Debía tratarse de algo muy trivial.

Con toda solemnidad repetí el mensaje lo mejor que pude recordar, animado por la repentina atención de la anciana.

Temía que aquellas palabras la decepcionaran, pero tal vez le sugirieran algún romance sentimental, ya que hizo un gesto de asentimiento y sonrió complacida.

—Ya —exclamó—. Suponía que debía ser algo por el estilo.

—¿Cómo qué, Jane? —le preguntó la señora Calthrop.

—Pues algo completamente vulgar —replicó la señorita Marple.

Y luego de mirarme unos momentos pensativa, dijo inesperadamente:

—Veo que es usted muy joven y muy inteligente..., pero no tiene suficiente confianza en sí mismo. ¡Y debiera tenerla!

—Por amor de Dios, no le diga eso —exclamó mi hermana—. Ya tiene bastante buena opinión de sí mismo.

—Cállate, Joanna —le dije—. La señorita Marple me comprende.

La señorita Marple había vuelto a reemprender su labor.

—¿Sabe que el cometer un crimen debe ser muy parecido a poner en práctica un juego de manos? —observó pensativa.

—¿En el que la rapidez de la mano engaña la vista?

—No sólo eso. Debe procurarse que el público mire a otro sitio..., que fije la vista en otra dirección.

—Bueno —observé—, hasta ahora parece que todo el mundo se ha sentido inclinado a fijarse en una lunática.

—Pues yo me inclino por alguien bien cuerdo —replicó la anciana.

—Sí —repuse pensativo—, eso es lo que dijo Nash, y también habló de respetabilidad.

—Sí —convino la señorita Marple—. Eso es *muy* importante.

Y todos le dimos la razón.

—Nash cree que seguirán recibiéndose anónimos —dije dirigiéndome a la señora Calthrop—. ¿Qué opina usted?

—Es posible —dijo despacio.

—Si la policía lo cree así, los habrá, no cabe duda —observó la señorita Marple.

Yo seguí dirigiéndome a la esposa del pastor.

—¿Todavía sigue compadeciéndose del autor de los anónimos?

—¿Por qué no? —dijo enrojeciendo.

—Yo no estoy de acuerdo contigo, querida —intervino la señorita Marple—. En este caso, no.

—¡Han llevado al suicidio a una mujer y han causado incontables desgracias y rencillas! —exclamé con calor.

—¿Ha recibido usted alguno, señorita Burton? —preguntó la señorita Marple a mi hermana.

—¡Oh, sí! Y decía cosas terribles.

—Me temo que todas las personas jóvenes y bonitas son escogidas por los escritores de cartas anónimas —comentó la señorita Marple.

—Por eso encuentro extraño que Elsie Holland no haya recibido ninguna —dije.

—Déjame que piense —dijo la señorita Marple—. ¿Es la institutriz de los Symmington con la que soñó usted, señor Burton?

—Sí.

—Probablemente habrá recibido alguno y no lo habrá dicho —fue la opinión de mi hermana.

—No —exclamé—. Yo la creo. Y también Nash.

—Dios mío —dijo la señorita Marple—. Eso es muy interesante. Es lo más interesante que he oído hasta ahora.

Mientras regresábamos a casa, Joanna me dijo que no debiera haber repetido que Nash esperaba más anónimos.

—¿Por qué no?

—Porque la señora Calthrop podría ser la autora.

—¡No lo dirás en serio!

—No estoy segura. Es una mujer extraña.

Y volvimos a discutir sobre los probables sospechosos.

Dos noches más tarde regresaba de Exhampton en mi coche. Había cenado allí y era ya de noche, mucho antes de que llegara a Lymstock.

Algo le ocurría a la luz de los faros y luego de encenderlos y apagarlos varias veces tuve que apearme para ver si lograba arreglarlos. Estuve manipulando en ellos y al fin conseguí mi propósito.

La carretera estaba desierta. En Lymstock nadie salía después de anochecer, y entre las primeras casas que se presentaban a mi vista hallábase el feo edificio del Instituto Femenino. Resaltaba a la escasa luz de las estrellas y algo indescriptible me impulsó a echarle un vistazo. No sé si me había parecido ver la silueta de una figura cerca de la verja... de ser así, debió ser en forma tan vaga que mi consciente no la registró, mas me sentí repentinamente interesado por aquel lugar.

La verja estaba entreabierta y, empujándola, entré. Un camino corto y cuatro escalones daban acceso a la entrada.

Me detuve un momento indeciso. ¿Qué es lo que estaba haciendo en realidad? No lo sabía, y de pronto, cerca de mí, sentí un rumor... como el revuelo de una falda de mujer.

Volviéndome rápidamente corrí hacia la esquina del edificio por donde creí haber oído el rumor.

No pude ver a nadie. Y continué andando hasta doblar la otra esquina. Ahora me encontraba en la parte posterior de la casa, y de pronto vi, a pocos pasos de distancia, una ventana abierta.

Acercándome a ella, escuché. No se oía nada, pero tuve la certeza de que había alguien en el interior.

Mi espalda no estaba todavía para ejercicios acrobáticos, aunque me las arreglé para subirme y saltar al interior, mas por desgracia sin evitar el hacer ruido.

Quedé inmóvil escuchando, y luego avancé con las manos extendidas. Entonces oí de nuevo aquel rumor a mi derecha.

Llevaba una linterna en el bolsillo, y la encendí y en el acto una voz crispada me dijo:

—Apague eso.

Obedecí al instante porque había reconocido la voz del primer inspector Nash.

Me cogió de un brazo y me arrastró hasta una habitación que daba al pasillo. Allí, donde no había ventanas que delataran nuestra presencia al exterior, encendió una luz y me miró con más pesar que enfado.

—Tenía que haber entrado usted en este momento preciso, señor Burton.

—Lo siento — me disculpé—. Pero tuve la corazonada de que ocurría algo.

—Y probablemente acertó usted. ¿Vio a alguien?

Vacilé.

—No estoy seguro —dije despacio—. Me pareció que alguien se introducía por la verja del jardín, pero en realidad no vi a nadie. Luego oí un rumor de faldas al lado de la casa.

Nash asintió.

—Es cierto. Alguien entró en la casa antes que usted. Él... o ella... vaciló junto a la ventana y luego salió corriendo..., supongo que le oiría a usted.

Volví a disculparme.

—¿Qué es lo que piensa? —le pregunté.

—Me baso en la necesidad que tiene el autor de los anónimos de seguir escribiéndolos. Debe saber que es peligroso, pero tiene que hacerlo. Es como el ansia dominante de beber o seguir tomando drogas.

Asentí.

—Ahora bien, señor Burton. Imagino que quienquiera que sea, pretenderá que las cartas sigan siendo lo más parecidas posibles. Cortó varias páginas de ese libro y puede seguir usando las letras para formar las palabras. Pero los sobres representan una dificultad. Querrá escribirlos en la misma máquina, no puede arriesgarse a utilizar otra, o hacerlo a mano.

—¿De veras cree usted que continuará el juego? —pregunté con incredulidad.

—Sí. Y le apostaré lo que quiera, a que está llena de confianza. ¡Esas personas son vanidosas como el mismo diablo! Pues bien, supuse que quienquiera que fuese la autora vendría al Instituto después de oscurecer, para utilizar la máquina.

—La señorita Ginch —dije.

—Es posible.

—¿Todavía no lo sabe?

—No lo sé.

—¿Pero lo sospecha?

—Sí. Pero ese alguien es muy astuto, señor Burton, y conoce todos los trucos del juego.

Imaginaba parte de las redes que Nash había ido tendiendo, y tuve el convencimiento de que toda carta escrita por un sospechoso y echada al

correo o entregada a mano, era inspeccionada inmediatamente. Más tarde o más temprano, el criminal cometería un desliz..., o andaría más descuidado. Por tercera vez le pedí perdón por mi inoportuna presencia.

—Oh, bueno —dijo Nash filosóficamente—, eso ya no tiene remedio. Más suerte la próxima vez.

Salí a la noche, viendo una figura delgada junto a mi automóvil. Con sorpresa reconocí a Megan.

—¡Hola! —exclamó—. Me pareció que era su coche. ¿Qué ha estado haciendo?

—¿Qué es lo que estás haciendo tú, si puede saberse? —le dije.

—Salí a pasear. Me gusta andar de noche. Nadie te detiene para decirte cuatro tonterías, y me gustan las estrellas, todo huele mejor, y las cosas más insignificantes resultan misteriosas.

—En todo eso te doy la razón —repliqué—. Pero sólo los gatos y las brujas pasean en la oscuridad. En tu casa te echarán de menos.

—No. Nunca se preocupan de mí, ni de lo que pueda hacer.

—¿Qué tal te va? —le pregunté.

—Supongo que muy bien.

—¿Se cuida de ti la señorita Holland?

—Elsie es buena, pero no puede evitar ser tonta.

—Eres poco amable..., pero tal vez tengas razón. Sube y te acompañaré a casa.

Symmington estaba de pie en los escalones del porche cuando entramos.

—Hola, ¿viene Megan con usted? —preguntó escudriñando el coche.

—Sí —dije—. La he traído a casa.

—No debieras marcharte así, sin decirnos nada, Megan —le amonestó Symmington—. La señorita Holland ha estado muy preocupada por ti.

Megan, antes de entrar en casa, murmuró unas palabras que no entendimos.

Symmington suspiró.

—Una jovencita ya crecida es una gran responsabilidad cuando falta la madre para velar por ella. Y me parece que es demasiado mayor para seguir yendo al colegio.

Me miró con cierto recelo.

—¿Supongo que usted la habrá llevado a dar un paseo?

Y dejé que lo creyera así.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO SIETE

Al día siguiente me volví loco. Recordándolo ahora es la única explicación posible que se me ocurre.

Debía efectuar mi visita mensual a Marcus Kent... y fui en tren. Ante mi inmensa sorpresa, Joanna prefirió quedarse. Por lo general estaba ansiosa por acompañarme y siempre nos quedábamos un par de días.

Sin embargo, esta vez me propuse regresar el mismo día en el tren de la noche, pero incluso así Joanna no quiso acompañarme, limitándose a decir con aire enigmático que tenía mucho que hacer, y que para qué iba a pasarse las horas metida en un tren cuando hacía un día tan espléndido para gozar del campo.

Eso, desde luego, era una gran verdad, pero muy impropio de mi hermana.

Dijo que no deseaba el coche, de modo que pensé ir en él hasta la estación y dejarlo allí hasta mi regreso.

La estación de Lymstock se halla situada, por alguna razón conocida únicamente por las compañías ferroviarias, a más de una milla de Lymstock. En mitad de la carretera encontré a Megan que caminaba sin rumbo y la recogí.

—Hola, ¿adonde vas?

—De paseo.

—Supongo que a eso no le llamarás pasear. Ibas andando como un cangrejo despistado.

—Bueno, no me dirigía a ninguna parte en particular.

—Entonces será mejor que vengas a despedirme a la estación —Abrí la portezuela y Megan subió.

—¿A donde se marcha? —me preguntó.

—A Londres. Voy a ver a mi médico.

—No estará peor, ¿verdad?

—No, mi espalda está ya casi bien del todo. Espero que me dé pronto de alta.

Megan asintió con la cabeza.

Llegamos a la estación, y luego de aparcar el coche, compré mi billete.

Había algunas personas en el andén, pero nadie conocido.

—¿Le importaría prestarme un penique? —me preguntó Megan—. Así podría sacar una pastilla de chocolate de esa máquina.

—Aquí tienes, pequeña —le dije entregándole la moneda en cuestión—. ¿Estas segura de que no te gustaría también un poco de goma de mascar y unas pastillas para la garganta?

—Prefiero el chocolate —dijo Megan sin acusar mi sarcasmo.

Fue hasta la máquina de chocolate mientras yo la contemplaba con creciente indignación.

Llevaba los zapatos gastados, aquellas medias gruesas y una falda y un jersey deformes. No sé por qué tenía que enfadarme por aquello, pero me dolía.

—¿Por qué llevas esas medias tan horribles? —le dije irritado, cuando regresó.

Megan se las miró sorprendida.

—¿Qué tienen mis medias?

—Muchas cosas. Son horripilantes. ¿Y por qué llevas ese jersey que parece un saco de patatas?

—Está bien, ¿no? Hace años que lo tengo.

—Debí imaginármelo. ¿Y por qué...?

En aquel momento, llegó el tren interrumpiendo mi airado discurso.

Subí a un departamento de primera clase y bajando el cristal de la ventanilla me dispuse a continuar la conversación.

Megan me contemplaba con el rostro levantado hacia mí y me preguntó por qué estaba tan enfadado.

—No estoy enfadado —dije mintiendo—. Es que me disgusta verte tan dejada, sin que te preocupe tu aspecto.

—Yo no soy bonita, de manera que, ¿por qué he de preocuparme?

—¡Basta! —exclamé—. Me gustaría verte vestida como es debido. Quisiera llevarte a Londres y cambiarte de pies a cabeza.

—Ojalá pudiera usted hacerlo —dijo Megan.

El tren empezó a moverse y yo miré el rostro de Megan alzado hacia mí.

Y entonces, como ya he dicho, me volví loco.

Abrí la portezuela y agarrando a Megan por un brazo, la introduje de un tirón en el departamento.

Se oyó el grito de un mozo de estación, pero lo único que pudo hacer fue cerrar la portezuela de un golpe. Yo me apresuré a levantar a Megan del

suelo donde mi impetuoso arrebato la había hecho aterrizar.

—¿Por qué ha hecho eso? —preguntó frotándose una rodilla.

—Cállate —le dije—. Tú vienes a Londres y cuando haya terminado contigo ni tú misma te reconocerás. Te demostraré lo que podrías ser si quisieras. Estoy cansado de verte hecha una zarrapastrosa.

—¡Oh! —exclamó Megan extasiada.

Cuando vino el revisor compré un billete para Megan, que permaneció sentada en un rincón del departamento, mirándome con respeto.

—Es usted muy impulsivo —dijo cuando se hubo marchado el empleado.

—Mucho —repuse—. Es cosa de familia.

¿Cómo explicar a Megan lo que había pasado por mí?... Me pareció un perro ansioso al que abandonan, y ahora resplandecía en su rostro el incrédulo placer del perrito al que al fin se le permite acompañarnos.

—Supongo que no conocerás Londres muy bien —dije.

—Sí, lo conozco —replicó Megan—. Iba allí al colegio, y me llevaban al dentista y una vez fui a ver una función de teatro.

—Éste será un Londres muy distinto —le dije con voz grave.

Llegamos media hora antes de mi cita en la calle Harley.

Tomamos un taxi, y fuimos directamente a Mirotin, la modista de Joanna. Mirotin es, en carne y hueso, una mujer de unos cuarenta y cinco años, sin prejuicios ni amiga de los chismes, llamada Mary Grey, que siempre me gustó.

Le dije a Megan:

—Eres mi prima.

—¿Por qué?

—No discutas.

Mary Grey estaba atendiendo a una cliente robusta que se había enamorado de un vestido de noche azul muy ceñido, a la que intentaba disuadir, y me la llevé aparte.

—Escuche —le dije—. Le he traído a mi primita que vive en el campo. Joanna pensaba venir, pero a última hora no ha podido, aunque me dijo que podía dejarlo todo en sus manos. ¿Se da cuenta del aspecto que tiene ahora?

—¡Ya lo creo! —exclamó Grey, con expresión de pesar.

—Bien, pues quiero que la transforme de pies a cabeza. Le doy *carte blanche.* Medias, zapatos, ropa interior, ¡todo! A propósito, el peluquero de

Joanna está por aquí, ¿verdad?

—¿Antoine? En la esquina. También cuidaré de eso.

—Es usted una mujer entre mil.

—Oh, será divertido..., aparte del dinero..., cosa que no es de despreciar en estos días..., la mitad de mis clientes nunca pagan sus cuentas. Pero como le digo, me divertiré —Dirigió una mirada profesional a Megan, que estaba un poco más alejada—. Tiene una bonita figura.

—Debe usted tener ojos de rayos X —le dije—. A mí me parece una masa informe.

Mary Green echóse a reír.

—Son esos colegios —me dijo—. Parecen tener a gala que las jovencitas tengan un aspecto insignificante. Dicen que así son más dulces y naturales, pero algunas veces se necesita toda una temporada para lograr que una de esas jovencitas parezca un ser humano. No se preocupe y déjelo en mis manos.

—De acuerdo —repliqué—. Volveré a buscarla a eso de las seis.

Marcus Kent estuvo muy satisfecho con mi aspecto y me dijo que había superado sus mejores esperanzas.

—Debe usted tener la constitución de un elefante para haberse recuperado tan pronto. Oh, claro que ese maravilloso aire del campo y el no tener excitaciones son muy convenientes para el hombre que se someta a ello.

—Estoy de acuerdo con usted en las dos primeras cosas —le dije—, pero no crea que en el campo se está libre de excitaciones. En Lymstock tenemos muchísimas.

—¿Qué clase de excitaciones?

—Un crimen.

Marcus Kent lanzó un silbido.

—¿Alguna tragedia bucólica de amor? ¿El campesino que mata a su amada?

—Nada de eso. Tenemos un asesino lunático.

—¡No he leído nada de eso! ¿Cuándo le detuvieron?

—¡No le han detenido y se trata de una mujer!

—¡Diantre! No estoy muy seguro de que Lymstock sea el lugar más conveniente para usted, amigo mío.

—Sí, lo es —repliqué con firmeza—. Y usted no podrá sacarme de allí.

Marcus Kent tenía una mentalidad muy especial y dijo en el acto:

—¡Vaya! ¿Encontró usted su rubia?

—Nada de eso —dije, sintiéndome culpable al recordar a Elsie Holland —. Únicamente que la psicología del crimen me interesa muchísimo.

—Oh, está bien. Desde luego, hasta ahora no le ha hecho ningún mal, pero debe asegurarse de que esa asesina lunática no le haga *desaparecer.*

—No hay miedo.

—¿Qué le parece si cenáramos juntos esta noche? Así podrá contarme todo lo referente a esa asesina revolucionaria.

—Lo siento. Tengo un compromiso.

—Una cita con una dama..., ¡eh! Sí, está usted definitivamente en vías de recuperación.

—Supongo que puede considerarlo así —Y me sobresalté al pensar en Megan.

Llegué a Mirotin a las seis, hora del cierre oficial del establecimiento, y Mary Grey salió a recibirme al pie de la escalera del salón de exhibiciones llevándose un dedo a los labios.

—¡Va a llevarse una sorpresa! Tengo que decir en mi favor que mi trabajo me ha costado.

Penetré en el gran salón de exhibiciones donde Megan se estaba contemplando delante de un espejo. Les doy mi palabra de que apenas pude reconocerla. Y por un momento me quedé sin respiración. Parecía un sauce alto y esbelto, y sus tobillos y pies quedaban delicadamente realzados por las medias de seda y los zapatos de buen corte. Sí, tenía unas manos y unos pies adorables: huesos menudos... y calidad y distinción en todas sus líneas. Llevaba el cabello ondulado y modelando su cabecita, y resplandeciendo como la madera de castaño. Habían tenido el buen gusto de no retocar su rostro. No iba maquillado o, en caso contrario, con tal delicadeza y discreción que no lo parecía. Sus labios no necesitaban carmín.

Además había algo en ella que no viera antes: un aire de orgullo inocente en la curva de su cuello cuando me miró con una sonrisa tímida.

—Parezco... casi bonita, ¿no? —me dijo.

—¿Bonita? —exclamé—. ¡Bonita no es la palabra! Vámonos a cenar y si hay algún hombre que no se vuelva a mirarte, quedaré sorprendido. Harás que todas las damas queden ridículas a tu lado.

Megan no era hermosa, pero tenía un atractivo poco corriente y personalidad. Cuando avanzó delante de mí para entrar en el restaurante y el *maitre* se apresuró a atendernos, sentí el orgullo tonto que experimenta todo hombre al ir acompañado de una mujer excepcional.

Tomamos unos combinados y luego cenamos. Más tarde estuvimos bailando. Megan deseaba bailar y yo no quise decepcionarla, aunque por alguna razón desconocida había imaginado que no sabría. Pero bailaba muy bien. La sentí ligera entre mis brazos y su cuerpo y sus pies seguían perfectamente el compás.

—¡Cielos! —exclamé—. ¡Si sabes bailar!

Me miró un tanto sorprendida.

—Pues claro que sé bailar. En el colegio teníamos clase de baile todas las semanas.

—Se necesita algo más que haber tomado clases para ser una buena bailarina —le dije.

Regresamos a nuestra mesa.

—¿No encuentra deliciosa la comida? ¡Y todo! —dijo exhalando un suspiro de satisfacción.

—Es exactamente lo que pienso —le contesté.

Fue una noche de delirio. Seguía estando loco, y Megan me volvió a la realidad, al decirme pensativa:

—¿No debiéramos regresar ya a casa?

Me quedé boquiabierto. Sí, definitivamente estaba loco. ¡Lo había olvidado todo! Me encontraba en un mundo alejado de la realidad en compañía de la criatura tan fácilmente creada por mí.

—¡Cielo santo! —exclamé al darme cuenta de que habíamos perdido el último tren—. Quédate aquí —le dije—. Voy a telefonear.

Telefoneé a la casa Llewenllyn de autos de alquiler y ordené que me enviaran el automóvil más rápido que tuvieran y lo más pronto posible.

Luego volví junto a Megan.

—Ya ha salido el último tren —le dije—. De modo que regresamos en coche.

—¿Sí? ¡Qué divertido!

Qué niña era, pensé. Se contentaba con todo, sin hacer preguntas..., aceptando todas mis sugerencias sin la menor discusión.

Llegó el automóvil, que era grande y rápido, mas a pesar de todo llegamos a Lymstock bastante tarde, a una hora de veras abusiva.

—¡Deben haber enviado patrullas de salvamento en tu busca! —le dije, presa de remordimiento.

Pero Megan parecía muy tranquila.

—Oh, no lo creo —dijo distraída—.Muchas veces me marcho y no vuelvo a casa para comer.

—Sí, pequeña, pero es que hoy tampoco has vuelto para cenar.

Sin embargo, la buena suerte de Megan iba en aumento. La casa estaba oscura y silenciosa, y siguiendo su consejo dimos la vuelta para ir a la parte posterior y arrojamos piedras a la ventana de Rosa.

A su debido tiempo la cocinera se asomó, y entre exclamaciones de sorpresa y palpitaciones, bajó a abrirnos la puerta.

—Vamos, y yo diciendo que estabas ya acostada. El señor y la señorita Holland... —pegó un respingo al pronunciar el nombre de la institutriz— cenaron temprano y salieron de paseo en el coche. Yo dije que cuidaría de los niños, y cuando estaba en el cuarto de los pequeños tranquilizando a Colin me pareció oírte entrar, pero cuando bajé no te vi y pensé que te habrías acostado. Y eso es lo que dije cuando el señor me preguntó por ti.

Corté la conversación diciendo que ya era hora de que Megan se acostase.

—Buenas noches —me dijo Megan—, y *muchísimas* gracias. Ha sido el día más maravilloso de mi vida.

Me dirigí a mi casa algo más tranquilo y luego de ofrecerle una cama al chófer le di una espléndida propina. Prefirió volverse a Londres.

La puerta del recibidor se había abierto mientras le despedía y cuando se hubo marchado se abrió de par en par y Joanna me dijo:

—¿Eres tú por fin?

—¿Estabas preocupada por mí? —le pregunté entrando en la casa. Joanna fue hasta el salón y yo la seguí. Había una cafetera preparada

y Joanna se sirvió una taza de café, mientras yo preferí tomar un whisky con sifón.

—¿Preocupada por ti? No, claro que no. Creí que habrías decidido quedarte en la ciudad y echar una cana al aire.

—Pues eso he hecho yo... en cierto modo.

Sonreí y luego no pude contener la risa.

Joanna me preguntó de qué me reía y entonces se lo expliqué.

—¡Pero Jerry, debes haberte vuelto loco... loco de remate!

—Supongo que sí.

—Pero, querido hermano, no puedes hacer esas cosas... y menos en un sitio como éste. Mañana lo sabrá todo Lymstock.

—Me lo figuro, pero al fin y al cabo Megan es sólo una chiquilla.

—No lo es. Tiene veinte años, y no puedes llevarte a una joven de veinte años a Londres y comprarle ropa sin que se arme un escándalo. Dios nos asista, Jerry; probablemente tendrás que casarte con ella.

Joanna lo dijo medio en broma, medio en serio.

Y fue en aquel preciso momento cuando hice un descubrimiento muy importante.

—Maldita sea —exclamé—. No me importaría tener que hacerlo... en realidad... me gustaría.

En el rostro de mi hermana apareció una expresión extraña, y poniéndose en pie dijo secamente mientras se dirigía a la puerta:

—Sí, ya hace tiempo que lo vengo sospechando...

Y me dejó con el vaso en la mano y asombrado por mi nuevo descubrimiento.

No sé cuál será la reacción normal de un hombre que se dispone a pedir a una muchacha en matrimonio.

En las novelas se le seca la garganta, le aprieta el cuello de la camisa y está en un deplorable estado de nervios.

Yo no me sentía así. Una vez resuelto a ello, deseaba ponerlo en práctica cuanto antes, y no veía la necesidad de violentarme.

A eso de las once fui a casa de los Symmington. Hice sonar el timbre y cuando Rosa me abrió la puerta le pregunté por la señorita Megan.

Y fue la mirada de Rosa lo primero que me hizo sentirme algo tímido.

Me introduje en el saloncito de estar, y mientras esperaba, deseé ardientemente que no hubieran reñido a Megan.

Cuando al fin se abrió la puerta me tranquilicé instantáneamente. Megan no parecía ni tímida ni disgustada. Sus cabellos seguían lustrosos, y continuaba teniendo aquel aire de orgullo adquirido el día anterior. Había vuelto a ponerse sus ropas viejas, aunque ahora tenían un aspecto distinto. Es maravilloso lo que puede en una jovencita el saberse atractiva. De pronto me di cuenta de que Megan había crecido.

Supongo que en realidad debía estar bastante nervioso, o de lo contrario no hubiera iniciado la conversación exclamando en tono cariñoso:

—¡Hola carita de gato! —cosa que, dadas las circunstancias, no resultaba muy apropiada.

Pero pareció agradar a Megan, que, sonriendo, me dijo:

—¡Hola!

—Escucha —le dije—. No te riñeron por lo de ayer.

—¡Oh, no! —replicó, pero luego, parpadeando, dijo con voz insegura—: Sí, creo que sí. Quiero decir que dijeron un montón de cosas y les pareció muy extraño..., pero ya sabe cómo es la gente y el alboroto que arman por nada.

Me alivió ver que la reprimenda había resbalado sobre Megan como el agua por las plumas de un pato.

—He venido a verte porque deseo hacerte una proposición —le dije—. Me gustas mucho y creo que yo también te soy simpático...

—Muchísimo —dijo Megan con un furor inquietante.

—Y como lo pasamos tan bien juntos he pensado que sería una buena idea que nos casáramos.

—¡Oh! —exclamó Megan.

Pareció sorprendida. Sólo eso. Ni emocionada, ni extrañada. Un poco sorprendida... y nada más.

—¿Quiere decir que desea casarse conmigo? —me preguntó como para dejar la cosa bien clara.

—Más que todo lo del mundo —repliqué... sintiéndolo.

—¿Quiere decir... que está enamorado de mí?

—Estoy enamorado de ti.

Sus ojos se fijaron en los míos firmes y graves.

—Es lo mejor del mundo..., pero no estoy enamorada.

—Yo haré que me quieras.

—Sería inútil. No quiero que me *obligue* a quererle —hizo una pausa y luego agregó muy seria—: No soy de la clase de esposa que le conviene. Sirvo más para odiar que para querer.

Y lo dijo con extraño apasionamiento.

—El odio no perdura —le contesté—. El amor, sí.

—¿Es cierto?

—Es lo que yo creo.

Hubo otro silencio y al fin pregunté:

—¿Entonces tu respuesta es «no»?

—Sí, es «no».

—¿Y no me das siquiera una esperanza?

—¿Para qué?

—Para nada —convine—. En realidad es una tontería el preguntarlo, porque seguiré esperando tanto si quieres, como si no.

Bueno, eso fue todo.

Me alejé de la casa ligeramente aturdido, pero consciente de la mirada de Rosa, llena de apasionado interés.

Rosa se despachó a su gusto antes de que yo lograra escapar.

¡Que no se había vuelto a sentir bien desde aquel aciago día! ¡Que no se hubiera quedado de no haber sido por los niños y la pena que le daba el señor Symmington! ¡Que no pensaba quedarse a menos que pusieran en seguida otra camarera... y no iba a resultar fácil después del crimen! Y que la señorita Holland se había portado muy bien ofreciéndose a ayudarla en la casa entretanto.

Era muy dulce y servicial... ¡oh, sí, pero aspiraba a convertirse en la dueña de la casa algún día! El señor Symmington, pobre, nunca veía nada..., pero ya se sabe lo que son los viudos, criaturas indefensas dispuestos a caer en manos de cualquier mujer calculadora... ¡y si la señorita Holland no se calzaba al fin los zapatos de su amor, no sería por falta de intentarlo!

Asentí automáticamente a todo, deseando marcharme y sin poder hacerlo, ya que Rosa tenía mi sombrero en sus manos y no me lo entregó hasta haber terminado su discurso.

Me preguntaba si habría algo de verdad en sus palabras. ¿Acaso Elsie Holland habría vislumbrado la posibilidad de convertirse en la segunda esposa de Symmington? ¿O era simplemente una joven decente y de buen corazón que hacía lo posible por levantar aquella casa desolada?

El resultado probablemente sería el mismo en ambos casos. ¿Y por qué no? Los niños de Symmington necesitaban una madre... Elsie era una chica decente... además de endiabladamente bonita... detalle que los hombres saben apreciar... aunque sean tan atontados como Symmington.

Sé que pensaba todo esto para tratar de alejar a Megan de mi pensamiento.

Ustedes pueden decir que había ido a pedir a Megan que se casara conmigo completamente convencido de mi éxito y que me merecía el resultado... pero no era eso en realidad. Estaba tan seguro, tan cierto, de que Megan me pertenecía..., que era cosa mía, que me correspondía cuidarla y hacerla feliz, y que el apartarla de todo mal era un derecho natural de mi vida..., que había esperado que ella también hubiera comprendido..., que ella y yo... nos pertenecíamos mutuamente.

Pero no pensaba darme por vencido. ¡Oh, no! Megan era mi compañera y tenía que conseguirla.

Tras un momento de reflexión me fui a la oficina de Symmington. Megan tal vez no prestara atención al modo de comportarse, pero yo quería hacer bien las cosas.

El señor Symmington no estaba ocupado en aquel momento y me hicieron pasar a su despacho.

Por la expresión de su rostro y la tirantez de su saludo me imaginé que no llegaba en un buen momento.

—Buenos días —le dije—. Vengo a verle como amigo personal, no como cliente. Le hablaré sin rodeos. Me atrevo a asegurar que se ha dado usted cuenta de que estoy enamorado de Megan. Le he pedido que se case conmigo y me ha rechazado, pero no pienso considerar su respuesta como definitiva.

Vi que la expresión de Symmington variaba y pude leer en su pensamiento con asombrosa facilidad. Megan era un elemento perturbador en su casa. Pero estaba convencido de que era un hombre justo y amable, que nunca hubiera dejado sin casa a la hija de su esposa. Pero si se casaba conmigo representaría un gran alivio. Su frialdad se ablandó y me dedicó una sonrisa prudente.

—Con franqueza, señor Burton, no tenía la menor idea de todo esto. Sé que se ha preocupado mucho por ella, pero nosotros la hemos considerado siempre una niña.

—Ya no lo es —repliqué brevemente.

—No, no por sus años.

—Y representará la edad que tiene en cuanto se lo permitan —dije ligeramente irritado—. No es mayor de edad, lo sé, pero lo será dentro de un par de meses. Le daré todos los informes míos que desee. Gozo de buena

posición económica y llevo una vida decente. Cuidaré de ella y procuraré hacerla feliz.

—Bien... bien. No obstante, eso debe decidirlo Megan.

—Ya la convenceré a su debido tiempo —le dije—. Pero he pensado que usted debía conocer mis intenciones.

Vi que lo apreciaba y nos separamos amigablemente.

En la calle tropecé con la señorita Emily Barton, que llevaba la cesta de la compra colgada del brazo.

—Buenos días, señor Burton. He oído decir que ayer fue usted a Londres.

—Sí, ha oído usted bien.

Me pareció que sus ojos estaban también llenos de curiosidad.

—Fui a ver a mi médico —le expliqué.

La señorita Emily sonrió.

Y esa sonrisa decía muy poco en favor de Marcus Kent.

—He oído decir que Megan casi pierde el tren —murmuró—. Y que lo cogió cuando ya arrancaba.

—Ayudada por mí —repliqué—. La subí en volandas.

—Qué suerte que estuviera usted allí. De lo contrario hubiera podido ocurrir un accidente.

¡Es extraordinario lo tonto que puede hacerle sentirse a uno una anciana entrometida!

Me salvó la llegada de la señora Calthrop, que, aunque tenía muchos de los inconvenientes de las ancianas solteronas, por lo menos no se andaba con indirectas.

—Buenos días —me dijo—. He oído decir que ha conseguido que Megan se compre ropa decente. Es usted muy sensato. Se necesita ser hombre para tener sentido práctico. Hace tiempo que me preocupaba esa muchacha... las que son inteligentes corren el peligro de volverse introvertidas, ¿no le parece?

Y con semejante declaración se metió en la pescadería.

La señorita Barton, que seguía a mi lado, parpadeando dijo:

—La señora Calthrop es una mujer muy notable y casi siempre tiene razón.

—Me resulta alarmante —dije.

—La sinceridad produce ese efecto —me contestó la señorita Barton.

La esposa del pastor volvió a salir de la pescadería, reuniéndose con nosotros. Traía una gran langosta encarnada y muy apetitosa.

—¿Han visto ustedes algo más distinto del señor Pye? —exclamó—. Es un ejemplar hermoso y varonil, ¿no les parece?

Sentía cierto nerviosismo al pensar en mi encuentro con Joanna, pero cuando llegué a casa descubrí que no necesitaba haberme preocupado. Había salido y no vino a comer. Esto contrarió a Partridge en gran manera, la cual, al servir las dos chuletas, me dijo:

—La señorita Burton me aseguró que *vendría* a comer.

Yo me comí las dos raciones para tratar de remediar el olvido de Joanna, preguntándome al mismo tiempo dónde estaría. Últimamente se había vuelto muy misteriosa en cuanto a sus andanzas.

Eran más de las tres y media cuando Joanna apareció en el salón. Había oído detenerse un coche ante la puerta, y casi esperaba ver a Griffith, pero Joanna iba sola y el automóvil se alejó.

Traía el rostro sonrosado y parecía inquieta. Comprendí que algo había ocurrido.

—¿Qué sucede? —le pregunté.

Joanna abrió la boca, volvió a cerrarla, suspiró y dejándose caer en una butaca fijó su mirada en la lejanía.

—He tenido un día terrible —dijo al fin.

—¿Qué ha ocurrido?

—He hecho las cosas más increíbles. Fue espantoso...

—Pero, ¿qué...?

—Acababa de salir a dar un paseo, un paseo corriente... Subí a la colina y estuve andando millas y millas..., por lo menos me pareció. Luego bajé a un valle. Había una granja... en un lugar solitario... tenía sed y me pregunté si tendrían un poco de leche o alguna cosa para beber. Entré en el patio y cuando se abrió la puerta fue Owen quien salió.

—¿Sí?

—Creyó que sería la enfermera del distrito, pues la mujer del granjero estaba dando a luz. Él aguardaba a la enfermera, a la que había enviado en busca de otro médico. Creo que... que la cosa no iba del todo bien.

—¿Sí?

—Y me dijo... a *mí:* «Vamos, usted me ayudará... mejor es usted que nadie». Le contesté que no podía hacer una cosa así, que no sabía nada...

»Me preguntó qué diablos importaba eso y se puso furioso. Me gritó: «Es usted una mujer, ¿no es cierto? Supongo que puede hacer lo posible por ayudar a otra mujer». Y luego continuó diciendo que yo había hablado como si me interesara la medicina y que dije que me gustaría ser enfermera. «¡Supongo que no eran más que palabras! —exclamó—. ¡Y no lo sentía realmente, pero esto es real y va usted a portarse como un ser humano y no como una figura de adorno sin ninguna utilidad!»

»Hice las cosas más increíbles, Jerry. Entregarle el instrumental, hervirlo, ayudarle... Estoy tan cansada que apenas puedo tenerme en pie. Fue espantoso. Pero él la salvó... a ella y al niño. Al principio dudaba de poder salvarla. ¡Oh, Dios mío!

Joanna se cubrió el rostro con las manos.

Yo la contemplé con cierto placer y mentalmente me descubrí ante Owen Griffith. Por una vez había hecho que Joanna se enfrentara con la realidad.

—Hay una carta para ti en el recibidor —le dije—. Creo que es de Paul.

—¿Eh? —hizo una pausa y luego agregó—: Jerry, no tenía idea de lo que los médicos tienen que hacer. ¡La serenidad que se necesita!

Salí al recibidor y le traje la carta. Luego de abrirla y leer su contenido la dejó caer al suelo.

—Estuvo... realmente maravilloso. Cómo luchaba... ¡no podía fracasar! Estuvo rudo y brutal *conmigo*..., pero es maravilloso.

Observé con satisfacción que había olvidado la carta. Evidentemente Joanna ya estaba curada de Paul.

Las cosas nunca ocurren cuando se esperan.

Estaba absorto en mis asuntos personales y en los de Joanna, cuando a la mañana siguiente me sorprendió la voz de Nash diciéndome por teléfono:

—¡*Ya la tenemos,* señor Burton!

Quedé tan sorprendido que casi dejo caer el aparato.

—¿Se refiere a...?

Me interrumpió.

—¿Le pueden oír desde donde habla?

—No, no creo... bueno, quizá...

Me pareció que la puerta de la cocina se había entreabierto un poco.

—¿Le importa venir a la comisaría?

—No. Iré en seguida.

Llegué al puesto de policía sin pérdida de tiempo. Nash y el sargento Parkins hallábanse en una habitación interior.

—Ha sido una persecución larga —dijo Nash muy sonriente—. Pero al fin lo conseguimos —me alargó una carta por encima de la mesa.

Esta vez había sido escrita a máquina y decía poco más o menos:

Es inútil que pretenda ocupar el lugar de la muerta. Todo el pueblo se está riendo de usted. Márchese ahora. Luego será demasiado tarde. Esto es un aviso. Recuerde lo que le ocurrió a la otra chica. Márchese y no se meta en esto.

Y terminaba con algunas frases groseras.

—La recibió la señorita Holland esta mañana —dijo Nash.

—Nos pareció extraño que no hubiera recibido ninguna hasta ahora —comentó el sargento Parkins.

—¿Quién la escribió? —pregunté.

Parte de la alegría huyó del rostro de Nash, quien dijo en tono grave:

—Lo siento porque esto va a dolerle a un hombre decente, pero ahí tiene. Tal vez él ya tenga sus sospechas.

—¿Quién la escribió? —insistí.

—La señorita Aimée Griffith.

Nash y Parkins fueron a casa de los Griffith aquella misma tarde con una orden de detención.

Nash me había rogado que les acompañara.

—El doctor —me dijo— le aprecia mucho, y no tiene muchos amigos. Creo, señor Burton, que si no le resulta demasiado molesto venir con nosotros usted podría ayudarle a soportar el golpe.

Les dije que iría con ellos. No me agradaba mi cometido, pero consideré que tal vez pudiera hacer algún bien.

Cuando preguntamos por la señorita Griffith nos hicieron pasar al salón. Elsie Holland, Megan y Symmington estaban tomando el té.

Nash estuvo muy circunspecto.

Preguntó a Aimée si podía hablarle en privado, y ella se levantó con un ligero temor en su mirada, o por lo menos ésa fue mi impresión, ya que al momento volvió a mostrarse normal y animosa.

—¿Desea hablar conmigo? Espero no haberme equivocado al encender los faros de mi coche...

Y nos condujo a un despachito que había al otro lado del vestíbulo.

Cuando cerramos la puerta del salón vi que Symmington nos miraba con sobresalto. Imagino que por su profesión habría estado en contacto con algunos casos policíacos, y por lo tanto reconoció la actitud de Nash. Casi se levantó para seguirnos.

Esto es todo lo que vi antes de cerrar la puerta y seguir a los otros.

Nash estuvo muy correcto. Le dijo que debía acompañarle... que traía una orden de detención y le leyó los cargos contra ella.

He olvidado cuáles eran exactamente los términos legales, pero se le acusaba únicamente de haber escrito las cartas, no del crimen. Aimée Griffith, echando la cabeza hacia atrás, rompió a reír.

—¡Pero eso es ridículo! Pensar que yo haya podido escribir una serie de indecencias como ésas. Deben de estar locos. Yo no he escrito ni una sola palabra.

Nash sacó la carta que había recibido Elsie Holland y dijo:

—¿Niega usted haber escrito esto, señorita Griffith?

Si vaciló, fue un segundo.

—Claro que lo niego. No la había visto nunca.

Nash no se alteró.

—Debo decirle, señorita Griffith, que la noche antepasada, entre las once y once y media, fue usted vista escribiendo esta carta en el Instituto Femenino. Anoche entró usted en la oficina de Correos con un montón de cartas en la mano...

—Yo no eché esa carta al correo.

—No, *usted no.* Mientras esperaba que le pegaran los sellos la dejó caer al suelo para que alguien, sin sospechar nada, la cogiera y echara al buzón.

—Yo nunca...

Se abrió la puerta, dando paso a Symmington, que dijo en tono crispado:

—¿Qué es lo que ocurre? Aimée, si ha habido algún error, debieras buscar quien te represente legalmente. Si quieres que yo te...

Entonces ella, cubriéndose el rostro con las manos, gimió.

—Márchate, Dick, márchate. ¡Tú no! *¡Tú no!*

—Necesitas un abogado, pequeña.

—Pero tú no... no podría soportarlo. No quiero que te enteres de... todo esto.

Es posible que entonces comprendiera, porque dijo con calma:

—Avisaré a Milday de Exhampton. ¿Te parece bien?

Ella asintió entre sollozos.

Symmington salió de la estancia y en la puerta tropezó con Owen Griffith.

—¿Qué es esto? —preguntó Owen con violencia—. Mi hermana...

—Lo siento, doctor Griffith. Lo siento muchísimo, pero no tengo otra alternativa.

—¿Usted cree que... ella es la responsable de esas cartas?

—Me temo que no cabe la menor duda, señor —dijo Nash. Se volvió a Aimée—. Ahora debe venir con nosotros, señorita Griffith... tendrá toda suerte de facilidades para encargar el asunto a un abogado...

Owen exclamó:

—¡Aimée!

Ella pasó junto a él sin mirarle.

—No me hables —dijo—. No digas nada. ¡Y por amor de Dios, no me mires!

Salieron y Owen permaneció en pie como un sonámbulo. Aguardé un poco y al fin me acerqué a él.

—Si puedo hacer algo por usted, Griffith, dígamelo.

—¿Aimée? No lo creo.

—Puede que haya algún error —sugerí sin gran convencimiento.

—Si fuera culpable no lo habría tomado así —dijo despacio.

Se desplomó en una silla, y yo me apresuré a servirle un whisky, que bebió de un solo trago y le animó.

—Ahora estoy bien —me dijo—. Al principio no podía creerlo. Gracias, Burton, pero usted no puede hacer nada. Nadie puede hacer nada.

Se abrió la puerta y entró mi hermana con el rostro muy pálido. Cuando estuvo junto a Owen me miró.

—Vete, Jerry —me dijo—. Esto es cosa mía.

Al salir vi que se arrodillaba junto a su silla.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO OCHO

No puedo relatar coherentemente los acontecimientos de las veinticuatro horas siguientes.

Recuerdo que Joanna regresó a casa muy pálida y afligida, y cuando traté de animarla diciéndole:

—¿Y ahora quién es el ángel de la guarda?

Me respondió sonriendo tristemente:

—Dice que no se casará conmigo, Jerry. ¡Es muy orgulloso y altanero!

—Megan tampoco me quiere —le contesté.

Permanecimos en silencio unos instantes y Joanna dijo al fin:

—¡Los Burton no tienen gran demanda en estos momentos!

—No importa, querida, nos tenemos el uno al otro —le dije.

—¿Sabes, Jerry? Eso no me consuela gran cosa ahora...

Owen vino al día siguiente y me estuvo hablando magníficamente de Joanna. ¡Era maravillosa, maravillosa! Que había acudido a su lado dispuesta a casarse con él... en seguida, si él quería, pero no iba a consentir que lo hiciera. No, Joanna era demasiado buena, demasiado refinada para tener nada que ver con el lodo que le mancharía en cuanto los periódicos publicaran la noticia.

Apreciaba a Joanna y sabía que era de las que soportaban los contratiempos, pero a mí me molestó tanta palabrería, y le dije irritado que no fuera tan noble.

Me fui a la calle Alta, donde nadie daba descanso a la lengua. Emily Barton decía que ella nunca había tenido confianza en Aimée Griffith, y la mujer del tendero que siempre le había parecido ver una mirada extraña en los ojos de la señorita Griffith...

Habían completado los cargos contra Aimée, según me enteré por Nash. Un registro de su casa descubrió las páginas cortadas del libro de la señorita Emily... en el armario de debajo de la escalera y envueltas en un rollo de papel de empapelar.

—Buen escondite —dijo Nash—. Nunca se sabe si una criada curiosa abrirá este cajón o el otro aunque estén cerrados con llave..., pero esos armarios llenos de pelotas de tenis, rollos de papel y cachivaches no se abren nunca como no sea para meter más cosas.

—Esa señorita parece tener una predilección especial por ese escondite —comenté.

—Sí. La mentalidad de un criminal no tiene gran variedad. A propósito, hablando de la muerta, tenemos un nuevo factor en qué basarnos: falta la mano de un almirez muy pesado del dispensario del doctor, y apuesto a que la golpearon con eso.

—Es una cosa bastante difícil de esconder —objeté.

—No para la señorita Griffith. Aquella tarde iba a la reunión de exploradores, pero de paso pensaba llevar flores y verduras al puesto de la Cruz Roja, y por ello llevaba consigo una gran cesta.

—¿Encontraron la broqueta?

—No. La pobrecilla puede que esté loca, pero no lo bastante como para conservar un hierro manchado de sangre que nos facilitaría las cosas, pues todo lo que necesitaba hacer era lavarlo y volverlo a colocar en el cajón del armario de la cocina.

—Supongo —concedí—, que no puede usted encontrarlo todo.

En la casa del pastor fueron los últimos en enterarse de la noticia. La señorita Marple tuvo un gran disgusto y me habló de ello con gran pesar.

—No es *cierto,* señor Burton. Estoy segura de que no es verdad.

—Me temo que es bien cierto. Ya sabe que estaban vigilando y la *vieron* escribir esa carta.

—Sí... sí, tal vez la vieran. Sí, eso lo comprendo.

—Y las páginas impresas con que componían las cartas fueron encontradas escondidas en su casa.

La señorita Marple me miró más estupefacta y dijo en voz muy baja:

—Pero eso es horrible... realmente *perverso.*

La señora Calthrop vino a reunirse con nosotros y dijo:

—¿Qué ocurre, Jane?

La señorita Marple murmuraba:

—¡Oh, Dios mío, Dios mío! ¿Qué puede hacer una?

—¿Qué es lo que te preocupa, Jane?

—Tiene que haber algo —replicó la anciana—. Pero yo soy tan vieja, ignorante y tan tonta...

Me sentí bastante violento y me alegré de que la señora Calthrop se llevara a su amiga.

Sin embargo, aquella tarde volví a ver a la señorita Marple cuando iba de regreso a casa.

Estaba de pie junto al puentecito del final del pueblo, cerca de la casa de la señora Cleat, hablando con Megan precisamente.

Yo deseaba ver a Megan. Había esperado verla durante todo el día y apresuré el paso, mas en cuanto me vio, dio media vuelta y se alejó en dirección contraria.

Eso me puso furioso y la hubiera seguido de no haberme interceptado el paso la señorita Marple.

—Quiero hablar con usted —me dijo—. No, no vaya ahora detrás de Megan. No sería aconsejable.

Iba a contestarle de mala manera cuando me desarmó diciendo:

—Esa jovencita tiene un gran valor... un valor francamente enorme.

Yo seguía queriendo marchar en pos de Megan, pero la señorita Marple continuó:

—No intenté verla ahora. Sé lo que me digo. Debe conservar intacto su valor.

Hubo algo en las palabras de la anciana que me inquietó... como si ella supiera algo que yo ignoraba.

Tenía miedo sin saber por qué.

No volví a casa, sino que regresando a la calle Alta comencé a pasear como un autómata. Ignoro lo que esperaba, o lo que iba pensando...

Me detuvo el coronel Appleby... aquel hombre tan pesado, y después de preguntarme por mi hermana, como de costumbre, continuó:

—¿Qué es eso de que la hermana de Griffith está loca de remate? ¡Dicen que ella es la autora de esos anónimos que tanto trastorno causan a todo el mundo! Al principio yo no lo creía, pero dicen que es bien cierto.

Yo le respondí afirmativamente.

—Bien, bien..., debo confesar que nuestra policía es bastante buena. Hay que darle tiempo, eso es todo, darle tiempo. Qué cosa más extraña eso de las cartas anónimas..., aunque la Griffith no es mal parecida a pesar de tener la lengua demasiado larga. Pero en esta parte del mundo no hay chicas bonitas..., excepto la institutriz de los Symmington... Vale la pena mirarla. Y además es muy simpática, y agradece cualquier cosilla que se haga por ella.

»No hace mucho me la encontré en el campo. Había ido de excursión con los niños, que corrían por allí mientras ella tejía una labor de punto... hasta que se le terminó la lana. «Bueno —le dije—, ¿quiere que la lleve a Lymstock? Tengo que ir a buscar mi bastón y no tardaré ni diez minutos en regresar.» Ella dudaba en dejar a los niños. «No les pasará nada —le aseguré—. ¿Quién va a hacerles daño? ¡No tenga miedo que nadie se los llevará!» De modo que la traje, la dejé en la mercería, luego la recogí, y eso fue todo. Y me dio las gracias con gran gentileza. Es muy agradecida. Una chica simpática.

Yo procuré librarme de él.

Y fue entonces cuando vi a la señorita Marple por tercera vez. Ahora salía de la comisaría.

¿De dónde vienen los temores? ¿Cómo toman forma? ¿Dónde se esconden antes de salir al exterior?

Y todo por una simple frase que una vez oída no pude apartar del todo de mi pensamiento:

«Lléveme de aquí... Es horrible vivir aquí... sintiéndome tan malvada...»

¿Por qué Megan había dicho eso? ¿Qué es lo que le hacía sentirse malvada?

En la muerte de la señora Symmington no podía haber nada que se relacionase con Megan.

¿Por qué se sentía malvada? ¿Por qué? ¿Por qué?

¿Podría ser que se considerase responsable en algún sentido?

¿Megan? ¡Imposible! *Megan* no podía haber tenido nada que ver con aquellas cartas... con aquellas horribles y groseras cartas.

Owen Griffith conocía un caso ocurrido en el norte... una colegiala...

¿Qué había dicho el inspector Graves?

Algo de una *mentalidad de adolescente...*

Solteras inocentes en las mesas de operaciones balbuceaban palabras que apenas sabían.

Y niños pequeños escriben ciertas cosas en las paredes...

Pero no, no, Megan no.

¿Herencia? ¿Sangre mala? ¿Algo anormal en su subconsciente? ¿Una maldición que recaía en ella a través de sus generaciones pasadas?

«No soy la esposa que le conviene. Sirvo más para odiar que para querer.»

¡Oh, mi Megan, mi pequeña! ¡Eso no! Cualquier cosa menos eso. Y esa anciana solterona te persigue... ella sospecha. Dice que tienes valor. ¿Valor para qué?

Sólo fue una pesadilla y pasó. Pero yo quería ver a Megan... lo necesitaba.

A las nueve y media de la noche salí de casa y bajé al pueblo a casa de los Symmington.

Y fue entonces cuando una idea nueva acudió a mi mente. Se me ocurrió pensar en otra mujer a quien nadie había considerado sospechosa ni por un momento. ¿Acaso Nash, sí?

Parecía imposible y hasta entonces hubiera dicho que casi imposible también. Pero no era así. No, no, imposible no.

Apresuré el paso porque ahora era aún más necesario que viera a Megan inmediatamente.

Atravesé la verja de los Symmington enfilando el camino de la casa. Era una noche muy oscura y empezaba a lloviznar. La visibilidad era escasa.

Vi un rayo de luz procedente de una de las ventanas. ¿Tal vez del pequeño saloncito de estar?

Vacilé unos instantes, y en vez de dirigirme a la puerta principal, me fui aproximando a la ventana sin hacer ruido y me oculté detrás de un gran arbusto.

La luz salía a través de las cortinas que no estaban corridas del todo, y me fue fácil ver a través de ellas.

Ante mis ojos apareció una apacible escena doméstica. Symmington hallábase sentado en un gran sillón, y Elsie Holland con la cabeza inclinada, remendaba una camisa de los niños.

Podía oír lo mismo que ver, ya que la ventana estaba entreabierta.

Elsie Holland decía:

—Pero yo creo, señor Symmington, que los niños son ya bastante mayorcitos para quedarse a toda pensión en el colegio. No es que yo no vaya a echarles de menos..., les quiero tanto a los dos.

—Creo que tiene usted razón en lo que se refiere a Brian, señorita Holland —le contestó Symmington—. Y he decidido llevarle a Winhays el próximo curso... mi antigua escuela preparatoria. Pero Colin es demasiado pequeño todavía. Prefiero que espere otro año.

—Sí, comprendo. Colin es tal vez un poco pequeño para la edad que tiene...

Una conversación doméstica... una escena encantadora..., y una cabeza dorada inclinada sobre la costura.

Entonces se abrió la puerta y entró Megan.

Se quedó muy erguida en la entrada y en el acto me di cuenta de su nerviosismo. Tenía la piel del rostro tirante y en sus ojos brillaba la decisión. Aquella noche no tenía nada de infantil.

Se dirigió a Symmington sin darle ningún título particular (De pronto me di cuenta de que nunca me había fijado. ¿Le llamaba padre, Dick, o qué?).

—Quisiera hablar contigo a solas, por favor.

Symmington pareció sorprendido y creo que un tanto contrariado. Frunció el ceño, pero Megan se salió con la suya, con una determinación desacostumbrada.

Volviéndose hacia Elsie Holland le dijo:

—¿No le importa, Elsie?

—Oh, claro que no —Elsie se apresuró a levantarse extrañada y un poco confundida.

Se dirigió a la puerta y Megan se apartó a un lado para dejarle paso.

Elsie se detuvo un momento mirando por encima de su hombro con los labios apretados, una mano extendida y con la otra sujetando contra sí su labor.

Yo contuve el aliento impresionado por su belleza.

Cuando ahora pienso en ella siempre la recuerdo así... inmóvil y con aquella perfección intachable perteneciente a la antigua Grecia.

Al fin cerró la puerta, y Symmington dijo en tono frío:

—Bien, Megan, ¿qué es lo que quieres?

Megan se había acercado a la mesa y desde allí miró a Symmington. Yo estaba sorprendido por la súbita resolución que denotaba su rostro y por algo más... una dureza nueva para mí.

Cuando abrió los labios sus palabras me sorprendieron aún más.

—Quiero dinero —dijo.

La petición no mejoró el humor de Symmington, que dijo crispado:

—¿No podías haber esperado hasta mañana por la mañana? ¿Qué ocurre, es que tu asignación no te parece suficiente?

Un hombre justo, pensé incluso entonces, abierto a la razón, aunque no a las emociones.

—Quiero una buena cantidad de dinero —dijo enérgicamente Megan.

Symmington se irguió en su sillón y dijo fríamente:

—Dentro de pocos meses serás mayor de edad, y entonces el dinero que te dejó tu abuela pasará a tus manos.

Megan dijo:

—No comprendes. Quiero que ese dinero me lo des tú —y continuó hablando más de prisa—: Nadie me ha hablado mucho de mi padre. No querían que supiera de él. Pero sé que estuvo en la cárcel y por qué. ¡Por chantajista!

Hizo una pausa.

—Bien, soy su hija, y tal vez me parezca a él. De todas maneras te pido que me des dinero porque... si no... —Se detuvo y luego fue agregando lenta y decididamente—: si no... *diré que te vi manipulando la cápsula aquel día en la habitación de mamá.*

Hubo una pausa y luego Symmington dijo con voz completamente inexpresiva:

—No sé a qué te refieres.

—Yo creo que sí lo sabes —dijo Megan con una sonrisa nada agradable.

Symmington se levantó, yendo hasta su escritorio. Sacó un librito de su bolsillo y extendió un cheque que secó cuidadosamente antes de entregárselo a Megan.

—Has crecido mucho —le dijo—. Comprendo que quieras comprarte otros trajes. No sé de qué estás hablando, ni te he prestado atención, pero aquí tienes un cheque.

Megan lo miró y luego dijo:

—Gracias. Esto me servirá de momento.

Y dando media vuelta salió de la habitación. Symmington se quedó contemplando la puerta cerrada y cuando vi su rostro no pude evitar el abalanzarme hacia delante, pero me detuvieron del modo más extraordinario. Del gran arbusto que había junto a la pared salió el primer inspector Nash, que me sujetó mientras susurraba en mi oído:

—Quieto Burton. Por lo que más quiera.

Y luego, con infinitas precauciones inició la retirada llevándome consigo.

Cuando estuvimos al otro lado de la casa se enderezó y me dijo enjugándose la frente:

—¡Naturalmente *tenía* usted que entrometerse!

—Megan no está segura —dije nervioso—. ¿Vio usted el rostro de Symmington? Tenemos que sacarla de aquí.

Nash me sujetó con fuerza por el brazo.

—Escúcheme, señor Burton, ahora tiene que *escucharme*.

Y le escuché.

No me agradaba el plan..., pero tuve que someterme.

Insistí en estar presente y juré obedecer sus órdenes sin discusión.

Así es como entré en la casa por la puerta posterior, que ya había abierto, acompañado de Nash y Parkins.

Y aguardé con Nash en el descansillo de la escalera, detrás de una cortina de terciopelo que disimulaba la ventana, hasta que el reloj de la casa dio las dos y se abrió la puerta de la habitación de Symmington y éste dirigióse al dormitorio de Megan.

No hice el menor movimiento porque sabía que el sargento Perkins estaba dentro, escondido detrás de la puerta, que era un buen hombre y que podía confiar en él. En cambio, yo no hubiera sido capaz de estarme quieto.

Y mientras esperaba allí con el corazón encogido, vi a Symmington que salía con Megan en brazos y la llevaba a la planta baja, seguido a una distancia prudencial por Nash y yo.

La llevó a la cocina y acababa de acomodarla con la cabeza encima del fogón de gas y abierto la espita, cuando Nash y yo entramos encendiendo la luz.

Y aquél fue el fin de Richard Symmington. Estaba vencido. Incluso mientras me apresuraba a levantar a Megan y a cerrar el gas le vi derrotado. Ni siquiera intentó luchar. Sabía que había jugado y perdido.

En el piso de arriba me senté junto a la cama de Megan en espera de que volviera en sí, y maldiciendo a Nash de cuando en cuando.

—¿Cómo sabe que está bien? Ha sido demasiado arriesgado.

Nash trató de consolarme.

—Sólo ha tomado un somnífero con la leche antes de acostarse. Nada más. Eso es de razón, él no podía arriesgarse a envenenarla. Por lo que a él respecta todo el asunto terminó con la detención de la señorita Griffith, y no podía permitirse ninguna muerte misteriosa. Nada de violencia, ni de

venenos. Pero si una jovencita de carácter retraído se desespera por la muerte de su madre, y al fin pone la cabeza en el fogón del gas..., pues la gente dirá que nunca fue una chica normal y que el suicidio de su madre ha terminado de trastornarle el juicio.

—Tarda mucho en volver en sí —dije observando a Megan.

—¿No oyó lo que dijo el doctor Griffith? El corazón y el pulso son normales..., dormirá hasta despertar, naturalmente. Dice que esa droga la toman muchos de sus pacientes.

Megan se movió murmurando unas palabras ininteligibles.

El primer inspector Nash, muy discreto, salió de la habitación.

—Jerry.

—Hola, cariño.

—¿Lo hice bien?

—¡Como si te hubieras dedicado a chantajista desde que naciste!

Megan cerró los ojos de nuevo y luego murmuró:

—Anoche... te escribí... por si algo... salía mal. Pero tenía demasiado sueño y no pude terminar. Está ahí.

Fui hasta el escritorio donde encontré la carta inacabada de Megan.

«Mi querido Jerry —decía.

»Estuve leyendo el soneto de Shakespeare que empieza así:

Así eres tú para mis pensamientos, como el alimento para vivir o como para la tierra, la dulce lluvia de abril.

y veo que al fin y al cabo estoy enamorada de ti, porque eso es lo que siento.»

—Ya ve que estuve acertada al llamar a un perito —me dijo la señora Calthrop.

La miré fijamente. Nos encontrábamos en su casa mientras la lluvia caía mansamente en el exterior y un alegre fuego ardía en la chimenea. La señora Calthrop iba de un lado a otro, y cogiendo un almohadón lo colocó encima del piano de cola, por alguna razón desconocida.

—¿Pero lo hizo usted? —exclamé sorprendido—. ¿Quién es ese perito, y qué es lo que ha hecho?

—Es esta señorita —replicó la señora Calthrop, que con un gesto me indicó a la señorita Marple, que habiendo terminado su labor de punto había comenzado otra muy complicada de ganchillo.

—Ella es el perito que traje —explicó la esposa del pastor—. Mírela usted bien. Le aseguro que ella sabe más que nadie de las distintas clases de maldad humana.

—No creo que debas hablar así, querida —murmuró la señorita Marple.

—Pero es así.

—Se llega a conocer muy bien la naturaleza humana viviendo todo el año en un pueblecito —dijo la señorita Marple en tono plácido.

Y a continuación, como si comprendiera que era eso lo que se esperaba de ella, dejó su labor de ganchillo, y nos dedicó una disertación sobre el crimen.

—Lo mejor en estos casos es conservar una mentalidad amplia. La mayoría de crímenes... son tan sencillos. Éste lo era. Completamente cuerdo, natural... y comprensible... en cierto sentido muy desagradable desde luego.

—¡Muy desagradable!

—La verdad era evidente. Usted la vio, señor Burton.

—¿Yo? En absoluto.

—Claro que sí. Usted me dio la clave del asunto. Vio perfectamente la relación que había entre unas cosas y otras, pero no tenía la suficiente confianza en sí mismo para comprender el significado de esos sentimientos. Para empezar, le irritaba aquella insistente frase: «No hay humo sin fuego», pero usted supo ver lo que significaba una cortina de humo. Para desviar la vista del objetivo principal..., todos se fijaron en un punto errado..., los anónimos, cuando en realidad no *hubo* ninguno.

—Pero mi querida señorita Marple, le aseguro que los hubo. Yo mismo recibí uno.

—Oh, sí, pero no eran auténticos. Mi querida Maud, aquí presente cayó en ello. Incluso en un pueblo apacible como Lymstock hay muchos escándalos, y le aseguro que cualquier *mujer* que habite en el lugar, los hubiera conocido y hubiese hecho uso de ellos, pero a los hombres no les interesan los chismes de la misma manera... especialmente a un hombre tan sensato como el señor Symmington. Pero si las cartas hubieran sido escritas por una mujer hubiesen sido también más acertadas.

»De modo que dejando el humo y pasando al fuego sabemos dónde nos encontramos, e iremos viendo los hechos que ocurrieron en realidad. Y

aparte de las cartas sólo ocurrió una cosa..., que desgraciadamente murió la buena señora Symmington.

«Entonces, es natural que una se pregunte quién pudo haber deseado la muerte de la señora Symmington, y la primera persona que se le ocurre a cualquiera de estos casos, es el marido. Y se dice si existe alguna *razón*... algún *motivo*... por ejemplo, *otra mujer.*

»Y lo primero que he sabido es que en la casa hay una institutriz muy atractiva. De modo que está bien claro, ¿no? El señor Symmington es un hombre seco y poco emotivo ligado a una persona neurótica y quejicosa, y de pronto aparece en su casa esa radiante criatura.

»¿Saben una cosa? Cuando los caballeros de cierta edad se enamoran les da muy fuerte. Es casi una locura, y el señor Symmington, por lo que he podido averiguar, nunca fue un buen hombre..., ni muy amable, ni cariñoso, ni siquiera simpático..., todas sus cualidades son negativas..., y por eso no tuvo fuerza para luchar contra esa locura. Y en un lugar como éste sólo la muerte de su esposa podría solucionar el problema. Comprendan, él quería casarse con esa joven. Ella es respetable y él lo mismo. Además quiere mucho a sus hijos y no desea abandonarlos. Lo quiere todo, su casa, sus hijos, su respetabilidad, y Elsie, y el precio que ha de pagar por ello es un crimen.

»Creo que escogió un medio muy inteligente. Sabía muy bien, por su experiencia en casos criminales, lo pronto que las sospechas recaen sobre el marido si la esposa muere inesperadamente... y la posibilidad de exhumación del cadáver en caso de envenenamiento.

»De modo que creó una muerte que parecía producida por otra causa. Inventó a una escritora de anónimos inexistente, y con tal arte que la policía sospechó de una *mujer*..., *y* en cierto modo no se equivocaron, ya que todas las cartas fueron escritas por una mujer; él las copió de las de un caso ocurrido el año anterior que le refiriera el doctor Griffith. No quiero decir que llegara al extremo de reproducirlas letra por letra, pero escogió frases y expresiones que fue mezclando, y el resultado fue que las cartas indicaron netamente una mentalidad femenina... y una personalidad un tanto perturbada.

»Conocía todos los trucos que utiliza la policía: comprobación de letras, de las máquinas de escribir, etcétera. Llevaba preparando el crimen desde hacía tiempo. Escribió todos los sobres antes de regalar la máquina al

Instituto Femenino y cortó las páginas del libro del Little Furze probablemente mucho tiempo atrás, un día en que estuvo esperando en el salón. ¡Los libros de sermones no suelen abrirse muy a menudo!

»Y finalmente, habiendo creado su Pluma Ponzoñosa, preparó la escena real. Una tarde espléndida, cuando la institutriz, los niños y su hijastra no estaban en casa, y el servicio tenía el día libre. No pudo prever que Agnes, la camarera, luego de pelearse con su novio, regresaría a la casa.

Joanna preguntó:

—Pero, ¿qué es lo que *vio* Agnes? ¿Lo sabe usted?

—No lo *sé.* Sólo puedo imaginarlo. Y me imagino que no vio nada.

—Entonces, ¿todo fue agua de borrajas?

—No, no, querida. Quiero decir que estuvo toda la tarde junto a la ventana de la despensa esperando que su novio volviera a disculparse... y que no vio nada. Es decir, *nadie* se acercó a la casa, ni el cartero ni ninguna otra persona.

»Le costó algún tiempo comprender que aquello era muy extraño..., ya que al parecer la señora Symmington *había* recibido el anónimo aquella misma tarde.

—¿Y lo recibió? —pregunté intrigado.

—¡Claro que no! Como les digo, este crimen es bien sencillo. Su esposo puso el cianuro en la primera cápsula de las que tomaba por las tardes para su ciática, y todo lo que tuvo que hacer después fue llegar a su casa antes, o al mismo tiempo que Elsie Holland, llamar a su esposa, y al no obtener respuesta subir a su habitación, verter unas gotas de cianuro en el vaso de agua que ella había utilizado para tomar la cápsula, arrojar la carta anónima a la chimenea, y poner junto a ella el pedazo de papel con las palabras «*No puedo continuar*», escritas por ella.

La señorita Marple se volvió hacia mí.

—También en eso acertó usted, señor Burton. «Un pedazo de papel» resulta sospechoso. Las personas no escriben la nota de despedida antes de suicidarse en papel arrancado de cualquier parte. Emplean una hoja de papel... y a menudo también un sobre. Sí, ese papel roto resulta sospechoso y usted lo sabía.

—Usted me confunde —le dije—. Yo no sabía nada.

—Sí que lo sabía usted, señor Burton. De otro modo no le hubiera impresionado el recado que su hermana dejara escrito en la libreta de notas

del teléfono...

Repetí despacio:

—«Dígale que *no puedo continuar yendo los viernes...*» ¡Ya comprendo! «*No puedo continuar...*»

La señorita Marple me sonrió.

—Exacto. El señor Symmington encontró ese recado escrito y viendo sus posibilidades, arrancó las palabras para cuando llegara la ocasión..., escritas por la propia mano de su esposa.

—¿Y acaso eso representa algún mérito por mi parte? —le pregunté.

—Usted me puso sobre la pista. Usted fue reuniendo esos datos... y encima me dijo lo más importante de todo..., que Elsie Holland no había recibido ningún anónimo.

—¿Sabe usted —le dije—, que anoche pensé que era *ella* la autora de los anónimos y que por eso no había recibido ninguno?

—Oh, no... La persona que escribe anónimos siempre se envía uno a ella misma. Supongo que eso es parte... bueno, de la emoción del juego. No, me interesó por otra razón muy distinta. Ésa fue una debilidad del señor Symmington. No podía brindarse a escribir una carta tan grosera a la mujer que amaba. Es una faceta muy interesante de la naturaleza humana... que en cierto modo le acredita..., pero ahí es donde se descubrió.

—¿Y él mató a Agnes? —preguntó Joanna—. Pero si no era necesario.

—Tal vez no, pero usted no comprende, querida, ya que no ha matado a nadie, que cuando uno pierde el juicio todo le parece exagerado. Sin duda él la oiría hablar por teléfono con Partridge, diciéndole que estaba preocupada desde la muerte de la señora Symmington, y que había algo que no comprendía. Él no podía correr riesgos... si aquella chica había visto algo, o sabía algo...

—¿Y él estuvo realmente toda la tarde en su oficina?

—Imagino que la asesinó antes de marcharse. La señorita Holland andaba por el comedor y la cocina. Él bajó al recibidor y abrió y cerró la puerta principal como si saliera, yendo a esconderse en el armario de debajo de la escalera.

»Cuando en la casa sólo quedó Agnes, probablemente haría sonar el timbre de la puerta, volviendo a esconderse dentro del armario; luego salió para golpearla en la cabeza por la espalda mientras ella abría la puerta, y luego de arrastrarla hasta el armario de debajo de la escalera, corrió a su

despacho, llegando tan sólo con un ligero retraso que nadie tuvo en cuenta..., si es que se fijaron en ello, cosa poco probable. Comprenda que nadie sospechaba de un *hombre.*

—¡Qué hombre más abominable! —exclamó la señora Calthrop.

—¿Ya no le compadece usted, señora Calthrop? —quise saber.

—En absoluto. ¿Por qué?

—Celebro saberlo, eso es todo.

Joanna preguntó:

—Pero, ¿por qué Aimée Griffith? Sé que la policía ha encontrado la mano del almirez que cogieron del dispensario de Owen... y también la broqueta. Imagino que no es tan sencillo para un hombre devolver algo al cajón de la cocina. ¡Y adivinen dónde estaban! El primer inspector Nash acaba de decírmelo cuando me lo encontré al venir aquí. En una de esas cajas de su oficina donde se guardan escrituras. En la de sir Jasper Harrington-West, ya fallecido.

—Pobre Jasper —exclamó la señorita Calthrop—. Era primo mío. Era un muchacho tan correcto. ¡Qué disgusto hubiera tenido!

—¿No fue una gran locura conservarlos? —pregunté.

—Probablemente hubiera sido mejor tirarlos —dijo la señora Calthrop —. Nadie sospechaba de Symmington.

—No la golpeó con la mano del almirez —explicó Joanna—. Había también la pesa de un reloj manchada de sangre de la muerta el día que detuvieron a Aimée y la escondió en su casa con las páginas del libro. Y eso me llevo de nuevo a mi pregunta original. ¿Qué hay de Aimée Griffith? La policía la *vio* escribir esa carta.

—Sí, desde luego, ella escribió *esa* carta —dijo la señorita Marple.

—Pero, ¿por qué?

—Oh, sin duda se habrán dado cuenta de que la señorita Griffith había estado enamorada de Symmington durante toda su vida...

—¡Pobrecilla! —replicó la señora Calthrop ingenuamente.

—Siempre fueron buenos amigos, y me atrevo a decir que pensó, después de la muerte de la señora Symmington, que tal vez algún día... bueno... —La señorita Marple carraspeó con delicadeza—. Y luego comenzó a correr el rumor de Elsie Holland y supongo que debió trastornarla mucho y le hizo considerar a esa joven como una intrigante que se interponía en su camino para ganar el afecto de Symmington sin ser

digna de él. Y creo que por eso sucumbió a la tentación. ¿Por qué no agregar una carta más y asustar a la joven para que abandonara su puesto? Debió creer que no corría peligro y creyó tomar todas las precauciones posibles.

—Bueno —dijo mi hermana—. Termine la historia.

—Me imagino —continuó la señorita Marple—, que cuando la señorita Holland enseñó la carta a Symmington éste comprendió en seguida quién la había escrito, viendo la oportunidad de dar por terminado aquel asunto, y ponerse a salvo. No era nada digno, desde luego, pero estaba asustado, compréndalo. La policía no iba a darse por satisfecha hasta descubrir al autor de los anónimos, y cuando llevó la carta a la policía y supo que habían visto a Aimée escribiéndola, creyó haber encontrado la oportunidad entre un millón, para terminar aquel asunto del todo.

»Aquella tarde llevó a su familia a tomar el té a casa de los Griffith y como salía de su oficina con su cartera de mano pudo esconder fácilmente las páginas arrancadas del libro en el armario de debajo la escalera, en un rollo de papel de empapelar. Aquello fue un detalle hábil que hizo recordar dónde encontraron el cadáver de Agnes, y desde el punto de vista práctico, le fue fácil. Cuando siguió a Aimée y a la policía, le bastó un minuto o dos para realizarlo al pasar por el recibidor.

—De todas maneras —le dije— hay una cosa que no podré perdonarle, señorita Marple..., el engatusar a Megan.

La señorita Marple dejó su labor, que había vuelto a reanudar, y me miró severamente a través de sus lentes.

—Mi querido joven, había que hacer *algo.* No había la menor prueba contra ese hombre inteligente y sin escrúpulos. Necesitaba que alguien me ayudara... alguien que tuviera valor y un buen cerebro, y encontré a esa persona.

—Fue muy peligroso para ella.

—Sí, lo era, pero no estamos en este mundo, señor Burton, para evitar el peligro cuando se trata de la vida de un inocente. ¿Me comprende?

Y yo la comprendí.

Era por la mañana y me encontraba de paseo en la calle Alta.

La señorita Emily Barton salía de la tienda de comestibles con la cesta de la compra. Tenía las mejillas sonrosadas y sus ojos brillaban excitados.

—¡Oh, querido señor Burton, estoy tan contenta! ¡Pensar que al fin voy a realizar un crucero!

—Espero que se divierta.

—Oh, estoy segura de ello. Nunca me hubiera atrevido a ir sola. Parece *providencial* la forma en que se ha resuelto todo. Durante mucho tiempo pensé que tendría que deshacerme de Little Furze, ya que mis medios no me llegaban, pero no podía soportar la idea de tener forasteros en mi casa; pero ahora que usted la ha comprado y va a vivir con Megan... es muy distinto. Y luego la querida Aimée, que no sabía qué hacer después de lo mucho que pasó, y casándose su hermana, ¡qué agradable que ustedes *dos* se queden con nosotros!, se avino a venirse conmigo. Pensamos estar fuera bastante tiempo. Incluso puede que... —la señorita Emily bajó la voz— ¡demos la vuelta al mundo! Y Aimée es tan espléndida y tan práctica que, la verdad, creo..., ¿no le parece...?, que todo ha salido a pedir de boca.

Esta vez estuvo acertada.

Por un instante pensé en la señora Symmington, y Agnes Woddell que reposaban en sus tumbas, preguntándome si ellas pensarían lo mismo, mas recordé también que el novio de Agnes no la quería mucho, y la señora Symmington tampoco fue muy buena con Megan y..., ¡qué diablos!, ¡todos tenemos que morir algún día! Y estuve de acuerdo con la radiante señorita Emily en que todo había salido a pedir de boca.

Fui caminando por la calle Alta y al llegar ante la verja de los Symmington, Megan salió a recibirme dando brincos como una colegiala.

No fue un encuentro romántico, porque un enorme perro pastor salió al mismo tiempo que ella y casi me tira al suelo con sus caricias intempestivas.

—¿No es adorable? —dijo Megan.

—Un poco avasallador. ¿Es tuyo?

—Sí, es el regalo de boda que me hace Joanna. Tenernos unos regalos muy bonitos, ¿no te parece? Esa cosa de lana esponjosa que no sabemos qué es, de la señorita Marple, y el juego de té del señor Pye, y Elsie me ha enviado un tostador de pan...

—¡Qué típico! —exclamé.

—Ha encontrado trabajo en casa de un dentista y está muy contenta. Y..., ¿dónde estaba?

—Enumerando los regalos de boda. No te olvides que tendrás que devolverlos si cambias de opinión.

—No cambiaré de opinión. ¿Qué más hemos recibido? Oh, sí, la señora Calthrop nos ha enviado un escarabajo egipcio.

—Es una mujer original —comenté.

—¡Oh! ¡Oh! Pero tú no sabes lo mejor. *Partridge* me ha enviado un regalo. Es la cubretetera más espantosa que has visto en tu vida. Pero creo que ahora *le gusto* porque dice que la ha bordado con sus propias manos.

—¿Tiene un dibujo de uvas y cardos?

—No, corazones entrelazados.

—¡Dios mío! —exclamé—. Partridge *está* volviendo en sí.

Megan me había arrastrado hasta la casa, y me dijo como intrigada:

—Hay una cosa que no entiendo. Además del collar y la cadena del perro, Joanna me ha enviado otro collar con su correa correspondiente. ¿Para qué crees que será?

—Eso —repliqué—, es una bromita de Joanna.

FIN

OceanofPDF.com